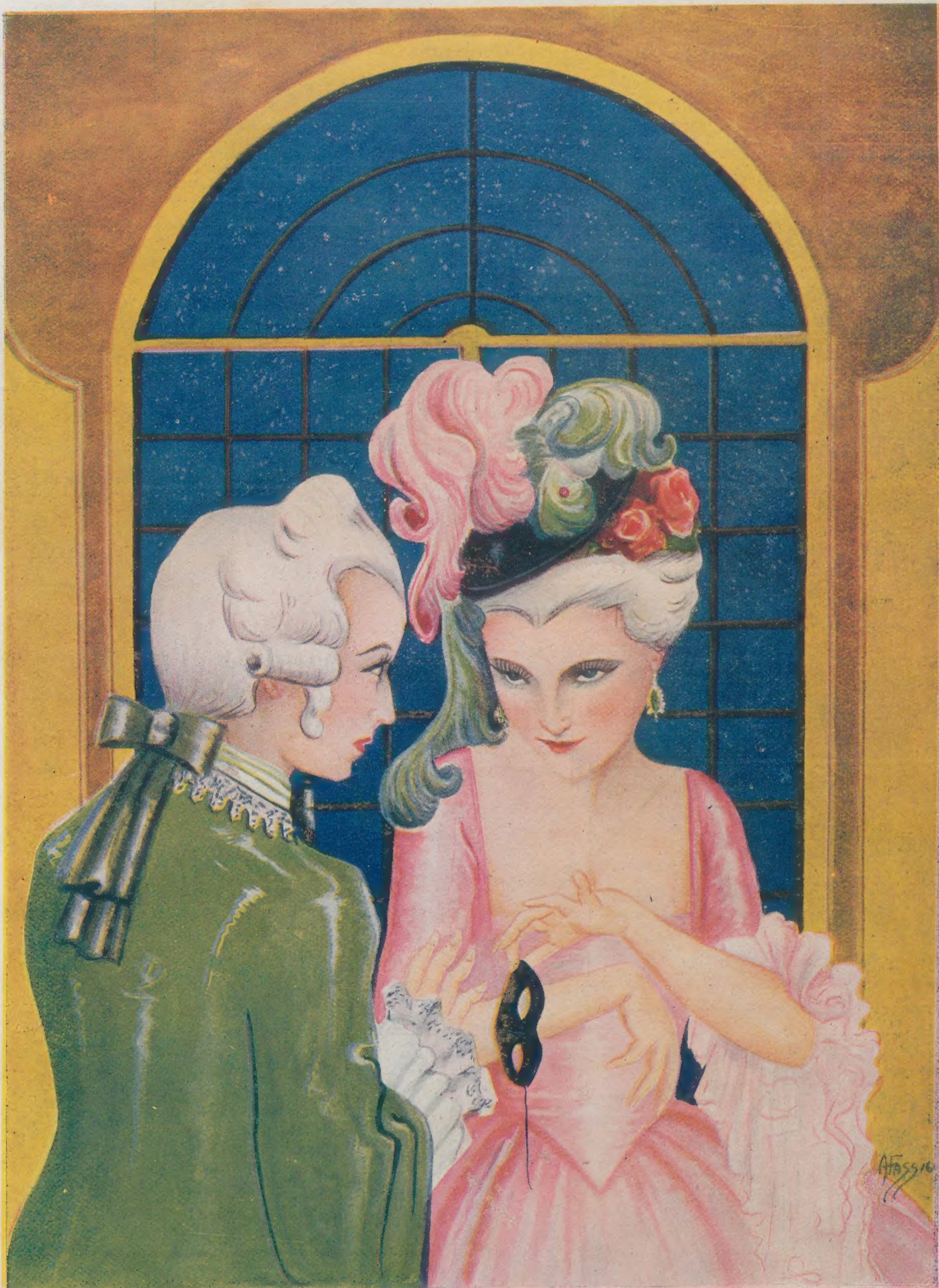
Fray Mocho

Revista Semanal







"CONFIDENCIA DURANTE EL BAILE"

POR AIDA FASSIO

Nº. 878

Montevideanas


Señora Emilia G. de Martire



Nuestros colaboradores, señora Cleofé Pereyra de Goicoa y señor Félix B. Visillac, fueron objeto de un homenaje de simpatía, durante su permanencia en Montevideo, por un grupo de intelectuales uruguayos. Ofreció la demostración la señora Mercedes Pinto, a quien siguieron en el uso de la palabra la señora Nora A. de Mantovani, y, por último, los obsequiados, para agradecer la distinción de que se les hizo objeto. — Vista parcial de los concurrentes al acto


Señora María Roselló de Forn y Puig


Señoritas de Samano y de Madrazzo


Miembros de la delegación del Club San Lorenzo de Almagro, de Buenos Aires


Señora de Duarte


Señores Isidro Braceras y J. H. Bibás


Karin Bergengruen Quinke, Nelly Linne Quinke y Chiche Ferrós Linne


Señor Atilio Colombo y su esposa


Señorita Evita Vázquez


Un pequeño veraneante


Una simpática bailarina de charleston

Fot. MAIQUE.



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración. CERRITO 607

Año XVIII — Buenos Aires, febrero 19 de 1929 — N. 878









"EL INVENTOR"

Por V. GUETIN

(Véase la página siguiente)



MENTIRAS

Por Modesto Martínez

Alice era la figura amable, sonriente, espiritual de la oficina de Howard Brothers, una poderosa firma de importación y exportación de Broad Street, Nueva York. En pocas oficinas se trabajaba con tanta intensidad como en ésa que durante la guerra tocó las cumbres de la más completa prosperidad, pero que luego, cuando el conflicto cesó, tuvo como todas las empresas que luchar enérgicamente para no hundirse en ese período caótico y muy peligroso del reajuste de las finanzas.

Las empleadas que eran unas muchachas llenas de vitalidad y de fuerza y otras mujeres de edad, abatidas por el peso de toda una existencia consagrada al escritorio sin esperanza de redención, aprovechaban todos los momentos para protestar contra su esclavitud y contra el exagerado trabajo que la oficina se veía en la necesidad de imponerles, especialmente desde el último recorte del personal; sólo Alice parecía siempre feliz, sonreía, era amable y entusiasta y hasta se aseguraba que su cerebro no se había secado en la rutina oficinesca y que tenía imaginación y ensueños. Aquello era increíble: tener ensueños en aquel ambiente frío, en aquel tráfago incesante, entre el campanilleo de los teléfonos y el repiqueteo de las máquinas de escribir.

Y sin embargo, esa era la realidad. Alice no se sentía esclavizada con el trabajo y tenía intacta la imaginación y a veces en medio de aquel ambiente de estridencias y de números, desplegaba la vela rosa de su optimismo y en el bajel de su fantasía realizaba escapatorias por los serenos mares del ensueño. Regresaba de esos mares serenos con más alegría y entusiasmo y distribuía sonrisas como si fueran flores que hubiera cortado en los jardines de la ilusión. Sus compañeras de oficina la querían, sus jefes la admiraban.

Para sus compañeras siempre era dulce y buena y para sus jefes representaba uno de los elementos más inteligentes y activos de la oficina. Además, era bella y la belleza tiene el invencible poder de la fascinación.

Alice no trabajaba por necesidad; pertenecía a una familia muy honorable y medianamente acomodada; pero se había acostumbrado a trabajar durante la guerra, en aquella época memorable en que todas las "girls" norteamericanas ofrendaron tan notablemente su contingente a la empresa de la victoria; y cuando la guerra terminó quiso experimentar en otros campos y aceptó un empleo que le fué ofrecido por Howard Brothers.

Al principio el trabajo no le pareció tan interesante como el que había estado haciendo para el gobierno; pero luego, cuando comenzaron las fluctuaciones rápidas, el alta y baja de las monedas extranjeras, el revivir de la industria europea en abierta competencia con la norteamericana y múltiples y complejos problemas pusieron a prueba el genio mercantil yankee, el temperamento luchador de Alice se sintió espoleado y aportó decididamente su contingente para contribuir al triunfo de la casa de Howard Brothers y para que no se hundiera esa entidad como se habían hundido tantas otras en la conmoción que siguió a la paz europea.

Así fué ascendiendo cada día hasta llegar a ser la secretaria de uno de los directores, Henry Brown, un luchador con espina dorsal de acero y con el cerebro lleno de números y combinaciones.

Henry Brown estaba en plena juventud; y en la cumbre de su carrera de comercio y de finanzas y cuando la guerra europea estalló, se preparaba a viajar para completar su educación antes de entrar en una oficina y de lleno en el mundo de las finanzas; su predilección era Sur América; los vastos campos abiertos allí para empresarios inteligentes y activos y —sobre todo— para hombres bien preparados y "agresivos" le atraían fuertemente; pero al sobrevenir el conflicto fué de los primeros en responder al llamamiento de voluntarios y antes de que se dictara la Ley de Conscripción ya estaba entrenándose en un campo militar. Partió con los primeros contingentes y cuando entró al fuego en Cantigny, la pila bautismal de sangre del ejército norteamericano, ya iba con el grado de teniente y se batió con tal bravura que fué recomendado para capitán.

En la Argona le dieron el grado da capitán y habría seguido ascendiendo si no hubiera sufrido una grave herida que lo imposibilitó para continuar la campaña y que requirió larga y delicada atención médica primero en el hospital de campaña de Neuilly y luego en los Estados Unidos a donde fué remitido en un barco hospital tan pronto como su estado lo permitió.

Su salud fué muy precaria durante largo tiempo; la tuberculosis lo amenazaba por haber aspirado gases asfixiantes en la misma acción en que había sido herido; pero poco a poco fué recobrándose y cuando ingresó a la casa de Howard Brothers como jefe del departamento de exportación, podía considerarse completamente restablecido, aunque no todavía lo suficiente fuerte para hacer el largo viaje a la América del Sur que había proyectado antes de la guerra.

No sin pesar entró a la casa de Howard Brothers; su espíritu volaba hacia los grandes, amplios y magníficos campos sudamericanos con que había soñado; pero tuvo que resignarse y encerrarse en una oficina, donde muy pronto reveló sus grandes capacidades. Todo lo olvidó en la lucha continua en que vivía y se concentró en su trabajo y pronto se vió que el que había hecho méritos en el campo de batalla, los hacía también, y muy conspicuos, en el campo financiero.

Para la posición que ocupaba, Henry era el tipo ideal: tenía hasta la última fibra de su ser puesta en la lucha tenaz que sostenía; no pensaba más que en negocios, en grandes operaciones, en combinaciones, en el Stock Exchange; nada de diversiones, nada de devaneos, nada de deportes, ni de teatros ni de cabarets; en plena juventud, Henry era un viejo ignorante de la "joie de vivre"; era un mecanismo creador más que un ser humano.

Su carácter era de una rectitud indomable; no aceptaba lo que no fuera absolutamente correcto; no transigía con el engaño, con la mentira, con la hipocresía.

Alice admiraba la inteligencia, la rectitud y la tenacidad de Henry, pero se dolía de que aquel joven lleno de atractivos físicos y morales se sacrificara concentrándose en su trabajo, ignorando las tentaciones y encantos que la vida ofrece a la juventud.

—Es un número con pantalones, un guarismo racional, — decía Alice.

Pero a la vez se sentía atraída hacia ese hombre que era un núcleo de esfuerzo, de energía y de entusiasmo; el día en que el amor lo despierte, —pensaba ella—, pondrá en el amor la misma fuerza arrolladora e invencible que pone en el trabajo. Sin embargo, nada parecía más lejano del temperamento de Henry —y bien le dolía esto a Alice— que la idea del amor. En alguna época se casaría como se casan tantos de esos hombres máquinas de Broad y Wall Street con una señorita a quien hubiera conocido tres días antes; y se casaría con ella no por amor sino por la necesidad de tener un "home", por tener una "housekeeper", una ama de casa, por hacer lo que han hecho tantos como él.

Al recibir la correspondencia algunas mañanas, Henry encontraba un sobre azul dirigido a Alice. Se lo entregaba y se dedicaba luego a dictar cartas y a los demás afanes de la oficina; Alice trabajaba a su lado con inteligencia y entusiasmo; en varios meses él había podido estimar lo mucho que valía y la consideraba como una "buena empleada"; no había tenido tiempo para notar que era además una mujer encantadora.

El sobre azul llegaba en ciertas épocas; se comprendía que quien escribía a Alice se ausentaba periódicamente.

—¿No vino hoy carta para mí? —le preguntó ella un día.

—No, señorita —contestó él.

Ella mostró alarma y ansiedad.

—Algo debe haberle sucedido, —dijo—, porque siempre Dick me escribe cuando está ausente.

—¿Dick?—preguntó él—¿Quién es Dick?

Ella vaciló un punto y luego ruborizándose contestó:

—¡Dick es mi novio?

Henry sintió algo raro e inexplicable. ¿Con que había un Dick en la existencia de Alice? ¿De manera que ella no vivía única y exclusivamente para el trabajo como él? ¿Con que se ocupaba de esas cosas? ¡Novios! Y la miró.

Ella estaba emocionada y nunca Henry se había dado cuenta de que era tan linda. Nunca se había detenido a contemplar la luz de aquellos ojos azules rasgados y brillantes, la albura de la frente, la perfección del óvalo de la faz, el encanto de la boca tentadora, la cabellera de oro con luces rojizas, la garganta magníficamente modelada; fué una mirada larga que Alice sostuvo con valor y sin arrogancia. Los dos se quedaron silenciosos hasta que él, sobreponiéndose de una casi imperceptible agitación, dijo:

—Le ruego buscarme las últimas cotizaciones del algodón.

Ella buscó en la sección correspondiente y entregó a Henry varios pliegos.

—El alza del algodón se está acentuando, —dijo luego de examinar los pliegos.— Es preciso formular un fuerte pedido inmediatamente a fin de hacer frente a las órdenes de nuestros clientes.

Y los dos se sumieron en el tráfago mercantil sin que al parecer, nada hubiera roto la inquebrantable, la casi sagrada rutina de todos los días.

Pero sin embargo, un soplo de algo extraño, inesperado, había roto esa rutina; el ala de lo desconocido e invisible, ese pequeño no sé qué que hace a veces cambiar de rumbo toda una existencia, había rozado la frente de Henry y había conmovido los recintos de su palacio interior.

Su voz, al dictar la correspondencia, no era exactamente su voz de todos los días.

Unas horas después, mientras tomaba su lunch en uno de los co-

"UN INVENTOR"

Este cuadro de V. Guetin, que hace años figuró en la exposición de la Sociedad de Artistas de París, fué muy celebrado por su maravillosa ejecución.

Recuerda, seguramente las obras mejores de los maestros de la Escuela flamenca, en los que los detalles, sobre todo, están admirablemente pintados.

El inventor que trabaja en su laboratorio es realmente un pretexto para describir los mil instrumentos de trabajo, sencillos y nuevos ornamentos de la modestísima estancia.
(N. de la R.)

medores del "Importers and Exporters Club" desde el cual se contempla el panorama de la bahía, coronada por la estatua de la Libertad, Henry se rebelaba contra sí mismo porque todos sus pensamientos no estaban concentrados en los negocios; siempre a la hora del lunch, mientras se nutría maquinal y frugalmente, rumiaba posibles combinaciones financieras; pero ahora no pensaba más que en Dick, el novio de Alice. ¿Quién sería? ¿Cómo sería?

Y además estaba contrariado por el descubrimiento tan inútil pero tan obsesionante que había hecho esa mañana: el de la belleza de Alice.

Los reflejos de la cabellera, la luz marina y honda como la de las aguas de los altos mares, las manos aristocráticas, todo lo tenía ahora ante su imaginación Henry y no se explicaba por qué antes no había tomado nota de los atractivos de su secretaria.

Por eso, porque se había habituado a considerarla como su secretaria y nada más.

¿Pero ahora...?

Comió con poco apetito y salió a la calle ansioso de no pensar más en Alice y en Dick. Eso era indigno de un hombre concentrado en los negocios, recto, invulnerable.

Pero he aquí que al estar en la calle y ver pasar a las "girls" que iban regresando de los restaurants hacia las oficinas por entre las estrechas calles de "down-town", se dedicó a examinarlas una por una y a hacer comparaciones con Alice.

Pasaban rubias que parecían llevar el sol en la cabellera y el cielo en las pupilas, "brunettes" de delicados claroscuros, hebreas de aquilina nariz y ojos soñadores; pero en todo aquel desfile no había ninguna como Alice.

Así se lo declaró Henry y luego se sintió nuevamente avergonzado de sí mismo. ¿A qué venían aquellos devaneos en un hombre número como era él?

Y se refugió en la oficina donde trató de engolfarse en su trabajo y volver a los ordinarios carriles de su existencia de financiero de alta escuela y de hombre acorazado contra las distracciones del espíritu o contra las más legítimas ansias del corazón.

A pesar de que se esforzaba por concentrarse en el trabajo, no podía menos que seguir pensando en Alice a quien tenía a su lado, en el escritorio contiguo, y sobre todo en Dick. "¿Quién será y cómo será?" se preguntaba. "A lo mejor es un cualquiera que ha conseguido enamorarla y sería lamentable que un tipo que no vale nada se lleve a una mujer tan superior".

Henry se confesaba ya a sí mismo que Alice valía mucho como mujer: su bebelleza, su refinamiento, su exquisita cultura, su nítida elegancia, su voz musical, sus maneras delicadas y sus generosos impulsos, todo la hacía ser notable y era la alegría de la oficina, el rayo de sol que la alumbraba.

—Está bien, —dijo para sí,— nada de eso me importa. Sea quien sea Dick, tiene el mérito de haber sabido ganársela. Un buen día se casará y formarán un hogar y Alice no volverá a la oficina.

Y al llegar a esa conclusión sintió una especie de pavor: por primera vez se daba cuenta de que si Alice dejara de estar a su lado se sentiría solo.

Inmensamente solo.

Tal vez ese pensamiento era un signo de debilidad, una abdicación pero era la verdad, la terrible, la implacable verdad.

Así fué pasando el tiempo y en el corazón de Henry la admiración por Alice se había transformado en un amor invencible. Ella parecía no notarlo y él se proponía no hacer manifestación alguna.

Un día Alice depositó un ramo de orquídeas sobre el escritorio y cuando Henry las vió, dijo ella:

—Esas flores son un obsequio de Dick. ¿Quiere usted una?

El la rehusó con mucha displicencia, casi con dureza:

Al día siguiente tuvo la debilidad de preguntarle a Alice:

—¿Se divirtió usted anoche?

—Muchísimo, —dijo ella con ingenuo entusiasmo.

Aquello penetró en su alma como una estocada.

—Dick debe ser un hombre muy completo, —dijo cuando recobró la serenidad interior.

—Sí, lo es, —dijo ella complacida—. Cumplió como usted en la guerra, cumple como usted en la vida de los negocios, pero no da su vida completa a ellos como usted lo hace, sino que además es "sportman", va a los teatros y las exposiciones, se ocupa del movimiento artístico en general, lee el último libro y, sobre todo, dedica lo que hay de más fino y delicado en su ser, al amor, a la mujer...



—¿Y su niña, no se baña?

—¡No, señora! La pobrecita no está muy bien de formas.

—No me gustan las flores, —contestóle muy acremente.

Algunos días después solicitó ella permiso para retirarse de la oficina más temprano que de costumbre.

—¿Para qué necesita retirarse más temprano? —preguntó Henry.

—Para ir de paseo en automóvil con Dick. Hemos proyectado ir a cenar al campo. Y como hoy no hay tanto trabajo creí que tal vez usted no tendría inconveniente en otorgarme el permiso.

Otorgó él la autorización, pero cuando ella partió, dió rienda suelta a la interna furia que corroía sus entrañas. Apretaba los puños y amenazaba con pulverizar a un Dick que no tenía cerca, que ya iría lejos, al lado de ella, por las riberas del Hudson cubiertas de las hojas murientes del otoño, rumbo a uno de esos elegantes restaurants de extramuros de los cuales él había oído hablar pero que no había visitado jamás. Ellos irían felices, él en cambio, a su casa, a descansar, a leer libros, solo, completamente solo. ¡Cómo odiaba ahora esa soledad que le había sido antes tan querida!

Henry creyó oír un reproche. Ella agregó:

—Usted parece no ocuparse nunca de pensar en que las mujeres tienen corazón y sentimientos dignos de ser estudiados y comprendidos.

Henry se puso de pie. Iba a hablar, a estallar, a abrir de par en par las puertas de su palacio interior y mostrarle sus verdaderos sentimientos a la mujer a quien adoraba. Pero la larga disciplina, la costumbre de dominarse, un íntimo e inexplicable orgullo le hicieron contenerse.

Sobre la cálida atmósfera que suscitaba aquella conversación acerca del amor y de la mujer, dejó caer el martillazo seco y frío de su aparente indiferencia.

Y preguntó:

—¿Ya está lista la copia del informe de Smith y Co.?

—Aquí la tiene usted, —dijo Alice entregándosela.

Y él se engolfó en la lectura como si ninguna otra cosa en el mundo le interesara.

Cuando el año tocaba a su fin, Henry adoraba con adoración ilimitada a Alice. ¿Pero qué podía hacer? Probablemente Alice era la prometida de Dick. Y además: ¿cómo podría hablar él de amor a aquella mujer? ¿Acaso sabía el lenguaje del amor, él que no había pensado y sentido en otro idioma que el de las finanzas? Y a la par que su amor por Alice, crecía su odio por Dick. Pensaba que el estado racional era el que existía cuando los caballeros andantes se disputaban su dama al filo de la espada y a la medida de su bravura. Ahora las peleas eran imposibles; que si no fuera así, él acudiría al campo a morir o vencer, como aquellos legendarios heroes del pasado, por su dama y por su Dios.

Durante los últimos días de diciembre, Henry era el único que no estaba animado de esa alegría, de ese entusiasmo, de ese delicioso frenesí a cuyo contagio casi nadie se resiste y que se llama el espíritu de Christmas. Su mal era tan grande y el remedio tan imposible que él permanecía hosco y huraño en el ambiente de la bienaventuranza universal.

Pensó en hacer un presente a Alice en Nochebuena. ¿Pero qué presente le haría? Ese era un problema difícil para él. Y por un instante proyectó darle un cheque por una buena suma. Pero comprendiendo luego la atroz vulgaridad de semejante proyecto, se sintió avergonzado.

—¡Qué poco sé yo de tratar a las mujeres! — suspiró.

El 24 de diciembre, el trabajo en la casa Howard Brothers fué casi insignificante; nadie estaba para trabajar. Ya se oía en los aires el retintín de las campanillas del trineo de Santa Claus y olía el aire a las crenchas de pino del árbol de Noel y se escuchaban las notas de los "christmas carols", los villancicos con que el pueblo celebra el nacimiento del Salvador.

Henry insistía en trabajar sin descanso, acaso para mitigar la atormentadora lucha que había en su alma; y mientras en todas las oficinas iba cesando el trabajo, en la suya se hacía más intenso.

Alice parecía cansada, abatida. Pero seguía pie a pie la labor de su jefe. Al llegar la tarde, sin embargo, ya no pudo más y pidió permiso para retirarse.

—Es imposible, —dijo Henry. —Quiero dejar terminados los informes a nuestros clientes y a eso vamos a dedicarnos ahora.

—Pero esos informes se preparan siempre a principios del mes.. En los primeros días de enero los haremos, como es costumbre, —dijo Alice.

Y él contestó con sequedad:

—Si usted insiste en retirarse puede hacerlo. Ya encontraré quien haga el trabajo.

Alice sacudida de emoción y de dolor de pies a cabeza, con los ojos bajos y húmedos de lágrimas, se retiró a otro departamento de la oficina. Un cuarto de hora después, uno de los jóvenes mensajeros de la oficina entregó una carta a Henry.

Una carta de ella.

Sencillamente decía que renunciaba a su puesto y que suplicaba a su jefe, Mr. Henry Brown, que buscara una nueva secretaria.

—Llame usted a la señorita Alice, —dijo Henry al "boy".

—Se retiró después de entregarme esa carta, —dijo el mensajero.

Henry sintió en el primer mo-

mento cólera, pero luego tristeza, honda y lacerante. Y sin darse cuenta de nada, principió a sollozar como un niño.

Era la soledad, la terrible soledad que tanto había temido, que se hacía más intensa ahora que lo dejaba para siempre Alice, cuando todo en el mundo era alegría y espíritu de Christmas.

Después de una noche de soledad, de dolor y de insomnio Henry amaneció de un humor sombrío el día de Navidad. Se vistió y salió a la calle sin que Alice se le fuera un momento de la mente y del corazón. Al pasar por un puesto de flores, con impulso casi irreflexivo, entró y ordenó que mandaran de parte suya flores a la señorita Alice Arnold y dió el número de su residencia en Riverside Drive.

—¿Qué clase de flores? —preguntó el florista.— ¿Orquídeas, rosas, claveles, crisantemos?

No sabía Henry qué contestar. Jamás había enviado flores a una mujer. Y sin darse cuenta de que se ponía en ridículo con una orden tan absurda, dijo:

—Envíe usted todas las que tenga y en mucha cantidad.

El florista, un griego muy ladino, aprovechó la oportunidad para enviar un verdadero cargamento, la existencia casi de su tienda, a la residencia de Alice y para cobrar una cuenta exorbitante que Henry pagó sin protestar.

Cuánto mejor habría sido una "corbeille" bien combinada y elocuente, ya que las flores saben decir tanto; pero Henry ignoraba todas esas sutilezas del amor.

Por la tarde, Mr. Arnold, el padre de Alice, lo llamó por teléfono y en nombre de ella le dió las gracias por las flores.

—Alice no se siente bien —dijo Mr. Arnold,— y por eso no le da las gracias personalmente.

—¿Me permitiría usted pasar a saludarlos a su residencia? —inquirió ansiosamente Henry.

—Con muchísimo gusto, — contestó Mr. Arnold.

Y media hora después Henry era recibido muy afectuosamente por el padre y la madre de Alice. Henry creyó del caso contarles el incidente del día anterior, decirles cuanto lo había lamentado y todo lo arrepentido que estaba de su brusquedad y puso en manos de Mr. Arnold la carta de Alice, que él leyó con sorpresa.

—Yo no puedo prescindir de los servicios de la señorita Alice, — dijo Henry,— y deseo hablar con ella para convencerla de que debe seguir en la oficina. A nuestro lado tiene un gran porvenir y por mi parte prometo en lo futuro ser menos tirano.

En ese momento entró Alice. Tenía en el semblante una cierta palidez que hacía contraste con un ramo de rosas que traía en la cintura. Femenina, exquisitamente femenina en aquel ambiente doméstico y vernacular.

Los viejos se retiraron discretamente y los dos jóvenes quedaron frente a frente.

Se contemplaban sin hablar.

—Alice, —dijo él por fin,— yo he venido a pedirle que retire su renuncia y continúe trabajando en nuestra oficina.

—Ya veo cuanto le preocupan a usted los intereses, Mr. Brown, —dijo ella. Porque soy una empleada cumplida, porque conozco al dedillo los negocios de la firma, porque soy un elemento útil financieramente, viene usted a pedirme que retire mi renuncia.

—No, Alice, —dijo él con vehemencia,— no vengo a hablarle por los negocios sino por mí mismo. Es que no puedo prescindir de su compañía que me da alientos para vivir y para luchar, es que su presencia llena de entusiasmos y encantos esta triste y solitaria vida mía. Si no lo ha comprendido, Alice, se lo digo ahora para que lo sepa: yo la adoro, yo no puedo vivir sin usted.

Tomó una de las manos de Alice entre las suyas, una de aquellas manos marfilinas y aladas que tanto adoraba y la estrechó con efusión.

Alice devolvió intensamente la caricia. Recostó después su dorada cabecita en el pecho de Henry, sacudido de palpitaciones, y dijo:

—¡Cuánto tiempo Henry, he esperado que llegara este instante! Eso no es sino el premio de todo lo que he sufrido amándolo en silencio y sin esperanza.

Un mundo nuevo, una vida nueva, un cosmo absolutamente desconocido para él, se revelaba ahora a aquel hombre que había consagrado la vida a los negocios sin pensar en la existencia del amor. En aquella hora suprema era todo sentimiento, pero no tenía palabras para expresarlos; y cuando sus labios se posaron en los de ella que los buscaban creyó despertarse en un empíreo cuya existencia no había sospechado jamás.

Pero en ese momento recordó a Dick y se sintió morir.

Celos, dolor, angustia lo sobrecogieron.

Se separó de Alice y mirándola a las pupilas con ansiedad y zozobra le preguntó:

—¿Y Dick?

—Dick es mi hermano, —dijo ella,— mi hermano que me escribe cartas en sobres azules cuando está ausente, que me obsequia orquídeas, que me lleva a pasear en automóvil.

—Pero usted me hizo creer que era su novio, —dijo él con severidad.

—Sí, es cierto, —dijo ella avergonzada, —lo dije porque quería ver si despertando los celos en su corazón, obtenía su cariño sin el cual era imposible mi existencia.

Y él, intensamente pálido, mordiéndose los labios, sin poder disimular el dolor de aquel desengaño, la protesta de su carácter recio, inquebrantable y austero contra aquella comedia en que Alice había estado viviendo y con lágrimas de dolor en los ojos, dijo secamente:

—¡Señorita Arnold, su renuncia está aceptada!

Ella cayó en el sofá, sollozando, desesperada.

—¡Henry! —gimió Alice.— ¿Es posible que sea usted así? ¿No comprende que todo lo hice por obtener su amor, por conquistar su cariño, por atraerlo hacia mí cuando lo veía tan distante y lo necesitaba tan cerca?

El, trágico, pálido, despedazado interiormente, dijo con acento tembloroso:

—Jamás he podido transigir con la mentira. Contra eso se revela mi carácter. Comprendo sus buenas intenciones, pero a la vez comprendo que la visión de esa comedia que ha vivido usted tan magistralmente, se interpondría entre nosotros como un espectro, haría imposible nuestra felicidad. Por eso, aunque la amo ahora más que nunca, renuncio a su amor.

—Adiós, Alice, —dijo al retirarse.

Y salió a la calle. Al encontrarse en Riverside Drive vió que nevaba. Era la primera nevada del invierno. Y sintió que en su alma comenzaba también en ese momento la nevada sin término de su futura existencia sobre la cual no brillaría ya nunca el sol de la ilusión.

EL NIÑO

(Traducido de Víctor Hugo)

Allí el Turco ha pasado!...
Allí, como huracán de sangre y duelo,
El rastro de sus pasos ha dejado
En ruinas y en escombros sobre el suelo.
Chío, la isla de los dulces vinos
De montañas y valles ondulada,
Chío, la de los bosques de carpinos
Que se ufanó en las aguas retratada,
Ora del Turco so el poder impío
Semeja en medio el mar peñasco umbrío.

Bajo el bárbaro azote del tirano
Que de duelo y de luto la ha cubierto,
Es su antiguo esplendor recuerdo vano,
Es su suelo feraz yermo desierto,
¿Sus hijos dónde están?... Nobles cayeron
En la lid desigual y funeraria,
Y hoy no turba en su sueño a los que fueron
Planta humana en la playa solitaria.

Pero allí, junto al muro
Del soberbio palacio derruído,
Un tierno niño, candoroso y puro,
Pálido y dolorido,
Apoyado en un árbol de oxiacanto
Inclina la cabeza ahogado en llanto.

Pobre niño, desnudo y pesaroso,
A quien hirió con su furor la suerte
Huérfano ¡ay! acaso sin reposo
Dí ¿qué puede en tu duelo distraerte?
Dulce niño inocente,
¿Qué busca tu ilusión en sus afanes?
Porque asome el placer sobre tu frente,
Y en lujo de alegría te engalanes,
Y mueran tus congojas,
Yo te daré el regalo que tu escojas.
¿Qué quieres, porque vuelvan tus cabellos
A embellecer en bucles arreglados
La blanca espalda que se ornó con ellos?

Ora desaliñados
Como hojas de sauce caen llorosos,
Yendo a empañar tu frente con sus ondas,
Y tus azules ojos tan hermosos
Se velan ¡ay! bajo sus hebras blondas.
¿Qué es lo que puede disipar, criatura,
De tus pesares la tormenta oscura?
¡Ah! ¿qué puede alegrarte, pobre niño?
¿Quieres la flor que se suspende airosa
Sobre el pozo de Iran, hondo y sombrío,
La flor de lis más bella que la rosa,
Azul como tus ojos
Cuyo azul al del cielo diera enojos?
O la fruta del árbol admirable
Que un caballo a galepe tardaría
Cien años con empeño perdurable
Para cruzar su sombra, y no podría?...

¡Ah, dí si sonreirás dándote el ave
Que al bosque anima con la voz más suave!...
¿Qué quieres, inocente criatura,
Para reír y prorumpir en canto,
Para arrojar de tu alma la tristeza
Y de tu faz la palidez y el llanto?
¿Quieres la bella flor maravillosa?
¿Quieres la fruta del *tubá* sabrosa
O acaso el ave de pintadas alas?...
—Amigo, el niño griego me responde,
¡Quiero pólvora y balas!

José SIENRA CARRANZA






¡La pobre Olga María!

Por María Monvel

(Ilustración de E. Parcell)

En su lecho lujoso, bello conjunto de encajes y sedas, Olga María estira perezosamente sus brazos, y alzando un poco su bonita cabeza, mira la hora en un reloj pequeño colocado sobre su mesa de noche.

—¡Las diez ya! ¡Dios mío! ¡Qué tarde es, y cómo engañan estos días nublados!

Se sienta bruscamente, echando hacia atrás los bucles rebeldes, rubios cómo el oro, y se deja caer de su lecho, metiendo los pies monísimos en unas delicadas chinelas, sin lograr vencer del todo la laxitud perezosa de sus miembros.

De pie, y ya un poco más avispada, recorre su habitación con mirada soñoliente y aire perplejo, como quien busca ó desea algo sin saber lo que es, por súbita amnesia.

Por fin parece recordar, y vuelta en sí del todo de su somnolencia, oprime un timbre, a cuya llamada acuda presurosa una pizpireta doncellita:

—¿Por qué no me habías despertado, Teresa?

—Hará media hora vine de puntillas, y como la señora dormía tan bien, me pareció un pecado despertarla? ¿Para qué quiere la señora levantarse temprano?

—Pues porque me da vergüenza quedarme tanto tiempo en la cama. ¿Está preparado mi baño?

—Sí, señora. Y todo en punto para el masaje.

—Bien. Vamos allá entonces.— Y seguida de su doncella, muchacha experta en la tarea de ayudar la "toilette" de una elegante, la joven dama se dirigió a la pieza contigua.

Olga, María, joven muy bella de veinte y dos años de edad, hija única de un rico comerciante polaco, se había casado hacía apenas unos cuantos meses con Alfredo Almeida, cinco años mayor que ella, y que empezaba con excelente fortuna y singulares dotes, la carrera del foro.

Amada inmensamente por su padre, — no había conocido a su madre, y por lo tanto no podía darse cuenta de lo que significaba su ausencia — y después por su marido que la idolatraba, Olga María no había conocido en toda su vida otro sufrimiento que la muerte de su falderillo Lulú, y las penas que la ocasionada la vieja Miss Bergin, su institutriz con sus insoportables clases de idioma.

Bella y rica, desde los quince años tuvo infinitos pretendientes que aspiraban a mano tan gentil y cuantiosamente dota. El padre supo elegir entre ellos al que la amaba verdaderamente, no por su fortuna, sino por sí misma, y la mimada criatura pasó del brazos del padre a los del esposo, dulcemente, sin el arañazo de una sola desilusión, sin haber probado la acritud le ningún desencanto, sin que el frío de ningún desengaño hubiera tornado precozmente apático su corazón.

Sin embargo Alfredo la encontraba siempre triste, tendida muellemente sobre una *chaise-longue*, contemplando los pulidos y brillantes espejos de sus barnizadas uñas, sosteniendo sobre las rodillas un libro abierto que no leía o un bordado que no terminaba jamás.

El marido la interrogaba solícito:

—Estás pálida Olga. ¿Te sientes mal? ¿Deseas algo, algo que no está en mí, o que no sea yo capaz de darte? ¡Vamos, habla, amor mío!

Y Olga María respondía con su melodiosa voz apagada:

—Sí, algo deseo, pero no se lo que es. La música me enferma, me hastían los libros y la sociedad me es insoportable.

Como el rostro de Alfredo expresaba una gran pesadumbre, agregaba con mimoso desmayo:

—Sólo a tu lado me siento bien, pero si he de ser sincera, yo creo que este mismo exceso de dicha, esta vida sin emociones en que un día es exactamente igual al anterior, es lo que me hace daño.

—Pero, querida, tú sólo tienes la culpa de ello. ¿Por qué no te distraes? ¿Por qué no recibes a tus amigas? Yo estoy dispuesto a todo por complacerte y mi única aspiración es labrar tu dicha. ¿Quieres que viajemos?

Recordó ella aquellas *tournées* de los primeros tiempos de casados.

—Gracias, ¡qué bueno eres y cuánto te quiero! Pero mira, no es eso. No te rías de mí, pero yo quisiera tener un motivo, siquiera un motivo de sufrimiento...

Alfredo acariciaba dulcemente los espejos bucles de esa cabecita que podía satisfacer todas las ambiciones, todos los caprichos, y que se moría de tedio, sin embargo, sin comprender su felicidad, deseando, sin darse cuenta de su desatino, conocer el dolor.

Olga tenía una amiga, joven compañera de su infancia, a quien amaba y de quien era amada con una gran ternura. Para librarse de ese hastío incurable, que en aquel día gris de Otoño la agobiaba como nunca, subió en su auto, y se dirigió a casa de su amiga a quien sorprendió agradablemente con su visita.



Recordó ella aquellas tournées de los primeros tiempos de casados

—Por fin recuerdas que existo, mi querida ingrata.

—¡Oh! no me regañes porque vengo precisamente en busca de consuelo...

—¿Te ocurre algo?

—Nada, nada, no me ocurre nunca nada y esa es precisamente mi desgracia.

—¡Tu desgracia! Hija mía, eso es tentar a Dios. ¡Ligada a un hombre que no vive sino por ti y para ti! ¡Hablar tú de desgracia! ¡Tú que tienes salud, riquezas, hermosura, que...!

—¡Oh! no prosigas... Pero si eso mismo. ¿No comprendes la pena de no tener motivo alguno de dolor? Yo... yo no he sentido jamás en esta vida estéril ni un solo tormento que me haga apreciar por contraste la felicidad. Yo no he sabido jamás de ninguno de esos románticos dolores que hacen sangrar los corazones juveniles: amores imposibles, ilusiones truncadas... ¡Mi padre, mi esposo, tú, todos me adoráis, y esta vida que debería ser para mí sólo dulzura, me pesa como una carga insoportable!...

—¡Pobre Olga María! ¿Has perdido el juicio?

—No, Elena, no. Tú bien me comprendes, y yo leo en tus ojos, que me encuentras razón. Tú misma lo has reconocido al decirme: "¡Pobre Olga María!"

* * *

Han transcurrido dos años, y en la casa de Olga María hay un gran movimiento. Pero no la agitación bulliciosa que precede a una fiesta sino la silenciosa agitación que rodea a un enfermo grave. Los criados entran y salen silenciosamente, en las puntas de los pies para no hacer ruido, las puertas se abren y cierran sin rumor, y en la oficina de Alfredo tres doctores de aspecto grave conversan en voz baja. El pequeño Iván que acaba de cumplir un año, está enfermo, y Olga, desencajada y pálida por haber velado muchas noches, no se aparta un punto de la cuna de su hijo, temerosa que la muerte aproveche el menor descuido suyo para arrebatárselo.

Alfredo, presa de gran agitación, sin saber qué hacer y maldiciendo su impotencia, se pasea por la habitación a grandes pasos, esperando anhelante el resultado de la consulta médica.

De pronto un quejido del enfermito hace estremecer a Olga, que se inclina hacia el desesperado creyendo llegado el último momento. Elena corre en busca de los médicos que acuden precedidos por Don José de Olaya, sabio facultativo y antiguo médico de la casa.

El enfermito se estremece en una convulsión violenta congestionado el pequeño rostro y se lleva al pecho la manecita abierta como si quisiera apartar de allí un invisible dogal que le oprimiera.

Olga, perdida toda esperanza, solloza en brazos de su amiga que le prodiga inútiles consuelos. Un tenue suspiro exhala el oprimido pecho del niño, tan tenue, que sólo es perceptible para los finísimos oídos de la madre, que, creyendo que ha huido con él el alma del pequeño, lanza un grito penetrante y se abraza estrechamente a su amiga con trágica desesperación.

El anciano doctor se prepicita hacia la madre, abandonando sobre la almohada la cabeza del enfermito que sostuviera mientras duró la crisis:

—¡Olga, cálmese por Dios! Su hijo se ha salvado y desde este momento yo respondo de él.

La joven alzó sus ojos extarviados.

—¿Es cierto? ¡Oh! doctor, por piedad no me engañe. ¿Vive aún mi pequeño Iván?

—Sí señora, sí, su hijo está salvo.

Así diciendo, arrastró a la joven junto a la cunita del niño, cuya carita que enrojeciera la convulsión, había recobrado su palidez. Al ver a su madre, tendió hacia ella las manitas, y la vocesita tenue llamó:

—Ma... má, ma... má...

—¡Hijo de mi alma! ¡Ya me reconoces!

Y Olga se precipitó hacia él cubriendo de besos con tal ímpetu las manos y el rostro del pequeño, que el anciano doctor hubo de separarla para que no la fatigase.

Elena y Alfredo contemplaban con lágrimas en los ojos la tierna escena.

Un sonrisa como un rayo de sol, iluminó la demacrada carita del niño y balbuceó con una voz más clara:

—Papá..., pa... pá...

Al ver esta sonrisa y yal oír esta voz, la pobre Olga sacudida su frágil naturaleza por tantas emociones se arrojó llorando de felicidad en los brazos de su marido que la recibió en ellos con ternura.

—¡Alfredo mío! ¡Se ha salvado! ¿Oyes cómo te llama? ¡Qué dichosa soy!

Elena se acercó a ellos sonriendo:

—Es la primera vez que te escucho esa frase, Olga María.

La joven abrió los ojos velados por las lágrimas más dulce que vertiera en su vida.

—Me las ha enseñado el dolor, Elena, que es un gran maestro.

Alfredo besó tiernamente la cabeza de su esposa y dijo:

—Es cierto. No hay en la vida felicidad más verdadera y más intensa que aquella que amasan y sazonan las lágrimas, mi pobre Olga aría.

KURSAAL

Pártese en dos bucles la cortina grana,
uno hacia Versalles, otro hacia Triana,
por el minueto, por el garrotín.
Y en la orquesta vagan voces espectrales,
evocando viejas horas pasionales,
notas de piano, notas de violín.

Notas de piano — gotas de la lluvia,
mágica añoranza de la prima rubia
tan inmaculada, tan sentimental—.
Notas de violines — ráfagas de viento,
vinos del delirio, rimas del momento,
vagos plenilunios, pálida Sensual—.

Luces escarchadas de las lentejuelas
bajo el histerismo de las castañuelas
en las musicales rondas de los pies,
cuando en las pavanas pulen filigranas,
curvan laberintos en las sevillanas
y ágiles rebrincan en el baile inglés.

Si ascuas son granates, perlas son granizos,
porque entre volutas de dorados rizos
túrbense los tristes ojos soñadores
y el pálido rostro de la bailarina,
toda delirante, toda serpentina,
por las tempestades de los reflectores.

José MARTINEZ JEREZ

En pública subasta

Por Jacinto Benavente

No infunde aliento el alma de un gran artista a la obra de arte sin dejar algo en ella de su vida; y vida y alma había en aquella obra de un pintor inmortal; retrato de mujer aristocrática que, con expresión melancólica de fastidio íntimo, vuelto por bondad en dulce sonrisa, hablaba al alma del contemplador, hablaba al alma del contemplador, hablaba de una historia triste, como recordaba desde otro mundo superior; mundo de luz, armonía de la Naturaleza con el Arte, donde se esclarece la sombra de los recuerdos; hablaba de este modo:

—Consumada la ruina de mi ilustre casa, fuí puesta en venta pública, entre mil otros restos valiosos de una grandeza que asombró al mundo. ¡Tristísimo día! Maldije del artista que con su genio prolongó mi existencia de siglo en siglo, para atraerme a contemplar tan triste decadencia.

Sí; en otro tiempo podía derrumbarse la grandeza mayor en un instante, por satisfacción vengativa o caprichosa de un príncipe. Todo, preeminencias nobiliarias, bienes vinculados, tesoros artísticos, y aun la vida con ello, se perdía juntamente; pero había grandeza en la caída: era el derrumbamiento pavoroso de cimientos, columnas y torreones, no el desmoronarse de caserón abandonado, desconchada la enjalbegadura, agrietados los techos con goterones. Mejor el hacha del verdugo que la pluma del escribano. Si ha de ser uno presa al fin y al cabo, mejor es serlo del león que del lobo.

¡Cuánto padecí en la subasta! Tasación de lo inapreciable, baratillo de glorias... Y padecí más, porque advertía el regocijo de algunos espíritus ruines. ¡Es natural! Sólo la caída puede nivelar lo grande con lo pequeño.

Oíd su relato, que conservo vivo en mi memoria:

La subasta empieza. Compradores y curiosos me examinan con atención. ¿Adónde iré a parar?... Me queda una esperanza; si alguno de mis descendientes, de los que llevan mi nombre y se envanecen con mis títulos, acudiera a rescatarme... No veo a ninguno. Poca ley tienen a su ilustre antepasada. No volveré a ocupar un puesto de honor entre mis descendientes... ¿Mis descendientes?... El poseedor actual de los títulos, para dorar los metales de su escudo y enrojecer sus gules con sangre y oro nuevos, se ha casado con la hija de un antiguo administrador de nuestra casa, hoy senador vitalicio, hombre opulento y hasta creo que título de Castilla... Eso es, Marqués de San Dimas...

¡Maravillosa transfusión de organismos sociales que repara muchas injusticias! La hija del administrador poco escrupuloso, reintegra en su caudal al noble heredero arruinado; éste se encarga de malgastar nuevamente lo mal ganado, y de enriquecer a cualquier prestamista, cuya hija a su vez, en compensación, se casará con otro noble pródigo. ¡Poder del amor que tiende de continuo al equilibrio!... Pero los nietos de un servidor de mi casa, llamándome abuela... crisparían las pinceladas más tenues de mi ser. Prefiero no pertenecer a la familia. ¿A quién entonces?

Allí veo al acaudalado D. Fermín Antón (hasta su apellido es nombre para que se dude de si tiene apellido). Viene en busca de antigüedades para autorizar su flamante morada... Ya se fijó en un arca... Resabios. Pero en mí no se fija. Si fuera algún cromo... Este es el que tiene en el comedor tapices de los *Girondinos* y veinte mil pesetas de libros en su biblioteca. Antes deshacerme en polvo que verme colgada en su casa.

Varios tenderos de antigüedades me rondan con interés. ¡Bonito porvenir! Parar en manos de algún inglés que me admire con trajes del Baedeker... Pues peor es sto. Ahora se acercan dos buenas mozas muy lindamente ataviadas y con mucha gracia en su persona. Una parece más señoril y comedida; habla de París y del Hotel de Ventas, y aprecia los objetos de arte; la otra es más inculta, todo la choca y de todo se ríe. Dice que llevo un moño muy raro, y discurre lo incómodo que debía ser mi traje en ocasiones... Y en eso no le falta razón.

El Duque de Cerinola, un vejete más pintado que yo, bromea y ríe a hurtadillas con ellas, y varios jóvenes aristocráticos las miran y les hacen señas cuando la gente no los observa. ¡El vicio!... ¡Otro gran nivelador! ¡Gran demócrata!

No permita la suerte que a una de estas mozas le venga en gana adornar su *boudoir* con mi retrato. ¡Capaz sería de hacerme pasar por abuela suya!... Eso sí, en su casa no me aburriría, y de cuando en cuando vería a mis parientes...

¿Qué pasa? Se decidió mi suerte. Pertenezco al Estado. Pasaré el resto de mi vida en el Museo. He dejado de ser la quinta Duquesa de mi nombre para ser una pura obra de arte. Desde hoy les importará a muy pocos quién fuí; todos preguntarán de quién soy.

Cuatro obreros muy rudos me descuelgan y me colocan en unas angarillas para conducirme al Museo. Como debo de pesar bastante, por el camino maldicen de todo lo existente con motivo de haberme comprado el Estado. "¿Para qué servirá esto? ¡Así gastan nuestro dinero!", murmuraban. Mal parada quedé como Duquesa y como obra de arte. Por lo segundo me dolió profundamente. Como Duquesa, me alegré en extremo al oír las barbaridades de aquellos zafios. ¿Son estos los que han de destruír la sociedad vieja? ¿Estos los nuevos bárbaros que nos amenazan? ¡Bah! Con hambre sólo, pero sin ideal alguno, se hacen motines, pero no revoluciones. El caballo de Atila se acerca, pero no trae jinete. Esta masa sin ideales, sin sentimiento artístico que la sublime, no puede ser más que caballo: el jinete que le dome y le guíe a su antojo, siempre será de los nuestros, aristócrata de pura raza, por derecho divino.

Llegué por fin. Unos señores muy espetados me recibieron y dieron órdenes para colocarme.

Me colocaron al lado de unas *hilanderas* y enfrente de unos *borrachos*. En el mundo de los vivos, semejante compañía hubiera sido intolerable para mí: en el mundo sereno del Arte, la compañía de los borrachos y de las hilanderas es un honor, sólo comparable para una dama aristocrática al de tomar la almohada.

ANECDOTA

La primera vez que Alejandro el Grande marchó a combatir a la guerra, Aristóteles, su preceptor, le dijo que sería mucho mejor aguardar a la edad viril para entrar en campaña.

—Entre tanto — respondió Alejandro — perdería la audacia de la juventud.

La doncella nueva

Por Hugues Lapaire

—¿Estás contento de la nueva doncella, Marcelo?

—Sí; pero me parece que la muchacha no es muy a propósito para esta clase de trabajo.

—¿Tú crees...? — dijo la señora de Colangis.

—¿No te ha dicho que no ha servido nunca? Pero se acostumbrará.

—¿Y no te hace el efecto de ser un poco... descarada?

—No. Me parece más bien tímida.

—¿Tímida? — repuso la señora de Colangis mordiéndose los labios—. ¡Pues te mira con una insistencia, hijo mío!...

—¡Pero Matilde! ¡Una criatura de diez y siete años.

—Diez y ocho.

—Pongamos diez y ocho. ¿Pero es que vas a tener celos? ¡Y de una doncella! Supongo que no hablas en serio. Anda, déjame trabajar.

—Bien, bien; ya veremos — dijo la señora de Colangis. Y se retiró pensativa.

Marcelo Colangis, joven ingeniero sin fortuna, se había casado hacía quince años con Matilde Degrais, hija de un opulento industrial. Vivían con lujo y nunca habían tenido el menor disgusto. Pero, a pesar de su aparente dicha, la señora de Conlangis sufría secretamente. No habían tenido hijos, y Matilde sentía la falta de una cunita en el hogar. Ahora una inquietud mayor iba a atormentarla.

Días pasados se presentó una joven solicitando la plaza de doncella. No habiendo servido nunca, llevaba por todo informe su nombre, Elisa; su buena voluntad, una cara muy linda y un aspecto bastante distinguido. Sin servidumbre desde hacía unas semanas, la señora de Colangis la admitió a prueba. Y he aquí que la presencia de aquella muchacha venía a turbar la tranquilidad de su casa.

Aprovechando la ausencia de Elisa, a quien envió a un recado, la señora de Colangis entró en el cuarto de su doncella.

Minutos después Matilde volvió al despacho de su marido.

—¡Marcelo!

Al ver a su mujer, pálida y desencajada, se inquietó.

—¿Qué te ocurre? Siéntate. Habla.

—Tenía sospechas; quería saber y sé. Toma. Le alargó una fotografía.

—¿Lo reconoces?

—Un retrato mío. Naturalmente.

—Debías de tener entonces veintidós o veintitrés años. Hay otro igital en nuestro álbum. Dos o tres años antes de nuestro matrimonio.

—¿Pero adónde vas a parar?

—A esto. Nuestra doncella Elisa tenía este retrato en su cuarto.

—¿Elisa? — dijo el señor Colangis con sorpresa no fingida.

—Es curioso, ¿verdad? Recuerda.

—En aquel momento llamaron a la puerta. La señora de Colangis abrió, y entró Elisa.

—Vengo a que la señora me de órdenes para la comida.

Pero Matilde, sin el menor preámbulo, le presentó el retrato.

—¿Conoce usted a este señor?

Elisa ahogó un grito y tuvo que apoyarse en la puerta para no caer al suelo.

—¿Quiere usted explicarme por qué está en su poder este retrato de mi marido?

—¡Perdóneme usted, señora! — suplicó Elisa cayendo de rodillas. — Yo nunca hubiera dicho nada.

La señora de Colangis la alzó dulcemente.

—Al contrario, hay que hablar.

—Yo confesaré todo, señora. Mi madre era una modesta obrera llamada Juana Rigol. Se enamoró de un hombre de condición social superior a la suya, y él, cuando supo que estaba encinta, la abandonó. Mi madre no intentó verle nunca, pero siempre me habló de él con cariño. Muchas veces la sorprendí llorando ante este retrato, que me confió como una reliquia al morir en el hospital. Cuando me vi sola se me ocurrió acercarme al hombre que...

—¡Basta! — interrumpió la señora de Colangis. Y volviéndose a su marido—: ¿Qué dices, Marcelo?

—Dice la verdad. Soy muy culpable, y el remordimiento ha torturado toda mi vida. Ahora llega la hora del castigo. Perdóname, Matilde, por haberte ocultado esta acción villana. Tú dictarás mi sentencia.

—¡Naturalmente! ¡Venid los dos! — dijo la señora de Colangis.

Precediéndolos fué el comedor, donde, con gran asombro, la vieron poner la mesa.

—¡Señora! — dijo instintivamente Elisa al ver a Matilde hacer su oficio de doncella.

Y reaccionando:

—Comprendo. La señora prescinde de mis servicios. Me voy...

—No, Elisa — dijo la señora de Colangis volviendo hacia ella un rostro pleno de bondad. ¿No ves lo que hago? Pongo tres cubiertos. En lo sucesivo, tu puesto está aquí, entre nosotros dos..., ¡hija mía!

ALMA OSCURA

Por Concha Espina

Cae la lluvia lenta, incansable; su frondoso tapiz se arrastra por los caminos con helado rumor, celando los paisajes, envolviendo al tren que avanza costa arriba entre la nube.

Ocupa Amelia un rincón del coche, apoya el codo en la ventanilla y la cara en la mano. Va muy triste, con una tristeza blanda, de esas que se mojan de llanto por dentro y se descubren en la voz, un poco tremulante, en los ojos empañecidos.

Los ojos de esta muchacha son claros y retienen en su cristal toda la luz del prematuro anochecer; unos labios estrechos y rojos, sensuales; unas afiladas mejillas, un color de ambar desleído en el pelo sobre la frente pálida y dolorosa, una mano breve y dócil, nada más se ve de la figura quieta, vestida modestamente de oscuro.

Penetra el convoy en un túnel con redoblado estruendo, echando sobre las vidrieras un vaho plomizo; el fanal del coche esparce su gota de luz desde la altura; la muchacha suspira, se mueve, posa la cabeza en los almohadones del respaldo y distingue entonces un montoncillo de ropa que rebulle al otro lado del departamento.

Suponía que todos sus compañeros de viaje se habían quedado en la última estación. Pero no; allí está una anciana, menuda, impaciente, que se agita reuniendo su equipaje; el saquillo de mano, varios envoltorios de diversas proporciones, el maletín que no consigue sustraer de la empinada rejilla.

Amelia se levanta con mucha solicitud para ayudar a la señora, y la ve de cerca el rostro apergaminado, la boca sumida de donde sale una voz muy dulce:

—Gracias... gracias. — Y en seguida: — ¿Va usted muy lejos?

—Un poco, sí, señora.

El acento que responde es hondo y aterciopelado.

La viejecilla se endereza para mirar a su interlocutora, y le parece muy alta, muy joven. Podrá contar... veinte años. ¡Qué pocos! — se dice. — Y balbuce con maternal confianza.

—¿No tendrás miedo, hija mía, tan sola y de noche?

—Como le tengo siempre nos hemos hecho amigos.

—¿Siempre?

La niña se ha sentado junto a su compañera única, atraída por el suave interés de aquellas indagaciones.

— ¡Siempre! — repite. — Y ávida de confidencias añade: — ¡En el fondo de mi alma siempre tengo miedo!

—¿Es de verdad?

—¡Sí!

—Y a qué temes, criatura?

—A la vida... a los rincones oscuros de las cosas...

La anciana quedóse muy perpleja, sin comprender la enigmática razón; pero había sorprendido una melancolía tan punzante en las palabras de la joven, que no pudo menos de insistir en sus preguntas:

—¿No tienes familia?

—Parientes...

—¿Padres no? — porfió la señora con asombro, como si le pareciera imposible.

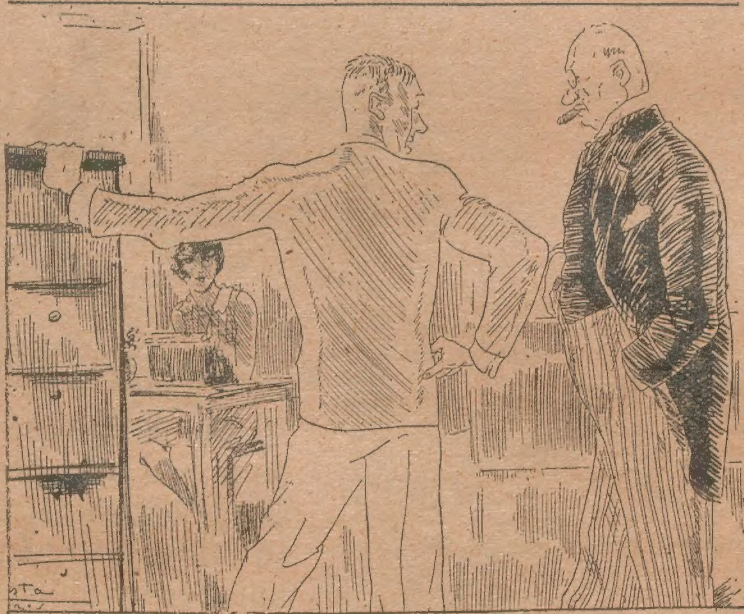
—¡No! Esa felicidad se me acabó para siempre.

—¿Hace mucho que murieron?

—¡Mucho! — pronuncia Amelia con una lentitud desfallecida, que alarga el tiempo de su orfandad de un modo inverosímil.

Y la vieja mira atónita aquella pesadumbre tan juvenil, llena de misterio.

Han salido del túnel; una claridad gris substituye en los cristales al humo espeso que los oscurecía; pero siguen velados por la lluvia, cubiertos de una palidez glacial.



—Ya ve usted: a mí me han comparado muchas veces con Judas Iscariote, y, sin embargo, no me he enfadado.
—Usted no se habrá enfadado; pero Judas Iscariote, si viviera, ¿no pondría el grito en el cielo?

—¿Cómo te llamas... si se puede saber? — interroga de nuevo la vocecilla feble y dulce.

—Amelia Vigil.

—¡Ah! Conozco tu apellido... ¿Eres del Regueral?

—Sí, señora.

—¿Y allá te diriges?

—Eso es.

—Tú pueblo está en la linde de Asturias; llegarás muy de noche.

—A las nueve.

—Te faltan cuatro horas.

—Cuatro — afirma la muchacha, consultando su relojito de pulsera en la turbia cercanía del ventanal. — Son las cinco.

—¡Y ya no se ve!

—¿Usted se queda en la próxima estación?

—Creo que sí... En Villapresente.

—No; entonces, en la otra.

—Me alegro mucho; así vamos otro ratito juntas. Y dime hija mía; ¿vuelves de la capital?

—Sí, señora; estuve a pasar las Navidades en casa de mi tío el doctor Vigil.

—Mal te fué cuando regresas sin esperar a los Reyes Magos...

—Mal, no; como de costumbre...

La voz jugosa tiene un sonido de lágrimas y la vieja se inmuta al sentir cercano y palpitante aquel dolor desconocido.

—A ver, a ver, niña; cuéntame tus penas...

—¡No hay tiempo! — interrumpe la joven con desolado ademán, atormentada por la fuga del tren, ahora que descansaría un poco sus vicisitudes en la providencial amiga. Humedece el guante limpiando la vidriera, y por la rota veladura apenas distingue unos árboles mojados y desnudos que acompañan el ferrocarril.

—¡No hay tiempo! — repite, y el corazón, grávido, padecido no le cabe en la estrechez del coche.

—Pues sí; a los Vigiles del Regueral los ha tratado mucho mi gente — susurra la anciana medio distraída; — al médico le conocí de estudiante... Parecía un buen chico... ¿Que tal que tal se porta?

—Muy bien.

—Otro era abogado.

—Mi padre.

—¡Gran mozo!... ¿De manera que se ha muerto? — Sin aguardar la inútil confirmación, recuerda la señora; — Estuvo casado con una cubana muy linda, y enviudó pronto.

—Cuando yo nací.

—¡Pobrecilla!... Es una desgracia horrible que se mueran las madres cuando nacen los hijos... ¡Qué atrocidad, Señor!... ¿Pero cómo andas tan sola teniendo tu papá un hermano?... Y hasta una hermana, Elvira, la más joven. ¿Dónde está?

—Casada, en Madrid.

—¿Y por qué no vives con ella?

—Ya me llevó una vez, pagándole yo mi pensión; como tiene muchos niños y le falta dinero, yo le servía de zagala; comía poco, trabajé demasiado y me puse enferma.

—¡Vaya, no se portó bien contigo!

—No pudo... Ella es bondadosa; pero el marido salió jugador y holgazán. Y allí dejé todas las alhajillas de mi madre, hasta los pendientes me quitaron de puestos; me empeñaron la ropa, anduve con los zapatos rotos, pasé el invierno sin abrigo...

La voz de Amelia se derretía en la blandura interior de las lágrimas. Se detuvo el tren en una estación.

—¿Villapresente? — preguntó la viajera, resolviéndose mucho.

—No; todavía, no.

—¡Ah, bien! Sigue contando hija mía... En Madrid sin abrigo. ¡Qué temeridad! Pero ¿tu padre no te dejó intereses?

—Unos pocos sí, señora.

—Pudiste entrar en un buen pensionado...

—¿Para toda la vida?

—De ninguna manera... para educarte.

—Ya estuve; sin salir a veranear, sin que nadie se acordara de mí. Los días de visita me quedaba sola en el cuarto de estudio, con un libro en la mano, una pena tan fuerte... ¡y unas ganas de bombones!... Todas las alumnas volvían del salón con golosinas y me las daban a probar, como de limosna.

—¿Era en Madrid? ¿Tu tía no iba a verte?

La muchacha hizo un signo afirmativo con la cabeza; tenía la voz rota entre los labios.

—¡Nunca!

—¡Dios mío! ¿Y quién te sacó de allí?

—Tío Manolo, mi tutor, cuando cumplí los diez y siete años...

—Manolo es el médico ¿verdad?

—Sí, señora.

—Te llevaría con él.

Nueva señal de afirmación.

—¿Y luego?

—Que en todas partes sobro... Mis primas son mucho mayores que yo; no me quieren... sin saber por qué, y tampoco yo puedo quererlas. Su madre es una extraña para mí: todo me lo critica y censura; dice que soy díscola y rebelde... creo que tienen razón; pero es el caso...

Las palabras de la joven se extravían, rodando como las cuentas de un collar deshecho, y se pierden en un sollozo mientras ella reflexiona: ¿por qué le digo yo mis lástimas a esta señoruca desconocida, de repente, aquí, en el rincón extraño de este coche?... ¡Er rarísimo!

Yérguese descontenta, se quita los guantes y busca en su bolsillo un pañuelo. La anciana concluye:

—¡Vaya por Dios!... ¿Y los parientes de tu mamá?

—Están en Cuba.

—¡Ah, muy ylejos! Con el mar por delante lleno de peligros. No vayas, no, hija mía; quédate aquí.

Y Amelia, que presiente la embriaguez de las distancias, se hun-

de en el asiento con angustia, mientras las alas de su fantasía tropiezan con las paredes del vagón.

—¿De manera — dice la dama curiosa — que te has ido a vivir al Regueral?

—Sí; con Facunda, una antigua criada de mis padres.

—¿Buena?

—Sí, ¡todo el mundo es bueno! Pero nadie se ocupa de mí. Parientes y amigos me olvidan, me abandonan; tienen mucho que hacer con las preocupaciones suyas. Y yo me quedo aislada; no intereso ni apasiono a ningún otro corazón; ¡estoy sola, sola, en mitad del camino!...

Se para el tren...

—¿Villapresente? — pregunta ansiosamente la viajera.

—Sí, señora.

—¡Aquí estoy!

Un grupo de gente acude a abrir la portezuela, a preguntar, a tender las manos.

La señora sonríe, se apresura, desciende casi en brazos de sus deudos; se deja acariciar y mecer entre el alborotado charloteo revuelto a su alrededor, y se despide ligeramente de Amelia cuando ya rebufa la máquina y vuelve a trepidar el convoy.

—¡Adiós, adiós, y muy bien viaje!

—Quede usted con Dios.

La muchacha domina el andén desde el marco luminoso de la ventanilla. Ha visto como a su confidente, de ocasión, le calzan unas almadreñas y la cubren con un chal; un hombre solícito le sirve de apoyo y con un gran paraguas la defiende la lluvia.

Así bien cuidada y atendida, se aleja por un corvo sendero de la miés, sin decirle siquiera su nombre a la niña solitaria.

Suena un instante el látigo del vendaval sacudiendo los bosques, el salmo triste de las aguas sobre la tierra fría y oscura; luego el tren ensordece todos los ruidos con el suyo, hendiendo las penumbras, audazmente, bajo la ráfaga.

Amelia vuelve a sentarse, levantando el vidrio, agradecida al gran rumor que apaga las voces desgarradoras de los elementos: no quiere oír el quejido de la naturaleza; no quiere pensar en los clamores de la vida.

Pero no logra impedir que en su alma se alce la canción silenciosa de los recuerdos. Y siente su abandono, su invalidez, se asusta de su propia sombra reflejada en el tapiz del carruaje.

Después revive su casita aldeana, muda como un sepulcro; se oye a sí misma el acento resonando en las habitaciones desiertas; sufre la obsesión de unas paredes blancas, unos techos blancos, que la inducen a pisar de puntillas y a hablar a escucho... ¡Está sola; nadie la llama, ni la necesita, ni la busca!

Quizá el vacío de su niñez la trae a una juventud huraña y sin calor... Todos los hallazgos de su vida fueron así, como el de ahora, un poco de interés, una centella de compasión, acaso una chispa de ternura; luego, el olvido, la soledad, el viaje continuo y doloroso bajo el arco de las tinieblas: ¡lo mismo que esta noche!

Amelia solloza muy bajito, con el miedo de oírse; entorna los párpados, húmedos como el paisaje, y sueña resignada al agobio del temporal.

Ningún pasajero la interrumpe; se suceden las estaciones, las paradas, las sacudidas, y la viajera sigue hincando los deseos en un nebuloso porvenir

Hasta que llega al Regueral. En esta detención del tren padece la muchacha unas vacilaciones absurdas, perturbadoras.

Nadie la espera allí. Sigue cayendo la lluvia helada, resuenan en el campo los ayes lastimosos del invierno... ¿Si continuara el viaje adormecida en el ruido encubridor de aquel galope, abrigada en el regazo caliente de aquel sofá?... Pero, ¿a donde iría?

—¡Qué locura! — prorrumpe asombradamente, como si volviera de un delirio. Se frota los ojos, mojados por el agua de los sueños, recoge su cartera y salta al andén.

Parece menos alta, más frágil y niña, allí, irresoluta sobre el acero frío de los charcos, agarrándose, ansiosa, a su pedazo de vida negra, cuando, de pronto, algo fuerte y violento le acude encima desde la obscuridad, algo acometedor que la remece, la empuja. Y, vacilante, a punto de caer, exclama con sorprendido gozo:

—"¡Bolina!"... ¿Eres tú?

Se deja abrazar y lamer por un perro fornido y juguetón, ancho, gris, las orejas colgantes, el pelaje sedoso, un Terranova audaz y fiel que ladra y gime con entrañable amor, en tanto, que Amelia le pregunta:

—Pero ¿de dónde vienes?... ¿Dónde estabas?... ¡Ah, tú me reconoces, no me olvidas, eres mi único amigo!

Los dedos membranosos del animal llenan de barro el vestido de la muchacha, le humedecen y descomponen.

—¡Quieto "Bolina" — ordena en la sombra un acento varonil, que añade: Se moja usted.

Amelia ve que un joven se le aproxima, ofreciéndole un paraguas.

—Este perro "era" mío — añora ella a guisa de explicación, con cierta amargura.

—¿Suyo?

—Sí. ¿No ve usted cuánto me quiere? Hace años, al marcharme de aquí, se lo regalé al mejor compañero de mi padre.

—¿Luis Merás?

—Justamente, de Bárcena.

—Entonces... ¿tú eres Amelia Vigil?

—Servidora...

—¿Y no me conoces?

—No sé... Acaso... ¿Luis María?

—El mismo.

Se ha marchado el tren. Quédase la estación callada y tenebrosa; el guarda agujas se va por los carriles con su linterna; el jefe se esconde en la oficina y el mozo, que completa el servicio ferroviario, descansa de un ilusorio trajín, recostado contra la pared al socaire del ancho tejaroz.

Tiene Luis María abierto el paraguas sobre Amelia; el perro se ha tranquilizado un poco, sin dejar de alegrarse y de bullir, y los dos jóvenes se quieren ver la cara a la dudosa claridad del único farol. Están contentos, indecisos: no saben qué decirse.

Al cabo, pregunta él:

—¿Vuelves de la ciudad?

—Sí, vivo otra vez en este rincón.

—¿Sola?

—Casi... Me acompaña Facunda. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Ya lo creo!

—Y tú ¿de dónde vienes?

—De pasar las Navidades en mi casa. Se me ocurrió quedarme esta noche en el Regueral por el gusto de recorrer los caminos de mis primeras travesuras. Seguiré viaje mañana en el último tren.

—¿A Oviedo?

—Sí; estoy allí de guarnición.

Habían echado a andar muy despacio, como si no lloviese ni venteara, envueltos en el albornoz de la sombra.

—¿Quieres el brazo? — pregunta el mozo con galantería. — Apenas se ve y puedes tropezar.

—Gracias.

Y la niña, que sabe de memoria todos los caminos de su pueblo, imagina de repente, que han cambiado de rumbo; se aturde y acepta el apoyo de su amigo, con las sienes tremantes y los ojos cubiertos de esperanza. El perro les da escolta, sacudiéndose la mojadura, retemblando de alegría.

—¿De modo — pronuncia el muchacho con afectuosa entonación — que no me hubieras reconocido.

—Era difícil... ¡Has crecido tanto! Quizá de día...; pero no; creo que no.

—Tampoco yo a ti... Cambiaste mucho: estás muy guapa.

—¡Si aún no me has visto!

—¡Te estoy viendo!

Ella sube la mirada y se encuentra con la de él, sorprendida de que, en realidad, vibre un extraño resplandor entre los dos semblantes, una llama fogosa que les alumbra y calienta.

Los ojos iluminados caminan por la nube asida tenazmente a los horizontes... Están muy oscuros el cielo y el valle. ¿De dónde viene aquella misteriosa luz sobre los dos amigos de la niñez?...

Siguen ellos hablando de sus recuerdos infantiles, cuando Luis María vivió en el Regueral, siendo allí su padre juez del distrito. Luego, el ascenso de aquel señor, la carrera del muchacho... Los niños se perdieron de vista: Amelia se quedó sola en el mundo...

Mañana turbia; persiste la cerrazón, aunque ha dejado de llover. Amelia temería haber soñado si a sus pies no durmiera "Bolina" hecho un ovillo, pronto a gruñir siempre que llega un rumor importuno desde el campo bañado de silencio.

Junto a su balcón, abierto sin precauciones al aire húmedo y torvo, la niña de Vigil sonríe y atiende, cultivando en su imaginación las flores pálidas de la Quimera.

No ha sido un sueño su conversación con la dama egoísta que olvidó a la viajera solitaria en el primer recodo fácil de una mies, orgullosa como si no existiera más paraguas que el suyo, ni se pudiese lograr otro recibimiento como aquel ruidoso de almadreñas y de voces, de preguntas y solicitudes... ¡No, señora; hay en la vida arribos y homenajes mucho más felices!

El joven Merás, teniente segundo — que puede casarse en cuanto

UN BESO

Como una mariposa
que se posa
en el cáliz fragante de una rosa
mi boca se posó sobre tu boca.
Y te volviste loca
al estrujante beso
repleto de pasión y de embeleso
que unió mis labios a los tuyos rojos,
al tiempo en que, bajando tú los ojos,
quisiste separarte de mi lado
con delicioso enfado
¡sin poder ocultar que con el beso
quedó tu corazón del mío preso!

J. QUESADA NOFUENTES

ANECDOTA

El ministro y eminente matemático francés Painlevé tiene fama de ser un gran sabio, un excelente, orador, un político leal y un hombre sumamente amable. Su único defecto es ser algo distraído.

Cierto día se hallaba discutiendo con un sabio mientras su ayudante le esperaba para asistir al entierro de un meritorio general. Dos o tres veces el ayudante le hizo señas de que terminase de discutir, y cuando Painlevé le preguntó al cabo de dos horas:

—¿Qué quiere usted de mí?

Este le contestó:

—Teníamos que ir al entierro del general, pero ya es tarde. Sus restos mortales ya descansan en la tierra.

—¡Qué lástima — contestó distraído el ministro. — Bueno, iremos la próxima vez.

ascienda — guapo, airoso, listo, usa, cuando viste de paisano, un paraguas reluciente y ligero, con puño de carey; le abre con una gracia especial y con el mismo donaire ofrece el brazo a las viajeras desprevenidas, así que llega la ocasión; luego habla, mira y obsequía de un modo verdaderamente inolvidable... ¡Qué no daría la anciana desdeñosa de Villapresente por un encuentro como el que tuvo Amelia en el Regueral!

La niña, muy ufana y victoriosa, escucha con un nuevo interés el latido opaco del reloj que otros días le sirve de compás en las jornadas interminables. Luis María le ha prometido venir temprano a verla y a charlar juntos de "muchas cosas"... Subrayó esta última frase con un largo apretón de manos al despedirse y con una mirada honda y elocuente.

—¿No es cierto, "Bolina"?

El perro se levantó con admirable docilidad, desplegando su elevada estatura, derecha la cola, igual que la de un lobo, y fué a posar el grueso hocico sobre el regazo de Amelia. Así estuvo clavando en la muchacha el movedizo fulgor de sus pupilas redondas, quieto y dichoso en una respuesta muda.

Le había dicho el teniente:

—¡Ahí; quédate ahí; a cuidar a la señorita!

Ella le mandaba también quedarse. Y el animal, feliz con obedecer a un tiempo al instinto y a los amos, olfateó curiosamente los rincones de la casa donde había nacido, para echarse luego, alerto y silencioso, junto a la joven, y sólo erguirse, vigilante a los ruidos forasteros y a las llamadas cariñosas de su amiga.

En esta postura de sumisión y beatitud le sorpprende la resonancia de unos pasos, y se excita, ladra, corre sacudiendo el cuello lanudo, estirando la cabeza inteligente.

El que llega es Merás.

Después de recibirle con estruendoso regocijo, vuelve el Terranova a su pacífica guardia.

...Y el teniente no visita en el Regueral los caminos de su niñez más que en el jardín y en la casa de Amelia, en el carasol que domina el valle manchado de negruras, en los senderuelos empedrados de la huerta, lustrosos del agua llovediza.

Mucho tiempo hace que una risa clara y musical no surte como hoy en las soledades de la vivienda ni en la quietud romántica del jardín.

Los dos amigos deshojan en íntimo coloquio sus recuerdos, que se convierten en páginas de amor con la impetuosidad sublime de la juventud.

Sin darse cuenta de ello, hablan ya como novios llevados por una prisa loca de quererse y decírselo.

Vive Amelia igual que en sueños, embriagada por primera vez en unas horas de poesía y de fiebre. Su alma, lírica y seria, arde en exaltaciones indecibles, traspasadas por una violenta inquietud.

Por que la gran revelación, el hallazgo supremo, se le ofrece como todo en la vida: fugaz, transitorio; es un instante de ventura que se le escapa entre las manos: la licencia del teniente expira hoy mismo. Y la pobre enamorada se quedará de nuevo triste y sola, temblando, además, por un amor tan niño y delicado, expuesto a los rigores de la ausencia.

En los ojos rubios y transparentes descubre Luis María la tribulación de la joven. Y promete, jura: volveré pronto; escribiré a menudo.

Como prenda de fidelidad, como testimonio íntegro y noble del reciente amor, se quedará "Bolina" con Amelia.

—¿Quieres? — pregunta el novio con expresión generosa, como si hiciera el más importante ofrecimiento—. Te dejo en él una fuerza un guardián, un corazón: una vida inocente y palpitante que es toda tuya.

—Sí, sí — agradece la muchacha, fervorosa—. ¿Te acuerdas desde que nació cuánto le queríamos?

—Y era un cachorro chiquitín cuando ya nos prefería en sus juegos y en sus vigilancias.

Cada vez que le nombran atiende el animal, levanta la cabeza y escucha con una comprensión grave y humilde, llena de honradez.

Apuran los enamorados los últimos sorbos de su felicidad.

La tarde, más despejada según va cayendo, se extingue mojada y benigna, en un crepúsculo suave por donde asoma la luna fría y pálida, un poco cenicienta.

Le ha llegado al teniente Merás la hora de partir. Su novia le ha dicho ya, muchas veces, en el tiempo vertiginoso de este día:

—¡Tengo miedo de que te manden a Africa!

Balbuce aún su querella en la estación como un eco de escondidos terrores y de agudas incertidumbres.

El militar sonríe poco tranquilizador, aunque repite:

—No; no es probable...

Pero la visión lejana de la guerra se extiende amenazadora en las pupilas de la muchacha, traslúcidas lo mismo que gotas de topacio.

Y el viajero percibe aquella imagen como un augurio, en la postrera mirada de los claros ojos.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Sale el tren.

El perro ha comprendido que se debe quedar con su ama. No obstante, aulla, corre inquieto y ventor, persiguiendo al convoy, mientras en la ventanilla prolonga el teniente los saludos, ya perdidos en la sombra de la noche, agitados en la bandera del viento.

Sin dejar de gruñir, vuelve cariñoso "Bolina" al lado de Amelia, que está muda y sola en el andén.

Y la joven se abraza al animal, consolada al sentirse cerca de su corazón, como una voz amiga, el gemido caliente de aquella alma perecedera y oscura...



—Esta carta pesa mucho; hay que ponerle otra estampilla.

—¡Pues si se le pone otra estampilla pesará más!

LA LAGRIMA INMORTAL

—Ven — dijo el mago Zebelín a la virgen de azules ojos y de cabellera de oro pálido — y recoge separadamente las lágrimas que nacen de las grandes emociones de la vida.

—¿Y cómo hacer para que no se evaporen mientras las reuno todas?

—No se evapararán — agregó el mago.

Y Zelda, la virgen de ojos azules, se fué a recorrer la ciudad.

Volvió a los pocos días y presentó a Zebelín varias conchas de plata, cerradas, con una lágrima cada una.

El mago pronunció algunas palabras misteriosas, y después fué abriendo las conchas, a medida que se las presentaban.

—Esta lágrima convertida en gotas de sangre — exclamó — es la lágrima de la mujer virtuosa y engañada por la villanía de un seductor.

"He aquí una negra: es la lágrima del arrepentimiento que se finge.

"Esta gris es la que engendró la cólera".

"Estas otras limpias, puras transparentes, son las de los pesares del alma. "Aquí falta una.

—Todas las conchas recogieron sus lágrimas — repuso Zelda.

—Pues bien: se ha evaporado o ha de haber sido la de la mujer que trata de engañar a cuantos hombres se le acercan.

Y abrió la última concha.

Allí había una perla muy bella y muy brillante. Zebelín se puso pensativo y se llevó ambas manos a la cabeza.

Y después de una larga invocación, dijo emocionado:

—Esta lágrima convertida en perla es la lágrima de la madre, la única inmortal, la más santa; porque se engendró por los más puros sentimientos del corazón. Todas las demás desaparecen: ésta no morirá mientras exista en el alma el sublime amor que inspiran esos seres que se llaman hijos.

Catulo MENDES

Los fruteros serranos

Por Juan José Vélez

Aquel año nos instalamos en Salsipuedes con la esperanza de pasar un verano feliz y provechoso: punto magnífico para los que de la ciudad arriban allí, en busca de buen aire y de agua pura y, punto estratégico para los que visitan las pintorescas sierras, procedentes ya del Bajo del Cerro, de Río Ceballos, bien de Colanchanga, de Candonga o la Granja y Ascochinga; el hecho es que aquella denominación de Salsipuedes, bien le venía a este sitio de recreo, pues a él se llegaba y se llega por un camino que caracolea, entre cerros, lomas y quebradas, quedando el blanco caserío en medio de todas estas bellezas naturales.

Dada la posición de nuestra casa, situada frente a la vieja capilla del lugar, con una verdadera plaza de armas, a su frente a la moda de peristilo y a la que forzosamente tenía todo viajero o turista que converger de los ocho puntos o subpuntos cardinales; era para nosotros divertidísimo, presenciar el continuo traqueteo, por la riscosa carretera, de gente de toda traza; peatones y jinetes, de toda catadura y categoría, de diversos oficios o profesión, y entre los que despertaban más la curiosidad, eran los fruteros. A eso de la oración, veíaseles ya pasar con sus acémilas cargadas del producto de sus quintas y chacras, dirigiéndose a venderlos a los mercados de la ciudad, para lo cual hacían la travesía de noche, a objeto de amanecer en la urbe con la fruta aun fresquita.

Viejos serranos que de tiempo inmemorial venían proveyendo a las familias de Córdoba de las primeras peras y duraznos de Noviembre, y de las rojas brevas de pulpa almibarada; se caracterizaban por su inconfundible modo de vivir, comerciar y morir; siempre en la ley de los abuelos. Pasaban el año en la mayor ociosidad, vegetando a la par de sus mujeres e hijos, en los humildísimos ranchos, sin ofender a nadie, es cierto, pero también, sin un esfuerzo que pudiera traducirse en un anhelo de mejora individual, en un rasgo de energía, en un propósito de cambiar de costumbres, para embellecer más la vida.

Durante el largo invierno era su ocupación perenne el mate, y bajo los corredores de las casas emponchados como viejos soldados, permanecer de guardia ante su dueña y señora: la rutina. Poco o nada les dolía la noticia de que, por ejemplo, una epidemia azotaba a la ciudad capital, llenando el cementerio de cadáveres; para eso ellos tenían también donde tirarse de barriga en caso de que "algún cólico miserere", o una puntada de costado, los postrara en sus catres de tientos; poco o nada, en fin hacían por salir de ese marasmo espiritual de la tranquilidad de conciencia, en lo único que fundaban su dicha terrenal, a base del matrimonio que los ungía, prolíficos padres o madres que se llenaban de hijos, como los corrales de numerosa majada; pero llegado el verano, ya se movían, ya era el divisar a los árboles cargados de frutos en cuya venta cifraban los grandes negocios del año.

En cierta ocasión contemplamos una recua de estos paisanos, montados en sus mancarroncitos enclenques, marchando uno tras otro, a la cabeza de los cuales un chico llevaba de tiro una yegüita overa, y en pos de él, muchachos ya mayores, hombres de cierta edad, y hasta algún viejo septentón, cuya gran barba parecía un símbolo entre la alegre caravana de fruteros. Bajaban de la sierra por la cuesta de Moyano, y habían cruzado el largo potrero de este nombre y, necesariamente, frente a la capillita de Salsipuedes, en esa verdadera plaza de armas, debían hacer un descanso; en efecto, empezaban a llegar, y apearse de uno en uno, sacando el freno a las cabalgaduras para que pastaran; entre tanto se tiraban sobre las caronillas a masticar los pensamientos que los traían tan preocupados; vender las arganadas de frutas al más alto precio, comprarse algunas pilchas en los bobliches anexos al mercado, y regresar contentos y felices al clarear el alba, por el mismo camino que trajeran, ni más ni menos como un escuadrón de hormigas negras, afrontando la situación de la vida, conduciendo a sus graneros, lo que han de necesitar en el invierno.

Quienes más curiosos estábamos por conocer a estos gitanos de la sierra, pobremente vestidos y enemigos de la higiene, pues ni del agua de los arroyos hacían uso para una lavada de cara y mucho menos de la barba, pues cuando más, solían bañar a sus fletes después de una campeadaé fuimos los niños de la casa los que nos acercamos a saludarlos y ofrecerles cuanto pudieran necesitar. Al aproximarnos al montón notamos que la paisanada rodeaba al viejo septentón, de hermosa barba mora, de mirada vivísima y una labia de mi flor.

—¿Cómo les va? ¿Qué tal la cosecha de este año? —preguntamos en general al grupo presidido por el viejo sentado en cuclillas —y éste contestó:

—Aquí voy arreando esta tropilla de muchachos; hijos, yernos y nietos, siguiendo el viejo camino que me enseñaron mis padres; a vender en el pueblo, los ricos du-

raznos, las peras y las brevas de nuestros pagos.

—¿De lejos vienen?

—De lejitos.

—Con razón hacen este descansito, ¿eh?

—Ansina tiene que ser, cuando ni los animalitos resistirán, cargados como vienen. Velay! —agregó — ese macho ruano, trae cargadas las árganas de la finada mi mujer, con peras dulces de la quinta de don Pancho Oliva; ese pangaré que relincha como asustado, lleva duraznos de la Virgen que se venden toditos por lo sabrosos y chiquitos; a ese bayo negro y corceador, le toca cargar la mejor merienda de las familias: va con melones más ricos que el almíbar.

Mientras el viejo nos ponía al corriente de todo, llegó al grupo, al galope, procedente "del pueblo", un jinete con uniforme de agente de policía, que al enfrentar a nosotros detuvo el caballo y preguntó por la casa del comisario.

—"Revolución en el pueblo" — se le alcanzó a oír que dijo en voz baja, y con cierta reserva al viejo sargento de la comisaría local que, al amor de la fruta rondaba por allí.

—¿Qué ha dicho ese hombre?— preguntó, uno de los fruteros, el más asustado, el que montaba el pangaré, con duraznos de la Virgen.

—Que se ha embochinchado la gente en el pueblo, con motivo de las elecciones —le contestó un curioso que andaba husmeando tras de los melones olorosos.

—¡Caramba! —masculló el de la barba mora, poniéndose de pie, pues había estado en cuclillas contando cuentos.— ¿Qué hay niño?, acérquese a las casas y averigüe la verdad —me pidió.

A todo esto se había apoderado de los fruteros un miedo pánico: revolución en el pueblo significaba para ellos, la pérdida no sólo de la libertad individual sino de toda la fruta acopiada con tanto trabajo y conducida con igual sacrificio. No valía la pena de exponerse a caer en manos de alguna comisión.

Cuando volvimos a noticiarlos del suceso, aquello fué de no ver ni oír; pero, sí, de darse exacta cuenta del poder del miedo del extraordinario poder del miedo que es tan contagioso entre la gente sencilla del campo.

—Con razón — dijo el viejo, — desde la tarde, apenas apuntamos al mogote de los Loza, empecé a oír como retumbo de cañón; la tierra temblaba y el sol parecía obscurecerse.

Y no fué necesario más argumento para que se produjera el desbande de los pobres paisanos, que hechos unos locos, maldecían de su suerte, y apenas vieron al soldado que regresaba de lo del comisario a todo lo que daba el flete, se lanzaron a una fuga estrepitosa al oír que decía:

—Lueguito llegará la comisión a arrear gente.

Ni el diablo que interviniera en persona, produjera tal zafarrancho: el muchacho que traía la yegüita de tiro, fué el primero en disparar volcando las árganas llenas de peras, y como los demás intentaran hacer lo mismo, se oyó la voz ronca y estrepitosa del paisano que los interpelaba así:

—Bueno: disparen y a esconderse han tocado, pero esperen: no me dejen solo. Miren que estoy muy viejo ya: el reumatismo me tiene inválido.

¿Y el miedo, cómo lo tendría?

Pero, qué protestas, ni qué refunfuños del pobre hombre: al poco rato, allí donde habían acampado, todo era un desastre. Al saber que en el pueblo había "bulla" se hicieron humo, y como cuando entran los chanchos en una chacra y todo lo destrozan, así aparecía aquello: la fruta desparramada en el suelo, los exquisitos melones partidos y deshechos, algún lazo olvidado, una alforja con algún encarguito de la novia, una pava para el mate, y de trecho en trecho, la boñiga de las bestias alfombrando aquel campo de Agramante daban idea de lo aturdidos que anduvieran sus ocupantes, de ratos anteriores.

Y después en el silencio de la noche, qué prejuicios reinantes en la atmósfera; qué medidas de precaución en los ranchos pajizos, donde sólo quedaban las mujeres, porque los hombres habían huído al monte; ¡oh! consecuencia funesta de la "bulla" en el pueblo! No quedó paisano que se creyera digno de tomar el peso de las armas de la patria; por eso, humildes como eran, se ocultaban para que no se les discerniera este honor. ¿Cobardía o falso concepto del civismo? ¡Quién sabe! La influencia de los capitanejos, cuando la montonera se imponía con las lanzas enristradas, los había expoliado tanto, que les bastaba "oír ruido de armas", para que optaran por buscar en la sierra, en las quebradas, en los lugares más recónditos, un sitio, un lugar seguro para ocultarse a la persecución.

Y así ocurrió esta vez, en que se dieron tan gran susto los fruteros: hasta muchos días después, anduvieron a salto de mata por el monte, sin animarse a bajar a poblado.

Y la fruta fué el botín de los vecinos de Salsipuedes!

EL ULTIMO CONSUELO

I

—Sí, señor —dijo Lucas con tristeza;—
En el combate atroz que he sostenido
Defendiendo el honor y la nobleza
Nada pude lograr... ¡Soy un vencido!
Y, aunque no hay una sombra en mi pasado,
Y en todas mis acciones
Por natural instinto he procurado
Olvidar mi egoísmo y mis pasiones;
Aunque empleé en la lucha ese denuedo
Que se apoya en la fe y en Dios se inspira,
La gente me señala con el dedo
Y se ríe de mí cuando me mira!

II

Por el amor que el mundo
Quebrantado y enfermo me inspiraba,
Como otros buscan el placer, buscaba
Yo la desdicha con afán profundo.
Y, al tenerla ante mí, con alma y vida,
Ajeno a lo demás, me dedicaba
Al arduo empeño de curar la herida
Que al rudo golpe del dolor sangraba
No hay mérito ninguno en tal tarea...
Se buscaría en vano
Otro placer que comparable sea
Al de calmar la angustia del hermano...
¡Animar la virtud cuando claudica!...
¡En cerebro sin luz sembrar la idea
Noble que echa raíz y fructifica!...
¡Al espíritu ahogado en el vacío
Llevar el viento del amor que orea
Las flores ya marchitas por el frío!...
¡Dar al hombre que cede en la pelea
Con mayor entusiasmo mayor brío,
Y hacer que en lontananza
De todo impulso débil que flaquea
Brille la hermosa luz de la esperanza...
¿Qué mayor dicha para el hombre honrado?
¿Qué vale otro deseo comparado
Con este anhelo inmaterial, gigante,
Que abriendo al mundo el corazón amante
Le da un beso de amor al desdichado?...

III

Tal fué el objeto que marqué a mi vida...
Entre millares de mezquinos seres
que buscaban con ansia desmedida
La ruin satisfacción de sus placeres,
Yo, sintiéndome aislado, procuraba
Llevar socorro a las profundas penas
De un mundo, casi loco, que forjaba
Al fuego de su orgullo sus cadenas.
¡Afán que herido del desprecio acaba!
No hay quien la fuerza del error desvíe,
¡Tal vez la humanidad cuando es esclava
Goza, y del noble redentor se ríe!
Ni uno solo, lo juro, ha comprendido
La esencia pura del gigante empeño
Que, entre el tumulto mofador perdido,
Sólo tiene hoy la vaguedad de un sueño.
Me hirió la burla, me acosó la envidia,
Buscando en mis acciones lo pequeño,
Y, en fin, de muerte el corazón herido
Por el golpe traidor de la perfidia,
Sigue amando... ¡eso sí!... ¡pero vencido!

IV

¿Qué aguardo?... ¡Bah! Nuestra jornada es corta,
Y mientras dura quedará un consuelo:
Alzar la vista desde el mundo al cielo,
Sentir al alma... y murmurar: ¿Qué importa?

Luis de ANSORENA

LA REGIA CONFIANZA

El 30 de agosto de 1483 murió Luis XI. Bajo su reinado se estableció la imprenta en Francia, llevada por tres editores de Mayenza, contratados por el gobierno; trabajaban en el Colegio de la Sorbona.

Eran tan raros los libros en aquella época, que Luis XI, que quería leer un libro de la Facultad de Medicina, no solamente hubo de dejar en prenda una vajilla de plata, sino que fué obligado por las autoridades a dar una fianza personal. Un noble amigo suyo garantizó que el rey devolvería el libro.

Es una costumbre que se ha ido perdiendo, por desgracia. ¡Desde que cayó en desuso, los libros no vuelven más a las bibliotecas!

UNA RECALADA

Por Manuel Lustres Rivas

(Memorias de un grumete)

Fué un grito de angustia y júbilo a la par... ¡Tierra a babor!... ¡Tierra por la amura de babor!...

Lo lanzaba el rapaz desde la cofa de trinquete, adonde había gateado.

Allá subimos dos o tres, los más impacientes, los más nerviosos. Encaramados sobre la verga de velacho, las manos aferradas a los flechastes, avizoramos a través de la cerrazón, que tejía en torno a la nao una cortina gris, densa como una mortaja de sombras. Y divisamos un picacho informe, que era como un paño más espeso en los cortinajes de niebla que cerraban el estrecho círculo.

Soplaba duro del Oeste. Venían las ráfagas violentísimas, con empuje bárbaro, contra la goleta, que escoraba a sotavento, a veces rendida bajo el peso de las temibles acometidas del aire.

La mar era gruesa, imponente. Reventaban las cumbres de las oleadas en flecos de espuma, que la luz difusa hacía lívidos sobre la sombría obscuridad del agua.

A mi lado, en la verga, estaba el marinero rubio; las guedejas doradas y consteladas de finas gotas volando, el torso erguido, la mirada inquieta.

Le pregunté:

—¿Qué tierra será esa

—El monte de Santa Tecla — me contestó rotundamente.

—¡Orza, orza! — gritó el portugués desde el castillo de proa—. ¡Es Santa Tecla!... ¡Somos perdidos!

Y en toda la embarcación brotó un coro de voces torvas que acompañaban el grito fatídico del portugués.

—¡Orza, orza!... ¡Es Santa Tecla!... ¡No más vía!...

Iban los acentos agoreros de uno a otro hombre. En las facies se descubrían los gestos duros, las contracciones violentas de los que se aprestan a librar un combate definitivo con la muerte.

La crueldad del instinto de conservación se desnudaba en los rostros, que se taraban con la mueca feroz del egoísmo supremo.

Rotunda, formidable, imponiéndose a la barahunda del oleaje y a los silbidos del viento, sonó a popa la voz del contramaestre:

—¿Qué tierra es esa, rapaz?...

Y luego con sordina, pero bronca y áspera, la misma voz:

—¡Animo, muchachos, que aun no se perdió todo!... ¡Aun quedan pedazos de lona en el pañol!

Chilló desde la altura el rapaz:

—Para mí que esa tierra es la isla de Sálvora.

En el castillo de proa rezongaba el portugués:

—¡Velas en el pañol!... ¿Y quién las aguanta? ¿Qué barco resiste con este viento y esta mar una sábana en su arboladura?...

¿Qué amura de fragata puede con un par de labazadas de esta marosía?

Despacio y silenciosamente anduvo el capitán desde el saltillo de popa hasta la jarcia del mayor. Serenamente tomó la enflechadura del mástil y trepó hasta la cruceta.

Callamos todos ante la emoción del gesto. Apenas respirábamos en el solemne momento.

Caminaba la goleta, con el velacho cazado a filo, a nueve millas. Se acercaba, velocísima, a la muerte o a la vida.

Mientras el capitán ascendía, pausado nosotros nos mirábamos mutuamente a las caras. Y nos veíamos unos a los otros esas muecas horripilantes, esos rasgos de cadáveres vivientes que deben tener los rostros de los reos en capilla cuando quedan solos con la conciencia.

Desde la altura escudriñaban los ojos del capitán la tierra, que ya se dominaba desde la cubierta. Lo vimos bajar. En su rostro habaí tranquilidad.

—Va bien el barco a la vía — dijo al poner el pie en la cubierta.

Y en seguida en tono de mando:

—¡Carad el velacho al medio, y a desfaldar al alto!

Y luego, sonriente, jovial:

—Hay que fondear con día; entre fusco e lusco.

Orientado el velacho al viento, fué desfaldado el alto. Y a bordo se blandió el cántico rudo, litúrgico, con que se riman las pesadas faenas del músculo.

—¡Oh, relinga!... ¡Eh, ih, oh!... ¡Relinga!...

Acompañando al eco primitivo y bronco de las voces volaban los chirridos metálicos de los cilindros en las poleas. Y nosotros, en nuestro gran alborozo, interpretábamos aquella música rara como un himno triunfal.

Volaba la goleta al embate de las rachas que inflaban sus velas. Iba delante de las tremendas olas que se desflecaban, rabiosas, en su popa, sin lograr asaltarla.

Por el través de babor se dibujaron, imprecisos, los contornos redondeados de la Sálvora... La furia de las oleadas menguaba conforme nos adentrábamos en la mar arosana.

El portugués, oráculo del guapo formado al socaire de la cocina, decía, sentencioso:

—¡Bah!... Lo pasado, al olvido. ¡Ya las mujeres tienen hombres, los hijos padres y los padres hijos!

En la cocina, el rapaz cantaba muy alto una copla andaluza, sazonada de sol, sangre y celos, que no rimaba con el momento.

—¡Calla, imbécil! — le ordené.

Y fuí obedecido.

Es digna la actitud de la Intendencia en el caso de la Dirección del Departamento Nacional de Higiene

Oportunamente suscitó comentarios de diversa índole una resolución de la Intendencia por la cual disponíase que los funcionarios en edad de jubilarse se acogieran a los beneficios que acuerda la Ley.

Trátase, a nuestro juicio, de una medida atinada que sólo pudo ser discutida en sus méritos por error sentimental o mala fe política, cosas ambas que por cierto nada tienen que ver con la buena administración y con el cumplimiento estricto de la sanción legal respectiva. El criterio equivocado partió del hecho de q' un médico de la talla del Dr. Gregorio Aráoz Alfaro se hallara en el caso planteado por aquella resolución. Esta, empero, no negaba las cualidades profesionales del referido facultativo, — no podía, desde luego, negarlas — ni censuraba tampoco sus actividades al frente del Departamento Nacional de Higiene. En tal concepto el doctor Gregorio Aráoz Alfaro merece todo respeto, y la propia Intendencia sería tal vez la primera en reconocerlo. Sin embargo, el distinguido médico estaba en situación de retirarse.



Señor Luis Rodríguez Irigoyen, secretario de Obras Públicas de la Municipalidad

Como la resolución que comentamos no era exclusiva sino de extensión general, no hallamos explicaciones para su permanencia en el cargo que desempeñaba, máxime si ella iba a involucrar un privilegio frente a los numerosos empleados humildes de la administración comunal que se apresuraron a acatarla.

La ley de Jubilaciones es una medida de compensación social. Al par que asegura al trabajador del estado una retribución vitalicia de su esfuerzo, establece la rotación en las funciones públicas, tan necesitadas de que regularmente muevan el engranaje de su personal. La ley de Jubilaciones es, por otra, parte, la base fundamental del escalafón, que conforme a la edad y los merecimientos permite el necesario ascenso de los funcionarios. Pero la ley de Jubilaciones es por sobretodo una ley, y como tal debe ser cumplida. Si a esto se responde que la Caja de Jubilaciones está a un paso de la quiebra, cabe aún objetar que mientras no se reforme la ley, sus disposiciones son un imperativo categórico que de cualquier manera hay que obedecer.

*El Secretario de Gobierno de la Intendencia, señor Rodríguez Irigoyen, estuvo, pues, en su papel al exigir del doctor Gregorio Aráoz Alfaro el retiro correspondiente. Teniendo en cuenta que el sucesor del distinguido médico en el Departamento Nacional de Higiene es, a su vez, un facultativo prestigioso, probado en **una larga carrera** profesional y administrativa, y que por orden de escalafón debía ocupar dicho cargo, la actitud precisa y enérgica del señor Rodríguez Irigoyen es tanto más loable.*

INMORTALIDAD

Por V. García Martí

La muerte deja en el seno de una familia el silencio y las lágrimas, único modo de significar el sentimiento, esa corriente honda e indescifrable que acompaña al hombre como un recuerdo y como una promesa. Un hombre que ha conquistado durante la amarga jornada de la vida un alma gloriosa, deja al morir, en la colectividad social en que ha existido, algo más que el dolor mudo; deja la terrible inquietud del misterio, la interrogante de un problema eterno: del valor y trascendencia de la vida. ¿Cómo es posible que un espíritu que florece en todas sus facetas, que se alza a las alturas y derrama sobre el resto de los hombres el perfume de sus virtudes, afirmándose radiante y espléndido, cómo es posible que enmudezca de pronto, en un minuto, y que este silencio sea eterno?

Esa fecundidad gigantesca de un alma, ¿no es sino sombra e ilusión nuestra? ¿Se puede admitir que esas vidas tan intensas, tan hondas, tan heróicas, tan humanas, que nos seducen con la tonalidad de la voz, el brillo de la inteligencia y los matices cálidos de un corazón sublime, se apaguen para siempre, se extingan, como por arte de magia y encantamiento? He ahí la nota sensible del misterio que nos envuelve, y que viéndola descarnada, sola, aislada de todo engaño, martillea nuestro cerebro. Creo firmemente en la inmortalidad de las vidas llenas de heroísmo. Creo que nuestra vida se redime por el trabajo y por el esfuerzo. Sería cruel y bárbaro pensar que sólo por el camino de la inteligencia pudiera lograrse esa liberación. Hay algo más hondo y más común a las gentes, que se ofrece con igual medida a todos, y ese algo es el espíritu, en lo que tiene de total y de profundo, que cada hombre posee con idénticas virtualidades capaces de heroísmo. Sería absurdo hacer depender la suerte de un ser humano de condiciones externas y relativas.

Es necesario que el hombre del campo y el de la ciudad tengan a su alcance aquellos medios fundamentales de salvación, para librar sus vidas de la miseria moral y elevar el tono de la existencia por encima de toda circunstancia exterior y transitoria. Sólo así los hombres pueden encontrar un plano común donde entenderse cualesquiera que sea su lengua, su raza o su cuna, y reconocerse hermanos.

Es más: creo que si no se tiene en cuenta esta capacidad común de las gentes, esta igual posibilidad de liberarse de bienes esenciales, no se hará nada, absolutamente nada fecundo por ningún camino.

No basta con que teóricamente, en momentos determinados, un hombre pueda reconocer esas verdades y admitir la fraternidad como un principio.

Es necesario que se viva con esa fraternidad delante de los ojos, que la fraternidad sea un hecho en la vida y no sólo en las palabras. Ella enseñará a la voz a ser cálida y a las ideas sinceras. Ella enseñará a los hombres a hacerse humanos y no acrecentarse fuera de su territorio en planos seductores y fantásticos, sino dentro del radio de la vida, donde es más difícil alcanzar magnitudes de gigantes porque es más doloroso, pero donde el crecimiento es siempre fecundo y positivamente consolador.

Dejamos a la Ciencia el cuidado de resolver problemas relativos y de momento; nosotros enfocamos ahora esas graves y centrales inquietudes que no sólo plantean el problema de la vida, sino también el de la muerte.

Nosotros anhelamos "algo" que no nos huya o se desvanezca. Cierto que no se nos ofrece de un modo claro, definido, luminoso; pero sentimos cerca, como en las noches de fiebre discernimos vagamente el suspirar vigilante de una madre que nos vela, y aquella confianza íntima que nos da su presencia es la que tenemos en esta noche tenebrosa de la vida, seguros de triunfar de las tinieblas y de llegar a una aurora eterna.

LA MANO BLANCA

Por Angel Stor

Entre las suntuosas residencias erigidas fuera del recinto de la Alcazaba de Córdoba, existía por el año 881 de nuestra era, aguas abajo del Guadalquivir y en la ribera izquierda del *Gran río*, una magnífica casa llamada *Jardín de la noria*, habitada por el príncipe Abdullah, hijo del sultán reinante Muhamed.

La construcción no ofrecía exteriormente nada de notable, salvo sus extraordinarias proporciones y alguno que otro estrecho ajimez que alumbraba el piso bajo, dentro del cual penetraba sin dificultad la vista cuando las celosías se hallaban abiertas.

Pero si el exterior era vulgar realizaba el interior el sueño de uno de esos palacios encantados de *Las mil y una noches*, en cuya traza se complace tanto la rica imaginación de los orientales.

Educado Abdullah en la elegante escuela de Zaryab, famoso poeta persa que en los días de Abderrahmán II había traído desde Bagdad a España multitud de curiosas innovaciones, habíalas adoptado todas. Tañía el laúd; componía versos más satíricos que sentimentales; comía espárragos, desconocidos antes de los musulmanes andaluces; usaba en la mesa manteles y bandejas de cuero con vajilla de cristal; dormía en camas de bien adobadas pieles; vestía *aljubbas* de fina seda en primavera; alquiceles de delgadísimo lino egipcio en verano, lavado con agua de rosas y sal; caftanes de paño de color en invierno, forrados de diversas pieles; albornoces rayados de Siria, tejidos de lana y seda en otoño.

Digámoslo, sin embargo, en honor del ilustre epicúreo. Nada de todo lo dicho, excepto su ambición devoradora, tenía para él importancia comparado con su hermosa esclava Jehana, perla de su harén y delicia de su corazón.

Dueña absoluta la favorita de su señor, no abusaba tampoco de su imperio. Nacida en una isla griega cercana a Siria; dotada de gran belleza, sutil ingenio, voz melodiosa y suma modestia, habíase dócilmente sometido a su suerte, muy llevadera, por otra parte, pues más que tiránico dueño, era para ella el Príncipe galán rendido y obsequioso.

Decir que Jehana carecía de defectos, sería faltar a la verdad, supuesto que era mujer. Hubiera creído faltar al pudor femenil enseñando el rostro, menos que eso, dejando verse siquiera las bordadas orillas de sus ropas, ocultas bajo su amplio *izar*, airosísimo manto blanco, artísticamente plegado de pies a cabeza, que la cubría todo el cuerpo, cuando con su vacilante paso de paloma transitaba por la calle. Poseedora, sin embargo, de unas manos blancas y bien modeladas, provistas de delgados dedos, rematados por rosadas uñas, manos dignas de las inmortales diosas de su raza, mostraba cierta disculpable coquetería en lucirlas y enseñarlas cuando la ocasión era oportuna, dentro y fuera de la casa.

Pero ¿quién puede titularse feliz sin peligro? Sucedió, pues, un día, que, hallándose la hermosa griega entreteniendo al Príncipe con sus cantos y sirviéndole de beber en cierta sala baja de la casa, acertó a pasar por allí un elegante y apuesto joven, sorprendido el cual de la dulzura de aquella voz, detúvose en una rinconada de la estrecha calle para poder escuchar a gusto sin llamar la atención de los transeúntes.

Con los ojos clavados en la ventana, perdido en profundo arrobamiento, ardía en deseos de conocer la hermosa cantora, hasta que, después de esperar largo rato, logró distinguir su mano en el momento de presentar la copa al Príncipe, quien, acaso molestado por la viva luz de la calle, mandó a su favorita correr la tupida cortina del ajimez, operación en que la esclava tardó algún tiempo.

No vió más el apuesto transeúnte. Pero aquella mano de incomparable elegancia, aquella voz tan dulce y melodiosa, conquistaron su corazón de poeta e inflamaron con devoradoras llamas su cerebro.

¿Había visto la joven al gallardo caballero? No lo sabemos, si bien es posible.

Sea lo que fuere, entre el joven y la esclava existía una barrera infranqueable.

Así, fué en vano que tratara de engañarse el mancebo acerca de este punto, ni que se esforzara por ahogar su pasión en el seno de más fáciles hermosuras.

Como el amor, sin embargo, es como la pobreza, todo trazas, discurrió al fin el galán, sin calcular las consecuencias emplear los oficios de cierta vieja judía, familiar de las mujeres de Abdullah, con la que dirigió a Jehana los siguientes versos:

Desde que tu voz oí.
La paz y el juicio perdí,
Y tu dulce cantilena
Me dejó tan sólo pena
Y ansiedad en pos de sí.
Jamás a verte llegué,
Y en tu voz pensando vivo,
Y mi corazón cautivo
Por tu cantar lo dejé.
Quien por ti, Jehana, llora
Tu nombre escrito en el seno
Pronuncia y piedad implora
Como un monje nazareno
De aquella imagen que adora

Quien con acentos tan místicos y ardorosos, más propios de trovador provenzal o de un lírico moderno que de poeta mahometano, expresaba la desesperación de una pasión imposible, llamábase Said Suleymán Ibn-Judi, uno de los más inspirados poetas e ilustres caballeros de su tiempo.

Hijo de nobilísima familia yemenita establecida en España desde la conquista, enemigo de los Umeyas, cuyo yugo nivelador odiaba de muerte, a semejanza de la republicana aristocracia árabe, de la que era uno de los principales ornamentos, atribuíanle los contemporáneos las diez cualidades del perfecto caballero: generosidad, valentía, hermosura, talento poético, elocuencia, gran jinete, vigor físico, maestría de la lanza, la espada y el arco.

Mas ¡ay! el más valiente de los caballeros árabes era también el más tierno y galante de los buenos mozos. Nadie se enamoraba tan pronto de una voz argentina de una espléndida cabellera, de unos ojos negros, o de la irresistible seducción encerrada en una blanca y bien torneada mano.

Convencido por experiencia del poder de sus versos sobre el corazón de las mujeres, aguardó confiado, aunque con alguna impaciencia, la respuesta de Jehana. Pero pasó cerca de una luna y la respuesta no llegaba, ni supo lo que había sido de la vieja encargada de la carta.

Perplejo se encontraba acerca de la resolución que debería tomar, cuando un día encontró al volver a su casa una cincelada caja de plata llevada para él por un nubio mudo, que la entregó a los criados del poeta.

Un triste presentimiento, que en vano trató de desechar, asaltóle al verla. Solo por fin en una de las habitaciones más retraídas de la casa, abrió la caja con convulsa mano: mas quedóse al contemplar el contenido rígido y frío como un cadáver.

Sus presentimientos no le engañaban. Colocada sobre delgados y blancos algodones de la India, rodeados de alcanfor, vió una mano blanca como la cera, sangrienta todavía, amputada desde la muñeca por el cuchillo, sin duda, de hábil cirujano, a juzgar por la limpieza de su corte.

Presa de terror supersticioso clavó los ojos en la caja, y distinguió un enrollado pergamino, escrito en elegantísimos versos, que decían, sobre poco más o menos:

"Sabedor de la pasión, que sientes por Jehana, y deseoso de hacerte dueño de alguna prenda de su hermosura, te envío como recuerdo su mano derecha, seguro de que conservarás recuerdo del favor, mientras llega el día que puedas pagarle con la cabeza al noble descendiente de Moavvia, — *Abdullah ben Muhamed.*"

Un rayo caído a sus pies no hubiera anonadado tanto al enamorado poeta. A la estupefacción siguió el horror, al horror la ira, y a la ira una terrible imprecación jurando venganza.

Sí; conocía el rencoroso carácter de Abdullah, y no podía dudarlo. La mano, aquella mano lívida teñida de sangre por algunos puntos, era la mano misma un momento entrevista por el gallardo caballero en el palacio del Príncipe.

Loco de dolor rasgó sus vestidos, pasó largos días en silenciosa reclusión, y poco después del famoso huracán que destruyó en aquel año la mitad de Córdoba, abandonó dicha capital para levantarse en armas con sus compatriotas de Jaén, Elvira y Granada.

No seguiremos a nuestro héroe en su accidentada carrera. Más constante para el odio que para el amor, conservó largos años el rencor contra Abdullah, a quien la envenenada lanceta de un cirujano, por él mismo sobornado, abrió el camino del trono con la muerte de su heroico hermano Almondhir.

En cuanto a Jehana, la olvidó en medio de los combates y en el goce de nuevos amores, dignos de Lord Byron, hasta convertirse su recuerdo en una especie de sueño, entre dulce y doloroso, desvanecido en el pasado. Convertido, después de muchas dramáticas peripecias, en jefe de los árabes independientes de Elvira, hacia el año 891, gobernó Said algún tiempo aquella región como verdadero soberano, entregado más a la poesía y al amor que a la política y la guerra, en las que había alcanzado tan alta reputación.

Pero él, que había olvidado las amenazas de Abdullah, no había sido por éste olvidado, ni como rival de sus amores de príncipe, ni como enemigo de su trono.

Enamorado de la mujer del Cadí de Elvira, magistrado que ya se hallaba en tratos con Abdullah, pidióla una cita, que ella le concedió en uno de los más apartados barrios de la ciudad.

Said asistió disfrazado con un *mishah*, o manto de grosera lana usado por las gentes pobres. Pero asaltado al salir de la misteriosa casa por el marido agraviado, cayó muerto a puñaladas en medio de la calle.

Abdullah había cumplido su palabra.

LA SEQUIA

Por Valentín García Sáiz

Los plantíos de las chacras que bordan las inmediaciones del pueblo, están achicharrados por el sol. La sequía inclemente continúa haciendo sus estragos. Los labriegos de callosas manos y frentes sudorosas, dicen improperios, al ver perdidas sus esperanzas, cifradas en óptimas cosechas de la tierra generosa.

Una enorme plaga de langostas primero; luego la seca, una seca que parecía no tener fin, les fue robando el pan de las humildes mesas.

Una pareja de viejos, frente a la puerta de su rancho, están sentados en un rústico banco, desde hace varias horas, contemplando con tristeza su pequeña heredad, que tiene el amarillo tinte de un enfermo.

Están quietos, mudos. Ambos piensan en lo mismo: en la lluvia benéfica y reparadora, que los podrá salvar de la miseria.

En los canteros de papas en flor, la tierra está dura, agrietada. Más que heridas parecen bocas entreabiertas, bocas llenas de sed.

El viejo sin moverse, le dijo a su mujer:

—¿No hacés la comida?

—¿Y qué querés que haga?... ¿No sabés que ya no nos fían más porque el año va a ser malo? — respondió ella, casi imperceptiblemente.

—Si lloviera un poco... todavía estaría a tiempo. Los zapallos, las papas y los maizales, podrían salvarse. ¡Si lloviera!...

—¿Y qué esperás? ¿Nos vamos a comer los ojos? Parece mentira, vos no ideás nada... ¡Nos vamos a morir de hambre!

—¿Y qué querés que idée, mujer?...

—¡Algo!...

—No voy a robar...

Un largo silencio medió entre ambos.

El viejo miró taciturnamente el cielo bruñido, los canteros, la lejanía...

Una leve brisa comenzó a soplar, la que después se transformó en viento.

—Rosendo, —dijo ella con su voz aflautada —¿sabés lo que podías hacer?

—¿Qué?...

—Andá a saludar al vecino don Matías, pedile de favor unos baldes de agua, y... vos sabés... él tiene unas gallinitas gordas. En un descuido te tráis una sin que te vea. La matás primero y en seguidita la metés en uno de los baldes.

—¡Eusebia!... ¡qué decís! ¡Vos, aconsejándome a robar!

—¡Jesús!... una gallinita... ¡valiente pecao! Dispués la necesidá obliga muchas veces...

—Que no te oiga decir más eso. Primero la muerte. ¡Mire... robarle al vecino Matías, que es tan servicial!

El cielo se fué encapotando, de pronto, con grises nubes. La noche se acercaba con pasos cautelosos, sin la temblorosa luz de las estrellas. Cuando menos lo esperaba, en el rostro del anciano cayó una gruesa gota de agua. Extendió el brazo, como si fuera un mendicante, con la palma de la mano hacia el cielo.

—¡Llueve!... —le dijo a su mujer henchido de alegría, al tiempo que le mostraba una gota temblorosa de agua recogida en el hueco de su callosa mano.

Primero fué una lluvia mansa como una caricia, y, poco después, el agua corría libremente por los caminos de los canteros.

—Vamos pa dentro... nos tamos mojando al cuhete, — dijo ella.

—¡Qué lindo, cómo llueve! —repitió varias veces el viejo, y al enderezar su achacoso cuerpo, agregó: —Traeme el mortero, que voy a pisar maíz, asina mañana comemos una mazamorra.

Ya había entrado la noche. La lluvia entonaba una canción alegre. Al interior del rancho llegaba el vaho que despedía la tierra húmeda. Las fosas nasales y las bocas de los viejos se ensanchaban por momentos, al aspirar con glotonería aquel perfume amoroso. Las rendijas de aquella casucha, a intervalos, se iluminaban con los resplandores de la luz verdiplateada de los relámpagos.

Poco después, la vieja encendió una vela de sebo sobre el cuello de una botella. El, lentamente, comenzó a desgranar maíz, volcándolo sobre el mortero.

—Ni me acordaba de las espigas que tenías guardadas, —dijo ella dulcemente.— Si me lo hubieras dicho antes, no te hubiera dao tan mal consejo.

—¡No me hablés de eso!... ¡callate! ¿querés?

Y al rato, el viejo labrador, machacaba, machacaba el maíz en el mortero, con todos sus bríos, mientras ella, en un rincón, rezaba un rosario, frente a la imagen de un santo.

Afuera, el cielo, como una bendición, desparramaba las cuentas infinitas de su rosario de agua.

¿Recuerdas, di...?

¿Recuerdas, di...? Recuerda aquel día.
Era una noche bella.
Juraste con pasión ser siempre mía.
Fué testigo una estrella

Una sonrisa vi en tus labios rojos
que prometían un edén sin fin,
y, al asomarme a tu alma por los ojos
se tiñó tu mejilla de carmín.

Y hoy que me encuentro lejos al mirar
en el azul prendida nuestra estrella,
me ocurre preguntar...
¿se acordará de mí como yo de ella?

CARLOS MARTEL

CON TODO LUCIMIENTO SE REALIZARON LAS FIESTAS DE CARNAVAL





Dos interesantes palcos del corso de la avenida de Mayo, que sostuvieron bravamente el asedio de la muchachada





Otros dos simpáticos y apetitosos conjuntos del corso de Belgrano



En el corso de Flores se ofrecieron estos granaderos, ante quienes no hubo más remedio que rendir las armas



Un palco del corso de Flores que proporcionó más de un dolor de cabeza



Otro agraciado núcleo del mismo corso



Disfraces premiados en el concurso de máscaras realizado en el Club Germania



Un brillante núcleo del elemento femenino que actuó en el baile del Club de Flores



Novio - novia, original disfraz que llamó la atención de los corsos carnavalescos



Un detalle de la concurrencia que asistió al baile del Club de Flores



Un mantón bien llevado en el baile del Club Belgrano



Vistoso conjunto obtenido durante un intervalo en el baile organizado por el Círculo Trianón



Un interesante grupo de concurrencia femenina al baile del Club Belgrano



Estupenda muestra de la representación femenina que realzó el baile del Centro Eslava



Núcleo de disfraces que llamaron la atención en la fiesta organizada por la Escuela Alemana de Barracas



Durante el concurso municipal de máscaras infantiles realizado en el local de la Sociedad Rural



Comisión de damas de la Asistencia Pública, repartiendo juguetes entre los enfermitos del Hospital de Niños





Dos grupos carnavalescos tomados en el corso de Vicente López



Vista parcial de la concurrencia que asistió al baile del Club Germania



Un aspecto del baile organizado por los ex alumnos de la Escuela Alemana





Dos núcleos obtenidos en los bailes organizados por diferentes asociaciones de Barracas

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANDÉZE)





Dibujo de *P. Rojas*

(Continuación)

En una palabra; comprendí que si bien es innegable que las abejas están dotadas de buenas cualidades, no siendo las más despreciables su inteligencia, actividad y amor al trabajo, en cambio su carácter es pésimo.

—Muy mal carácter tienen, en verdad, pues pecan de susceptibles, de coléricas y de vengativas. Todavía son peores las avispas.

—He de confesar, objeté riendo que no tenéis la menor simpatía por ellas.

—Ni las quiero ni las odio, supuesto que no las trato; hablo de oídas. Si se ven hostigadas, tanto peor; que se defiendan. Yo me lavo las manos: allá se las compongan.

—Después de todo tal vez tengáis razón, querida prima. Pero ¿por qué las detesta el jardinero?

—Tiene para detestarlas numerosos y serios motivos. En primer lugar, las avispas se le comen los duraznos, las uvas, las ciruelas, las peras, esto es, la mejor fruta del jardín, y después, cuando el amo se halla a la mesa con su familia las malditas hacen irrupción en el comedor, y tocan todos los manjares, zumbando alrededor de la cabeza de la señora y de los niños: la señora se agita y grita como una loca, acompañándola en el concierto los chicuelos; el amo se levanta furioso y golpea a derecha e izquierda con la servilleta, de suerte que no dejan comer a gusto a nadie. Son unas descaradas.

Al oír esto me eché a reir, y repuse:

—Cualquiera diría que habéis presenciado la escena que acabáis de pintar.

—No por cierto, pero una gran mosca azul, amiga mía, testigo con frecuencia de la cólera de aquella familia, es quien me ha informado de todo.

—No os ha engañado la mosca añadió la luciérnaga; la escena es tal como acabais de describirla. Durante ocho días habité el comedor de la quinta y lo he presenciado todo.

—¿Habéis vivido en la quinta, caro Lampiro? ¿Qué hacíais allí?

—¡Oh! fuí trasladado a aquel sitio contra mi voluntad. Cierta noche los hijos del amo, atraídos por el resplandor de mi farolito, me llevaron a su casa, colocándome en un vaso encima de la chimenea; visto lo cual me apresuré a apagar la luz. Al siguiente día el vaso fué puesto nuevamente en el armario, y nadie volvió a pensar en mí. Poco después, al limpiar la criada los trastos de dicho armario, me vió y en seguida me arrojó al suelo con ánimo de aplastarme. Afortunadamente caí en una hendidura, lo que me libró de la muerte: llegada la noche logré deslizarme fuera de la quinta, encaminándome a mi morada. Era tiempo de que recobrara la libertad, pues estaba medio muerto de hambre.

—¿De modo que vuestra existencia no ha sido siempre pacífica, amigo Lampiro?

—¡Oh, no! podría contar algunas aventuras en que he figurado. Cierto día vime entre las mandíbulas de un cárabo que se me llevaba con la intención evidente de devorarme: confieso que salí del paso gracias a la más extraordinaria de las casualidades. Mi raptor corría a todo escape, y en su carrera chocó con otro atolondrado de su especie que venía en contraria dirección. Los dos bribones empezaron a disputarse, y yo, aprovechando tan buena ocasión, descampé a marchas dobles.

—¡Raza vil! murmuré entre dientes.

—Amigo Lampiro, dijo mi prima, os pronostico que acabaréis mal. ¿Quién os mete, decidme, a pasearos de noche por sendas y vericuetos con vuestro farolillo encendido? Vaya una manía más extraña! ¿Acaso no podéis circular a oscuras, como hacen los demás?

Es costumbre inmemorial en nuestra familia andar con luz, replicó la luciérnaga.

—Sea, no lo niego; más ¿os asiste algún motivo para no abandonar tan mala costumbre? Por lo que a mí toca, no veo su utilidad y sí los peligros que puede acarrear.

—Tengo mis razones para obrar así.

—¿Cuáles?

—La luz es una seña.

—No os entiendo.

—Un fanal, si mejor os place.

—¡No! ¡al contrario!

—Diríase que a Lampiro no le agradaba que mi prima insistiera tanto sobre el uso que hacía de su farolillo.

La cigarra abrió tamaños ojos al oír las últimas palabras de su amigo, o más bien amiga.

Esta parecía un tanto corrida de la confesión que se le había escapado, y adivinábase claramente que hubiese querido retractarse.

La cigarra miró maliciosamente a la luciérnaga, y encarándose conmigo soltó una estrepitosa carcajada.

Ya he hecho notar que mi prima, insecto muy amable bajo otros conceptos, no pecaba de indulgente ni de delicada.

Sin embargo, tuvo el buen acuerdo de insistir sobre el particular. Luego dijo:

—Todo esto es muy lindo, caro amigo, muy lindo, muy poético... sí por cierto; no me desdigo... muy poético. Pero os advierto que obrando así acabaréis mal.

—Puede ser. ¿No se os echaban en cara poco a vuestras distracciones, que en dos ocasiones distintas pudieron haberos sido fatales? Todos estamos predestinados. He visto perecer muchos individuos que eran la prudencia personificada. En cuanto a mí, no pienso cambiar de hábitos, y aguardo tranquilo mi suerte.

—A lo que parece, sois un tanto fatalista y muy filósofo, observé.

—Sí; esto es resultado de no pocas observaciones y reflexiones.

—Admiro vuestra sabiduría al par que la poesía de vuestros sentimientos.

—Las desdichas han madurado mi experiencia.

—¿Qué estáis filosofando, eh? Vamos, primito, y vos también, Lampiro, Venid: almorzaremos otra vez, pues debéis estar desfallecidos.

—¡Cómo se entiende almorzar otra vez si hace un instante que hemos comido! Por mi parte no tengo pizca de apetito.

—Como queráis; yo voy a comer.

—¿Cuántas veces coméis al día?

—A lo menos doce, comúnmente más; veinte a lo sumo, y siempre con igual apetito.

—¡Diablo! ¡qué estómago! Así pues, ¿pasáis vuestra existencia comiendo?

Lo adivinastes, lindo primo. Individuos conozco yo que emplean peor el tiempo.

—Indudablemente. Notad que no os hago un reproche; lo que acabo de deciros es lisa y llanamente la expresión de mi sorpresa por lo bien que sabéis emplearlo. Permitidme que os deje un momento; tengo ganas de tomar el sol y de cantar un rato. ¿Queréis acompañarme, Lampiro?

—Siento en el alma no poder aceptar vuestra galante invitación,



contestó la luciérnaga; pero os diré que solo salgo de noche, costumbre que he contraído desde mi aventura con el esfexo

CAPITULO V

HAY MOMENTOS FELICES EN LA VIDA

Otra vez recorrí la galería que conducía al campo instalándome a corta distancia de la abertura de la gruta, sobre un montecillo bañado por un rayo de sol que atravesaba los fresales. Entreabriendo un tanto mis élitros, mecíme un rato en la superficie de cuna que sobre mi cabeza formaban las plantas, ocupándome luego en mi atavío. Entre nosotros es costumbre hereditaria pulirnos mucho, pues nos gustan el aseo y los perfumes, aborreciendo cuánto huele mal; de suerte que, el insulto de la víspera por parte del cárabo descortés, me había afectado en gran manera. En ello estaba pensando mientras que me limpiaba las uñas, y la cólera encendía mi rostro; pero no tardé en desechar ideas tan desagradables. Para que mis pensamientos estuviesen más en armonía con la belleza del sitio en que me encontraba, entoné una alegre canción.

Largo fué el canto, interrumpiéndole a veces, para escuchar si algun otro ser me acompañaba en mis melodías: juraría que ningún insecto de mi especie habitaba aquellos contornos, pues a nadie oí cantar, silencio que me pareció extraño y al que no estaba acostumbrado. Con todo, si he de ser franco, como la desgracia me había aleccionado, confesaré que prefería aquel silencio a la vecindad de mis hermanos, quienes en vez de amigos tiernos fueron para mí los rivales más acérrimos.

El tiempo se deslizaba con increíble rapidez: hallábame tan contento y satisfecho de verme libre de toda preocupación penosa, que



redoblé el canto, llegando a tal punto mi alegría que daba brincos y gesticulaba como un insensato. Cuando uno se encuentra solo, decía, para mi capote, puede hacer lo que se le antoja. Solo me creía, pero no faltaba quien me estaba acechando. En el paroxismo de mis extravagancias encontréme de manos a boca con una langosta que, encaramada e inmóvil sobre una hoja que tenía al lado, mirábame sorprendida y con aire de mofa. ¿Cómo había llegado hasta aquel sitio sin que la viera? ¿Hacía mucho tiempo que estaba en acecho? No puedo responder a estas preguntas. Al verla apagóse mi entusiasmo, quedando como petrificado y con el aire más estúpido del mundo, sosteniéndome sobre tres patas solamente. En seguida hícome cargo de mi ridiculez y no tuve otra idea que escapar en dirección al pasadizo; pero era tanta mi turbación, que no veía la entrada: bastó ese breve momento de indecisión para hacerme mudar de propósito; y este fué el motivo de no coronar mis locuras con una tontería.

Volví, pues, a fijarme en la langosta, la cual era joven, corpulenta, y llevaba traje verde. Esta no se movió y siguió mirándome con cierta malicia. Fuerza era que yo adoptase otra postura: creí lo más acertado lanzar una carcajada estrepitosa. La langosta se sonrió; luego, arrastrada por mi ejemplo, abandonóse a su vez a una franca hilaridad. Me había salvado.

—Me place haberos encontrado, amable langosta, dije por decir algo. Creíame completamente solo, cuando por el contrario me cabe la dicha de poder ofrecer mis respetos a un insecto tan digno como vos.

—¿Vuestra satisfacción es tan grande como decís, amable grillo? Opino, por el contrario, que al principio mi presencia os sorprendió, o tal vez os fué molesta.

—¿Qué me sorprendió? no lo niego. ¿Ha mucho que llegásteis?

—Pasaba por aquí y la curiosidad me ha hecho detener un instante. Diríase que estáis muy contento.

—Algunas veces trato de olvidar mis penas cantando y bailando. Amiga mía, estáis viendo al más desdichado de los grillos.

—¡Quién lo dijera!

—Sin embargo, es la pura verdad.

—Es este un modo bien particular de expresar las penas.

—Las extravagancias de que poco ha fuísteis testigo, tenían por objeto distraerme. Soy un mísero desterrado.

—¿Un desterrado?

—Nada más cierto. Nací a corta distancia de este sitio; pero blanco del odio de mi familia, tuve que abandonar mis lares, los deliciosos sitios en donde se deslizó mi infancia, para librarme de infames maquinaciones que ponían mi existencia en peligro.

—¡Pobre grillo!

—Llegado a esta comarca, no sin haber corrido en el camino los mayores peligros, una casualidad afortunada hizo que me encontrara con una parienta, la cual me dispensó cordial hospitalidad.

¿Quién es esa parienta?

—Una cigarra que ya peina canas. Estamos a la puerta de su habitación.

—¡Ah, ya sé! Téngola por muy buena hembra.

—Sí, por cierto, pero es un poco rara.

—Vos lo dijísteis.

—¿La conocéis a fondo?

—Eso no; es muy casera. Pero me han hablado de ella.

—¿Sois de esta tierra? Tendréis aquí parientes, amigos...

—Sí, nací en este fresal y jamás lo he abandonado.

Así seguimos hablando, durante más de una hora, sobre diversas materias.

Mucho me agradaba la langosta, de suerte que no encontré pesada su conversación.

—Estos sitios son encantadores, proseguí; quiero establecerme aquí. ¿Venís a veces a pasear por este lado?

—De cuando en cuando. Me dejo guiar por el acaso.

—¡Oh amabilísima langosta! ¡cuán contento estoy de haberos encontrado!

Vuestras simpatías me prueban que os compadecéis de mi triste suerte; escuchándoos, llego a olvidar mis pasados infortunios.

—¡Adiós, lindo grillo! no puedo detenerme más.

—¡Cómo! ¿ya me dejáis?

—Es preciso.

—¿Volveré a veros?

—Tal vez.

Dicho esto me saludó con gracia, y de un salto se lanzó en el espacio. Todavía la vi un momento moviendo sus alas color verde pálido; después desapareció del todo.

*

Quedéme pensativo algunos momentos, con los ojos fijos en la dirección que había tomado la langosta. La claridad diurna iba desapareciendo, no siendo poca mi sorpresa al ver que el sol ya trasponía las lejanas colinas. ¡Cuán rápidas habíanse deslizado las horas! Vacío estaba mi estómago y no sin razón empezaba a impacientarse, puesto que desde por la mañana no había probado bocado.

Hora era pues, de ir en busca de mis compañeras, y recordando lo que la cigarra me había dicho en materia de comidas, estaba seguro de que al llegar a su casa podría en el acto satisfacer mi apetito.

(Continuará)

DE CARHUE



En el Gran Hotel Las Delicias, realizóse, bajo el sugestivo título de "Una noche en Sevilla", la brillante fiesta social de que informa la presente nota gráfica. — La reina del mantón, señorita Olga Cohan y el jurado que otorgó los premios, compuesto por la señora Rosa R. de Avalos, doctor Armando Santangelo, señor Samuel J. Benchetrit (presidente), doctor Horacio Sagastume, capitán de fragata L. E. Cartasso, doctor J. A. Mentasti y las parejas ganadoras del concurso



La señora Rosa R. de Avalos, directora del conservatorio Williams, de Buenos Aires y el señor Ricardo Benito "cantaor andalú", que tomaron parte en la fiesta



La señorita Olga Cohan, proclamada reina de la fiesta, rodeada de un núcleo de concurrentes a la misma

DE CACHEUTA



Señorita Italia Ricci De Marco



Un grupo de simpáticas veraneantes y un buen señor que, necesariamente, debe sentirse feliz



Señora de Lopachin



Señorita Delia N. Spósito



Señorita Carmencita Santorelli



Señoras de Bonadeo y de Mancera



Señorita Mariucha Rando



Diputado nacional, señor José Vacarezza

SOCIALES



ENLACES: — Señorita Evangelina J. López con el doctor Juan M. Cabrera



Señorita Ofelia Braceras Haedo, desposada con el doctor Pedro L. Piccaluga



Señorita Eugenia María Marmouget con el teniente Raúl A. Speroni



Señorita Delia Barrios con el señor José María Lecumberry



Señorita Ana Fanny Gerding con el doctor Delfor A. Vaccarezza



Señorita Matilde Laura Descalzi con el doctor Hilario Sánchez Duffo



Señorita Esther Díaz Walker, desposada con el doctor Horacio Chirinos



Señorita Leticia Riccio con el ingeniero Miguel Gioseffi



Señorita Pujol Imberg, desposada con el señor González Cané

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Ivor Novello y Mabel Poulton, en "La que supo amar", film que la General estrena hoy



Edith Roberts, la bonita artista que interpreta "El emisario de la ley", reciente estreno del programa Rialto



Unas piernas bellísimas y famosas: las de Laura La Plante, estrella de la Universal



Lil Dagover, protagonista de "La mujer que fué vendida", que estrenará próximamente el programa Optimus por intermedio de la Corporación



Escena de "La que supo amar", cinedrama interpretado por Ivor Novello y Mabel Poulton



Hoot Gibson, Eugenia Gilbert y Monty Montagne en "Bandido por amor", película Jewel que la Universal estrenará el miércoles 27



Rex Bell, a la izquierda, protagonista de "El vaquero tímido", que la Fox estrenará el jueves próximo

"BOULANGER"

Por Alejandro Larrubiera

Los cuadros y esculturas, los muebles, tapices y objetos de arte que convertían en museo el estudio del célebre escultor no cautivaron tan intensamente mi atención como la talla policromada de un gato que había sobre un magnífico bargueño. El felino esculpido por el genial artista aparecía acurrucado, en actitud medrosa. Al pie de la escultura, y en letras de oro, leíase: *Boulanger*.

El maestro sonrióse complacido al advertir el interés con que contemplaba su obra.

—No sé si tiene algún mérito mi Boulanger — dijo, atajando mis elogios, — pero sí puedo asegurar que es la obra que he modelado con más amor y entusiasmo. Está inspirada en un sentimiento íntimo en el que se mezcla la gratitud y... algo de remordimiento.

Boulanger representa para mí lo más hermoso y también lo más amargo de mi juventud, los años inolvidables de lucha. A su intervención en un episodio tragicómico atribuyo el haber podido realizar mis ambiciosas miras artísticas... Fué amigo mío en París, donde hube de conocer a ese simpático morrongo.

El maestro dirigió a *Boulanger* una mirada que era una caricia, y continuó:

—Una bolsa de viaje para completar mis estudios me permitió vivir en la gran ciudad. No he de ponderarle la impresión anonadadora que me produjo al dar en ella los primeros pasos: Felizmente me acompañaba Pepe Gazules. A pesar de su gran talento artístico, el pobre no pudo alcanzar una de las mencionadas bolsas, y yo le obligué a participar de la mía, invocando la amistad que nos unía desde la niñez. Gazules era alegre como unas castañuelas y de un optimismo encantador. Ocurrióseles alquilar un sotabanco en uno de los barrios extremos. El estudio, como pomposamente llamábamos a nuestra sórdida vivienda, lo amueblamos con chismajos adquiridos en una prendería.

Tales *despilfarros*, el no habernos acordado a tiempo de que no hay que estirar el pie más que hasta donde alcanza la manta, según aconseja el refrán, nos trajo a la situación harto triste y deplorable, del que se encuentra sin un céntimo en país extraño, sin amigos ni nadie a quien volver la cara y, lo que es peor, sin poder acudir a la familia por estar ésta a la cuarta pregunta.

Bien sabe Dios que, contra toda nuestra voluntad, nos vimos arrastrados a la vida pintoresca y arbitraria de la bohemia que cuarenta y tantos años antes retratara admirablemente Murger inmortalizando a los Marcelos, Rodolfos, Mimís y Musettas de todos los tiempos. Fueron unos días funambulescos, anonadantes. De nuestro menaje sólo nos quedaba una palangana de peltre y un infiernillo; dormíamos vestidos en el santo suelo, sobre un montón de diarios extendidos. Para no helarnos, pues debo advertirle que era invierno, y crudísimo por añadidura, nos forrábamos el cuerpo con periódicos. A todos los recursos aun a los más estrafalarios, acudíamos para vencer el hambre, nuestra mayor enemiga. Sin ser padres del yermo, practicábamos el ayuno días enteros; a veces conseguíamos adquirir unas cuantas patatas, las cuales cocíamos en la palangana, sirviéndonos de hornilla el infiernillo.



Llegó al fin el momento en que nos fué imposible agenciarnos por medios lícitos las patatas salvadoras. Gazules, por primera vez en su vida, dejó de reir y de ser optimista. El pobre dábase cuenta de la situación desastrada en que estábamos. Nuestra desesperanza había llegado al extremo de creer que no había ya remedio para nosotros, a no sobrevenir un milagro. Y el milagro sobrevino...

Calló el maestro unos instantes. Volvió a continuar su relato diciendo:

—Aquella mañana, amigo mío, sentíamos como nunca las mordeduras del hambre en la entraña más egoísta del organismo humano: el estómago. Era ya cerca de mediodía, y estábamos sentados a estilo moruno, esto es, en el suelo, mustios y cabizbajos.

De pronto Gazules empezó a olfatear a modo de perro pachón.

—Pero ¿no hueles, hombre? — me preguntó.

—¡Ya lo creo que sí! — contesté melancólicamente. — Un mareante olorcillo a estofado.

—¿Cómo estofado? — repuso Pepe con cómica indignación. — ¡Ambrosía!... ¡Pura ambrosía!...

Y suspirando agregó:

—¡Qué bien guisa madame Bertrand!...

La tal madame era la portera, que tenía su domicilio frente al nuestro.

Como arrebatado por una súbita idea, Pepe púsose en pie y dirigióse a la puerta de entrada.

A los pocos momentos volvía apresuradamente portando una cazuela humeante.

Atónito vi que, con increíble presteza, volcaba el contenido de la misma en la palangana, mientras que decía con aire de triunfo:

—¡Hoy comemos, chico!... ¡Y estofado como los príncipes!... Dejaremos un poco de caldo y unas piltrafas en la cazuela, ¡qué diablo! No he podido resistir la tentación.

Atraído por el olor del guisote, salí al pasillo, y al ver abierta la puerta del cuarto me acerqué... No había nadie... Entré y...

Cortó el monólogo, y con la misma rapidez con que había entrado volvió a salir llevándose la cazuela.

Acabábamos de terminar el para nosotros espléndido banquete cuando oímos vociferar a madame Bertrand: "¡Ladrón! ¡Canalla! ¡Miserable!", con voz que enronquecía la ira.

—¡Era inevitable! ¡Pobre gato! —exclamó Gazules.

Yo protesté diciéndole:

—A nadie más que a tí se le ocurre romper la cazuela y dejar alevosamente los pedazos al pie del fogón y esparcidos unas cuantas piltrafas para que el pobre gato pague lo que nosotros nos hemos comida... ¡Es una iniquidad!

—¡Bah! Había que despistar — repuso gravemente Gazules. — ¡Digo, si la fiera de madame Bertrand llega a enterarse de que le habíamos birlado su comida y la de su hombre!... Compadezcamos al minino, eso sí, y salvémoslo de la furia de su ama.

Salimos al pasillo. Al abrir la puerta entróse en nuestro cuarto maullando dolorosamente el infeliz *Boulanger*.

La portera blandiendo la escoba y sin cesar de gritar "¡Ladrón!" ¡Canalla! ¡Miserable!", quiso entrar en nuestro cuarto. Pepe y yo nos opusimos, intentando calmar su cólera y disculpar hipócritamente al felino.

A nuestros ruegos uniéronse los de una preciosa muchacha de nuestro piso a la que por vez primera veíamos.

La señorita Berta, al advertir que las palabras no bastaban para reducir al energúmeno con faldas, tuvo la felicísima ocurrencia de invitar a comer en su casa a los porteros.

Aquella tarde la vecinita llamó en nuestra puerta para pedirnos le entregáramos a *Boulanger*, por haber pasado éste a ser de su propiedad mediante unos cuantos francos.

Llevóse el gato, y llevóse asimismo el corazón de Pepe.

Berta fué nuestra hada bienhechora. Por ella, mejor dicho, por el amor que supo inspirarle Gazules, nos libramos de hundirnos miserablemente, y acaso para siempre, en esa bohemia desastrada que a tantos y tantos convierte en atorrantes repulsivos.

Monsieur Dubois, el padre de Berta, notable decorador, hizo que entráramos en su taller.

Dos años más tarde tuve la inefable alegría de asistir a la boda de Pepe y Berta.

Hoy Gazules es en París uno de los más famosos maestros decoradores.

La maestra del pueblo

Por Juan Carlos Rossi Aguiar

I

Tarde de otoño fría y nublada.

Un vaho de humedad se percibe en el aire y la tierra reposa lánguida esperando un sol que no alegrará ese día.

Frente a la escuela del pueblo, —un viejo edificio de paredes blancas de cal— los vecinos de las casas más cercanas están con sus hijos a la espera de la nueva maestra.

—¡Qué me cuenta ña Ciriaca, si había sío retobáaa l'otra máistra. Mire que dirse porqu'el pueblo era feo. Esténse quietos muchachos del diablo...

Al hablar doña Lucía —la mujer del pulpero — con su vecina Ciriaca, interrumpió de pronto la conversación porque sus hijos habían empezado a gritar:

—Mama, ya viene la máistra mama.

—Se da cuenta ña Lucía, ya tenemo la nuev'enseñadora. Dejuro que no será como l'otra porque entonce le v'a dir mal.

Sobre el camino de tierra se sentía el galopar de los caballos. Un punto obscuro que iba agrandándose a medida que se acercaba, denotaba el coche en el que viajaba la nueva maestra.

Cuando se acercó, una gritería de muchachos recibió el breack.

—Abájese nomás siñorita, —le dijo el cochero,— y la maestra descendió.

—Había sío güena moza, —y al tiempo de hablar, el marido de doña Ciriaca daba un golpe con el codo al que estaba a su lado.

—Ya locreo qu'es lindita la máistra. Me dan ganas hasta dir a l'escuela apriender, —contestó el que había recibido el codazo.

—Caray amigazo que s'ha entusiasmao. Ricuerde qu'es casao, —y el marido de doña Ciriaca miraba sonriendo a su interlocutor.

—Venga p'acá siñorita máistra, —le decía Ciriaca,— y la maestra fué hacia ella para entrar todos a la escuela.

—Como edeficio viejo lu es, — pero es cómodo —seguía diciendo doña Ciriaca, mirando para todos lados y haciendo ademanes grotescos.

—Mama cuándo vamo a empezar a vinir? —preguntaba el hijo mayor.

—Callate mocoso, ¿no ves que toy hablando con la máistra?

La maestrita era una linda morocha de unos veintidós años, con unos ojos que hacían pensar en un cariño muy hondo y muy grande, de esos cariños que se enredan a la vida de un hombre para siempre. Su cuerpo con unas piernas ni gruesas ni delgadas, unas redondas caderas y un pecho que se dilataba tímido debajo del traje, como un pájaro que tuviera frío y quisiera esconder su cabeza bajo el ala, hacia pensar en noches de amor; y su boca, roja como una fruta madura, que sabría besar con besos fuertes, encendía muchas ansias; pero la mirada de los ojos era tan tierna, tan dulce, que parecía apagar los grandes deseos.

—Qué linda es la escuela; y el pueblito también es muy agradable, decía la maestrita y detenía su mirada en los niños que estaban a su lado y en los grandes carteles sucios de moscas que pendían de las paredes.

—Güeno. Ya tá tuito. Aura hay que dir a buscarle sitio ande vivir, —habló doña Lucía y salió del salón hacia la puerta, siendo seguida por los muchachos que gritaban contentos: —La máistra, la máistra...

Salieron a la calleja y comenzaron a caminar.

La tarde declinando, envolvía a la tierra en un manto húmedo y de los campos se levantaba un olor a heno, a plantas reverdecientes y a yuyos.

Los maridos de doña Ciriaca y Lucía, y otros que se habían quedado fuera como sorprendidos, fueron caminando hasta la pulpería a beber algo, porque la garganta estaba "algo reseca".

El pulpero, marido de doña Lucía, al llegar hasta el mostrador gritó a los que entraban con él y a los que estaban bebiendo:

—Beban nomás muchachos. Tomen caña que yo pago tuito. A la salú de la nueva máistra.

—Ta güeno. Es juerte y linda la caña. Da un no sé qué acá dentro, lo mesmo que al mirar los ojos de la máistra, —habló el marido de doña Ciriaca, bebiendo de un trago su copa.

—Qui ojazos, compadre. Si parecen hechos con un pidazo de la noche, —respondió otro que hasta ahora no había despegado los labios.

—Tás puético José María. Tamién vos tuito'l día tás metiéndole a la caña, —pronunció el pulpero.

—Qué más quiere José —era el nombre del pulpero.— Yo tomo pero pago, ¿no es verdá? ¡Caray con el gringo... Si había sío cargoso. Usté me deja tomar pero yo pago y s'acabó, —contestó el aludido; y el griterío de todos y el ruido de las copas al beber se juntaban dentro de la pulpería proyectando su eco hacia la calle.

II

—Güenos días máistra... Dice mama que'acete este regalo, dice; —y el muchacho al hablar todo cortado, entregaba un ramo, no muy grande, de margaritas a la maestrita.

—¡Ah, qué lindas! Gracias nene, — le dijo ésta.

—Nu hay de qué —y aquél fué a sentarse a su banco.

—Hoy vamos a dar una lección de historia. Les voy a hablar de Artigas, el héroe uruguayo que nalidad uruguaya; —y la maestrita desde su asiento les habló de Artigas, el héroe uruguayyo que quiso que su patria fuera libre e independiente y se entregó en cuerpo y alma a la noble causa de la libertad de la Banda Oriental.

Mientras decía ésto, sus negros ojos nostálgicamente, como pensando en aquellos días lejanos de gloria y heroismo, y ansiando haber sido amada por uno de esos héroes que sabían querer a su patria más que a su madre, porque al amar a la patria amaban también a su madre, a sus hermanos, a sus hijos; a todos los uruguayos...

—Qué lindo es tuito eso, —le dijo Juancito a su compañero de banco.— Si yo juera soldao, cómo haría rispetar mi patria!

Después de haber hablado, la maestrita hizo que sus discípulos escribieran en sus cuadernos la frase: "Sean los orientales tan ilustrados como valientes", para hacer retener en el corazón de ellos el noble pensamiento del caudillo.

Un suspiro de satisfacción salió de sus labios, cuando vió todas aquellas infantiles cabecitas inclinadas sobre sus mesas, y volvió a pensar, y le pareció que sus discípulos no eran niños sino hombres. ¡Todos hombres!

Unos eran médicos, y los veía en sus clínicas entregados a su labor, curando los enfermos, salvándolos con su ciencia. Otros eran abogados y defendían los pobres, víctimas de los avaros. Ingenieros que tendían grandes puentes de hierro a través de los ríos, y dirigían la construcción de caminos para llevar la civilización a los sitios más lejanos del país. Arquitectos que levantaban enormes edificios que engrandecían las ciudades... Y vió también otros que acosados por la miseria abandonaban sus inclinaciones y tenían que sufrir la opresión de los grandes, ganando escasamente el pan con el sudor de su frente. Otros, menos desgraciados, cultivaban las tierras y vivían tranquilos. Y vió por último también otros que eran maestros como ella y tenían a su cuidado la enseñanza de cabecitas infantiles como aquellas.

Cuatro campanadas resaltaron en el salón de la escuela, sacando a la maestrita de sus nobles pensamientos.

—Ha terminado la hora de clase, niños —dijo; y el silencio fué de nuevo sacudido por el griterío de los muchachos al salir de la clase.

III

Los días seguían corriendo en la cadena del tiempo.

Desde la llegada de la maestrita ningún otro acontecimiento, salvo un temporal que duró tres días, había turbado la tranquilidad del pueblo.

Una tarde volvió de la ciudad el hijo del estanciero que tenía su campo más cerca del pueblo.

Cuando vió a la maestrita, una exclamación saltó de su boca. Era linda, bastante linda. Allá en la ciudad de donde venía, habían mujeres hermosas pero ésta también lo era. ¡Qué ojos tenía! Si parecía que estuvieran diciendo: ¡Quiéreme mucho! ¿Y su cuerpo? ¡Qué perfección! Pero sobre todo sus ojos ¡qué ojos! Si entraban tan fuerte en el alma que daban frío y miedo. Frío por no poderlos sentir arder en los suyos. Miedo de amar, amar mucho... ¿Cómo sería la dueña de ellos? Buena, generosa, amante; y el estancierito se preguntaba a sí mismo si llegaría a quererle. ¡Qué suerte para él!

Al otro día había fiesta en la escuela. El estaría allí como todos y trataría de llegar hasta ella. Pri-

UN MODELO DE AMISTAD...

—Venga, venga, si quiere ver un espectáculo raro...

Y la señora, embelesada, me conducía hacia el gallinero para enseñarme a la perrita acurrucada en el nidal, junto a una gallina en el trance de poner su acostumbrado huevo.

—Así todos los días. Es único. No deja a su amiga hasta que pone, y ¡guay! del que se le arrime. Sería capaz, tan pequeña y suave como es, de hincarle los colmillos.

En realidad, el efecto de la perra por su amiga la gallina era espectáculo edificante y no dejaba de extrañar por lo inusitado. Hasta ese momento, sólo había visto en mi vida aves de corral jadeantes y alicaídas, perseguidas por canes vagabundos, y la entrada de un perro en un gallinero era seguida del desbande general de los volátiles en busca de garantías personaless parecido a la fuga de los adversarios políticos en vísperas de intervenciones nacionales.

Ahora me tocaba presenciar un tierno idilio entre amantes de sexo femenino y de especies tan heterogéneas...

Como es natural, la dueña de tan raro ejemplar, entre orgullosa y enternecida, ofrecía a sus huéspedes el encanto de un cuadrito a la vez risueño y amable, y los huéspedes reconocíamos todo el valor de ese connubio tan disparatado.

Transcurrió algún tiempo. Vuelvo a la casa de mi amiga, deseoso de su charla amena y del ambiente hospitalario de su hermosa casa.

Me sale al encuentro la perrita patizamba, orejas al aire, ojillos inteligentes, rabito que se menea de izquierda a derecha. Saludos efusivos, preguntas, respuestas. Una caricia al animalito y una mirada a su dueña en busca de aprobación.

¿Cómo es esto? Yo no leo en sus ojos satisfacción ni conformidad.

¿Qué has hecho diminuta bestiezuela durante mi ausencia? Te has desprestigiados lo leo en los ojos de tu ama. Ya no eres la "curiosidad" de la casa ni la preferida: has descendido de tu pedestal al nivel de una perra cualquiera.

Interrogo. ¡Ah! Miserable... monstruo de simulación, arca de mentira. Ladina bestia que fingías acendrado afecto por tu amiga gallina para comerte el huevo, tibio aún, que la inconsciente ponía a tu lado...!

HUGO TRIVELLI.

mero hasta ella, después hasta su corazón.

El día de la fiesta vino, pero desgraciadamente la tarde no se presentó como hubiera correspopndido; llovía fuertemente. La naturaleza no comprendía, era insensible a las alegrías humanas.

—Vaya qué día. Si parece qui se juera descolgar tuito el cielo solo sobre nosotros, —se dijo José el pulpero al levantarse y ver el cielo encapotado y la lluvia caer tenazmente sobre la tierra como una desgracia.

El que no cabía en sí de gozo era el estanciero. Para él la oportunidad era que ni tramada. Tenía un lindo automóvil. Hablaría con ella y luego la llevaría hasta su casa. Sensible a su galantería consentiría en amarlo, en quererlo mucho y después se iría de nuevo a la ciudad.

Ella al abandonarla no tardaría en olvidarlo, como se olvidan todas las cosas de la vida.

Entró a la escuela. En el centro del patio había una mesa sobre un armazón de madera, cubierta con la bandera oriental.

—¡Qué linda estaba la bandera con sus listas blancas y celestes; por cierto que el cielo ese día no era tan azul como el azul de su bandera! —se había dicho la maestrita al contemplarla, después de haberla colocado allí.

Todos los discípulos estaban en fila, vestidos lo mejor que habían podido sus padres. Estos que desde un costado presenciaban la fiesta, entusiasmados seguían los movimientos de sus hijos.

Después que los discípulos salieron de la fila, los padres de aquéllos fueron a saludar a la maestra, y el estancierito aprovechó la ocasión para acercarse a ella. ¡Estaba tan linda con su traje blanco! Le resaltaban tanto los ojos negros con aquel vestido...

Ella — al arrimarse él — se sintió halagada.

—La felicito señorita, le habló y le tendió su mano.

—No tiene por qué, — le respondió bajando los ojos.

—Es que enseña tan bien y quiere tanto a los chiquilines.

—Cumplo con mi deber...

No volvieron a cambiar más palabras, pero éstas habían bastado para entablar la amistad que el estanciero quería.

Al salir la maestrita de la escuela, cuando todos los padres se retiraban, quedaron solos ellos y él le preguntó:

—¿Quiere que la acompañe?

—Bueno. — Y la maestrita subió al automóvil.

Cuando llegaron hasta la casita donde se hallaba instalada, quedaron hablando un momento en la puerta.

Ella sonreía y le brillaban mucho los ojos, y él estaba satisfecho.

IV

Un mes volvió a correr sobre la vida del pueblo.

El estanciero se había adueñado del corazón de la maestra, y aquellos ojos negros, de ensueño y de dicha le amaban y él podía verlos todos los días.

Una noche mientras estaban en la puerta, él apretó la cintura de ella con su brazo, y vió que los ojos lo miraban con sorpresa, extrañados como diciéndole:—Quiere mi alma, no toques mi cuerpo! No seas malo...

—Me querés mucho, chiquita?

—Sí, mi negrito. Ya sabes lo que te quiero.

Los labios de él buscaban la boca de la maestrita. Su mano en la cintura seguía apretando fuerte, muy fuerte, pero ella sentía el abrazo como una caricia y sonreía.

—Dame un beso querida. Sus bocas deseosas se habían encontrado bajo las sombras, y los ojos de ella seguían extrañados, como maldiciendo el poder mágico del cuerpo sobre el alma.

—Nenita querida... — balbuceaba él apretando la boca de ella.

—Déjame por favor, Carlitos; — le había dicho tratando de separarse mientras los labios de él le besaban el cuello.

El galopar de un caballo los hizo separar. Les pareció que alguien se adelantaba en la calleja desierta.

El toque de la medianoche se oyó caer sobre el silencio de la noche, desde las campanas de la torre de la iglesia del pueblo y se perdió como un aullido en las sombras.

El se despidió, no sin antes volver a darle otro beso, y ella entró a la casa alegre, contenta de cómo la quería él.

Una vez en su cuarto comenzó a pensar, a meditar...

—Sí, soy feliz — se decía, mientras con sus dedos buscaba en su boca las huellas del beso que le había dado él. Me quiere, sí; me quiere mucho. ¡Oh, qué linda es la vida! Y cómo besa; si parece que toda mi boca se encendiera. Qué digo, mi boca; no, todo mi cuerpo. ¡Qué hermoso es amar!

Fué desvistiéndose y cuando las ropas cayeron de su cuerpo, temerosa de que alguien la viera así;— tan linda estaba con su cuerpo tibio y tentador y sus ojos grandes y negros — se metió rápidamente en el lecho bajo las sábanas blancas como flores de novia.

Quedó meditando otro momento, sonriendo feliz y el sueño fué cayendo sobre sus párpados, venciendo su ser.

Al día siguiente despertó contenta, alegre, sintiendo cantar un tordo sobre su ventana y viendo cómo el sol estiraba sobre el patio sus rayitos blancos.

—Ah, qué linda mañana después de una noche inolvidable — se dijo a sí misma y fué desperezándose.

Después de vestida se dirigió a la escuela, y los discípulos la vieron sonriente, contenta, buena con ellos; y con sus ojos que le brillaban enormemente.

—Qui contenta tá máistra. Será por el día. El sol tá clarazo, juerte, — le habló un discípulo al verla así.

—Sí nene. Cuando la vida es buena hay que estar contento como un pajarito.

—Tá claro. Yo tamién toy contento, — volvió a decirle aquél, abriendo su boca y dejando ver unos dientes algo sucios.

Y empezó la clase...

V

Volvieron a pasar muchos días más por el pueblo.

La maestrita entregó todo su cariño de mujer al estancierito, y él un día le dijo: — Me voy para Montevideo. Regresaré pronto. Te escribiré querida... Adiós.

Pero él no escribía ni tampoco volvía. Ella empezó a ponerse triste. Sus ojos, aquellos ojos suyos tan lindos, miraban lánguidos y como con desgano las cosas.

Cuando iba a las clases los discípulos la veían volverse triste a cada instante y pensar y mirar por la ventana de la habitación como un punto lejano en el horizonte, donde la tierra al juntarse con el cielo dejaba de ser tierra y mostraba el infinito, el espacio desconocido por donde se viene y al que se va para no regresar más.

—Por qué tá triste máistra? Por su novio? Si el v'á golver, — decíale uno de los muchachos, mientras la miraba dulcemente y veía sus ojos tristes y llorosos.

Cuando pasaron cuatro meses y el estanciero no volvía, la maestrita comenzó a ponerse más pálida, más triste que nunca y su cuerpo parecía ir adelgazando.

Una mañana no fué a la clase, y los discípulos pensaron en que estaría enferma. Volvieron a sus casas y lo refirieron a sus padres.

—Ta tarde voy pa verla, — inquirió doña Ciriaca cuando su hijo le contó lo sucedido.

Fueron a la casa de la maestrita. Estaba cerrada la puerta de la calle, pero como vieran la ventana del dormitorio entreabierta, miraron por ella y quedaron sorprendidos al distinguir a aquella caída sobre la cama.

—Que venga l'autoridá, — gritaron; y cuando aparecieron el comisario y el juez, levantaron un acta y violentando la puerta de calle, entraron a la casa.

¡La maestrita estaba lívida en su cama, con sus hermosos ojos, abiertos, parados, fijos en el techo que la muerte no se había atrevido a cerrar al verlos tan lindos!

Un sobre con un nombre y una dirección descansaba al lado del cuerpo.

Doña Ciriaca, que fué la primera en distinguirlo, lo entregó al comisario y éste que no sabía leer mucho — lo pasó al juez para que lo "liera", como dijo al dárselo.

—Lea juerte, señor juez, — le habló doña Ciriaca; y el juez leyó:— "Querido Carlos: Dijiste quererme y después que conseguiste mi amor, huíste a la ciudad y no quisiste volver. Fuiste injusto conmigo. Yo que te amé tanto y estuve tan contenta al tenerte cerca, cuando supe que ya no venías más, empecé a ponerme triste, muy triste y a pensar siempre en tí. Pasaba el tiempo y no volvías... ¿Qué iba a hacer con mi hijo, cuando él llegara al mundo y no tuviera padre, se supiera mi falta y me echaran del pueblo, que tanto quiero y que maldigo también porque en él te conocí?

Desesperada he decidido matarme y lo hago. Cuando leas esta carta, estos ojos míos, que tanto quisiste y que ahora lloran sobre la última carta que escribo, ya no verán la vida; esa vida que fué tan buena para mí y que ahora es mala, muy mala... Adiós.— Tu Beba".

Cuando el juez concluyó de leer, algunas lágrimas rodaban por los rostros.

Doña Ciriaca al tiempo que secaba con sus manos sus ojos, decía:

—Pobrecita la finaita. Tan Güena! Quien ib'a dicir. Ansina es la vida.

Su esposo para rematar agregó, mientras miraba los ojos de la maestrita muerta que la mano caritativa del juez cerraba para siempre:

—Quí había sío disgraciao y pillo el pueblero. Suerte que tá lejos...

Los demás callaron.

La fatalidad parecía morder los corazones de todos.

LOS DOS NOVILLOS

Un novillo decía a otro novillo:
El patrón que tenemos es un pillo;
Pero tengo noticias y es gran suerte
Que ha enfermado de *gripe* y está a la *muerte*.
Nos mandará muy pronto el heredero,
Que me consta ser todo un caballero:
Lo he visto con mis ojos conmoverse
Porque un potrillo se mancó al caerse,
Reñir a un peón *bárbaro* en la *hierra*...
Y llorar por la muerte de su perra.

El otro, cachazudo por más viejo.
Le repuso arrugando el entrecejo:
Lo que me cuentas son sensiblerías
Que pasan sin cesar todos los días,
Y a la sazón no significan nada
Como el humo vulgar de una pitada.
Compadre: no te hagas ilusiones
Con el bicho que viste pantalones:
Mientras no toques lo que le interesa
Predica la moral de sobremesa;
Pero si le ambicionas la pitanza,
Siente palpitaciones... en la panza.
Por lo demás, si él vive de nosotros
Un patrón es lo mismo que los otros:
Bueno o malo el patrón, ¡oh! compañero,
Te mandará lo mismo al matadero.

Domingo SASSO

EL JOROBADO

Por José Cerdán Aranda

A Leónidas Orlov nadie le conocía familia.

Llegó un día al caserón enorme, por cuyas paredes vetustas rezumaba la humedad, trayendo consigo lo que muchos, de lejos, y en un principio, creyeron dos bolsas con sus ropas: una joroba que adelante formaba una aguda punta y atrás una prominencia monstruosa.

Ya alquilada la habitación, salió y volvió instantes después, acompañando a un changador, que traía su exiguo mobiliario.

El encargado del conventillo habíale alquilado con toda intención. Creía en aquello de que los jorobados traen suerte, y, mientras cerraba trato, con todo disimulo, le pasó la mano por la jiba.

El enanillo, de chuecas piernas, sonrió con amargura, y sus ojos redondos, casi incoloros, de animal manso, se nubblaron de tristeza.

Don Cándido pensaba, pues, que con semejante talismán, todo iría bien, y hasta se notaría su influencia entre aquellos inquilinos que más remisos se mostraban al pago.

Descendía Leónidas de noble familia rusa, aunque podrida en todas sus generaciones. De padre alcoholista, por cuyas venas corría sangre impura, viejo enfermo, nació él para vergüenza de su progenitor.

En la época de la revolución, pasaron por las armas al autor de sus días. El pudo huir, y rodando por toda Europa llegó hasta Portugal, donde decidió embarcarse... Llevaba consigo puñados de oro cosido a sus ropas. Además, otros nobles que emigraron a la par que él, condolidos de su desgracia, decidieron brindarle su apoyo. Todos los meses le girarían una suma de dinero donde él estuviese, para que pudiera así satisfacer sus necesidades.

Leónidas, respirando entrecortadamente, sumido en largas meditaciones, las delgadas y señoriales manos entre sus lacios cabellos, pasaba horas y horas lejos del ambiente, de las cosas y de las peprsonas que le rodeaban.

A veces, una voz le sacaba de su ensimismamiento:

—Diga, don, ¿me deja que la toque?

—Toca, toca la joroba; yo no me enojo.

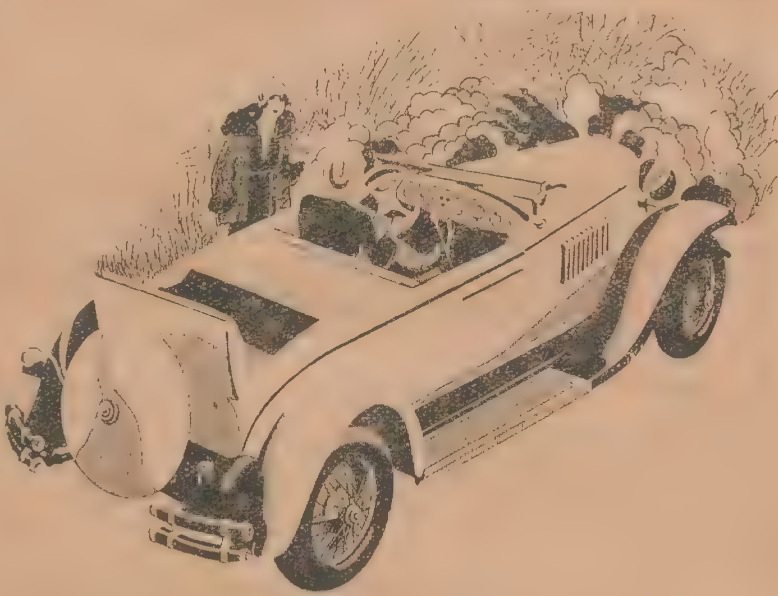
—Es que, ¿sabe? Voy a jugar a la quiniela; a ver si me trae suerte.

Movía de izquierda a derecha, lentamente la cabeza el pobre jorobado, y pensaba que por la suerte de ser como los otros hombres por espacio de un año, daría con gusto todos los demás años que le restaban de vida.

Los chiquillos del conventillo, fuera de la superstición de tocar la joroba, lo que hacían con buena fe, convencidos de su mágico poder, no le molestaban ni hacían mofa de su deformidad... Hasta le escuchaban con gusto, cuando él, a media lengua, narraba cosas de su lejana Rusia... Sus ojos entonces se iluminaban, y sus manos se agitaban, y su voz se hacía más fuerte, y sus palabras se sucedían más rápidas...

. . . .

¿Qué edad tenía Leónidas Orlov? Imposible decirlo. Los sufrimientos y la desgracia pusieron su sello en él. Siendo niño tenía la cara de viejoj; ya mozo seguía teniéndola, y ahora hombre, resultaba rara, extraña, indescifrable... Era ahora cuando, en realidad, parecía un niño, por sus ojos de mirar un tanto ingenuo y por su sonrisa de indiferencia o desdén por todas las cosas trascendentales.



—Tengo que confesarle algo muy grave: ¡soy casado!
—¡Qué susto me ha dado usted! ¡Creí que me iba a decir que el automóvil no era suyo!

Nunca había conocido el amor. Como desde pequeño lo hicieron a un lado hombres y mujeres, vivió **una vida aparte**, olvidándose hasta de su condición de hombre. Su corazón era virgen, ignoraba lo qué era ese sentimiento y ni siquiera pensaba en él, hasta que, de improviso, le llegó su hora y no pudo substraerse a su tiranía.

Quizá la familiaridad, un tanto compasiva, con que lo trataban sus vecinos, despertó en él sentimientos que por estar dormidos desde mucho tiempo atrás creía más bien no existiesen...

Así empezó a querer a los niños, a estimar a los hombres, y a amar a una mujer.

Leónidas amó. Supo que amaba porque su mirada se iba tras ella; porque sus labios pronunciaban, a solas su nombre; porque por las noches el sueño tardaba en venir y cuando se apoderaba de él, se dormía pensando en esa mujer, y soñaba, iluso, que ella lo quería, lo quería por bueno, y que eran felices.

¡Iluso, sí! Si Cyrano a pesar de su bondad y de su talento y de su presencia hasta cierto punto arrogante, en la que la nota discordante era su apéndice nasal; si Cyrano, a pesar de ser poeta y espadachín valiente, locuaz y espiritual, recién mereció una limosa de amor en la hora de su muerte, ¿qué podía esperar un ser tan insignificante como Leónidas, cuyos brazos casi tocaban el suelo, pareciendo en su vaivén un mono, cuyas piernas chuecas sostenían con desgano un tórax prominente sobre el que descansaba una cabeza grande, prolongada, obtusa?... ¿Esperaba, acaso, ser amado por bon bondad? Si era sí, ignoraba que no se ama por bondad sino por amor.

El objeto de su cariño era una vecinita que ocupaba la pieza contigua. Tenía, por toda familia, su madre, ya anciana y paralítica. Ella fué la que encendió, sin pensarlo, en el pecho del jorobado, el fuego de la pasión. Pero Leónidas callaba, callaba... No podía decir palabra. Solamente le era dado amar en silencio, renunciando a toda dicha, alimentándose del dolor que laceraba su alma...

Además, Ernestina tenía su "simpatía": un novio con el que conversaba en la puerta de calle.

—Leónidas, usted me trajo suerte, —le decía ella ingenuamente.— Me ha salido un novio, guapo mozo y que me hará feliz.

—Yo no traigo la suerte, Ernestina. Cada uno tiene lo que se merece. ¡Que sea dichosa siempre, siempre!

. . . .

Un día la muchacha salió a entregar costura y tardó en regresar más de lo que acostumbraba. Cuando volvió, tenía los ojos circundados de hondas ojeras y en los labios el rictus de los que han bebido en las fuentes más secretas del amor por vez primera... Y así otra tarde, y otra...

Después, el novio no se vió más.

Y empezaron los suspiros de Ernestina, los llantos a ocultas de la madre, que con su intuición aguda de enferma quería adivinar... Su rostro adquiría una palidez cerúlea... Las ojeras se hacían más hondas y violáceas. Llantos, insomnios... Tenía mareos, vómitos...

Leónidas comprendió todo. Comprendió que ella había cedido, y que él, miserable y cobarde, había huído para eludir responsabilidades... Comprendió que en el seno de Ernestina se agitaba un nuevo ser...

Llegó el momento, y con el advenimiento del intruso, vino aparejada la desgracia. Pocos días después moría la madre de la muchacha.

Esta se encontró aislada, abandonada de todos, despreciada por las mujeres y deseada por los hombres, que veían ya en ella una presa fácil.

Y los ojos mansos de Leónidas la atrajeron. Volcó en él todas sus penas. Ya no tendría derecho a nada en la vida. Ningún hombre la querría hacer su esposa. Era poco menos que una perdida...

Orlov meditó. ¿Por qué no confesarle su amor y ofrecerle su nombre, ahora que se hallaba sola por completo? Bien podía la desdicha arrojarla en sus brazos, y ¡él la amaría tanto!... que hasta puede que Ernestina no viese en él al casi monstruo sino al hombre bueno que dispuesto a todo estaba por ella. El la haría olvidar todo lo pasado; la rodearía de mucho cariño; sería un padre para ese hijo abandonado... ¡Como los querría a ambos!

La voz de Leónidas se dejó oír, humilde, ofreciendo su persona y su nombre... Habló suavemente, tiernamente, casi implorante...

Pero, ante la propuesta, cruzó por la imaginación de ella lo que sería la intimidad conyugal con un fenómeno semejante. Se olvidó de su dolor, y en su rostro se pintó el asco hacia el jorobado y la indignación que le motivaba ese ofrecimiento. No pensó en las causas que impulsaban a hacerlo a Orlov, y ni siquiera supo ser piadosa y respetar el amor del desdichado. Fué brutal; por varios instantes se ensañó con Leónidas; lo denigró; le echó en cara su imperfección, como si él tuviera la culpa de ella, y ni siquiera tuvo un solo gesto de admiración o una palabra de agradecimiento por aquella nobleza de alma...

Leónidas Orlov era algo así como un fatalista. Pensó que todo lo sucedido estaría escrito de antemano en el libro invisible de los designios humanos. Aquella noche se encerró en su pieza; se subió a una silla; pasó una cuerda por uno de los tirantes del techo, hizo un nudo corredizo en torno de su cuello, tiró con sus pies la silla a un lado, y quedó suspendido, bamboleándose trágicamente cual un péndulo, hasta que una quietud eternal se apoderó de él...

Así lo encontraron a la mañana siguiente; amoratado, desorbitado, las uñas de sus dos manos clavadas brutalmente en su pecho, que tenía cubierto de sangre, como si sus últimos momentos hubieran sido de odio y de protesta por la imperfección física que para él constituyó su desgracia...

LA GRAN GUERRA POR DENTRO

Los dos prodigios de la batalla de Verdun.—Lo que se dijo, lo que se sabe y lo que se ignora

Los artículos del ex kromprinz y del mariscal Petain recientemente publicados, levantan algo el velo que cubría el enigma de los antecedentes de la batalla de Verdún.

Hace más de una decena de años que terminó el último acto de aquel espantoso drama guerrero. Los históricos bosques de Caures, Caillette, Malancourt, Forges, etcétera, que semejaban paisajes lunares, vuelven a ser en las primaveras umbrosos y apacibles. La vida renace donde reinó, con todo su horror, entre fuego y nieve, la muerte segadora. Verdún, reconstruído, ya no tiembla bajo el más tremendo bombardeo que los siglos vieron. Y las aguas del lento Mosa, un día rojas, no llevan ya ya despedazados cadáveres...

* * *

El ex kromprinz, en sus artículos sobre la batalla de Verdún, como antes en sus memorias, da una explicación muy poco clara y convincentes de la extraordinaria operación mosiana. El ex Káiser, en su libro, pasa como sobre ascuas por el mismo tema. Ludendorff, en los tres tomos que dedicara a contar y defender su gestión como "cuartel maestre general" de los ejércitos alemanes, no dice nada concreto, y se explica, ya que la batalla de Verdún es del tiempo de su antecesor, Falkenhayn. Hindenburg, en su obra — publicada por "El Sol", — también se muestra reservado. En cuanto a los franceses...

En la tragedia de Verdún hay que considerar tres aspectos: el técnico, el espectacular y el íntimo y secreto. Petain y el ex kromprinz tratan muy bien, en los artículos a que aludo, de los dos primeros de ellos. Queda sin explicar el tercero. Y, probablemente no será jamás conocido en su dramática y compleja totalidad.

* * *

¿Qué buscaron los alemanes con la maniobra de Verdún? ¿Romper el frente de los franceses? ¿Ocupar solamente la fortaleza? ¿Agotar con una pugna larga las reservas del enemigo?

No acabaron todavía de decirlo. Falkenhayn,, si vive aún en alguna parte de Alemania, y si alguien le preguntara con sagacidad maliciosa, quizá contestaría francamente. Porque se le ha abrumado con la responsabilidad de la horrible y estéril carnicería. Y, sin embargo, hay indicios sobrados para sospechar y aun creer que limitóse a cubrir con su nombre y su firma resoluciones adoptadas por otros.

A fines de 1915, Hindenburg y Ludendorff estaban en Rusia dedicados a golpear duramente en los flancos del coloso vacilante que era el Imperio de Nicolás Romanoff. Y dirigía la guerra, en Occidente un grupo de generales teutones que se consideraba sucesor espiritual del conde de Schlieffen. Ese grupo de generales soportaba a Falkenhayn, porque Falkenhayn era favorito de Guillermo II y de su hijo. Y procuraba convencerle de que la gigantesca lucha no acabaría si no se ponía en práctica la doctrina del autor de "Cannas".

¡La maniobra envolvente!... ¿Con una de las alas? ¿Con las dos?... No había medios para conseguir el mortal abrazo, el copo enorme y decisivo, el Sedán fantástico, suficiente para que apareciera destruído el ejército francés, nervio y base de la resistencia aliada. El fracaso de la marcha sobre Calais, la prolongación del frente desde Suiza al Océano, obligaban, si se quería coger entre las mandíbulas de una tenaza de colosales columnas de choque el centro de la línea enemiga, a entablar dos batallas previas de ruptura. Y Alemania no disponía de los elementos necesarios para ellas. Podía, sí, reemplazando en parte con la mecánica y la química la escasez relativa de "material humano" — ¡oh, la horrible frase asesina!, — lograr el aplastamiento de uno de los sectores vitales franceses. Y, una vez la puerta franca, lanzar una masa tal por ella que todo el frente lineal aliado se derrumbara en un total desastre.

* * *

Pero el ex kromprinz dice que sólo le dieron, además de numerosísimas baterias pesadas — 640 cañones de gran calibre y muchas docenas de baterías de 77 y de tipo medio, según Petain, — unas diez divisiones... A 15.000 hombres por división, si se cuentan los servicios auxiliares, se tiene 150.000 soldados. ¿Era lo suficiente? No. Y Alemania podía hacer mucho, muchísimo más. Rusia retrocedía. Turquía defendíase bien. Rumania no acababa de decidirse. Italia guerreaba en el Isonzo casi defensivamente, salvo alguna que otra operación secundaria (aun no había tomado Gorizia). Y el segundo ejército de Kitchener comenzaba a formarse en las llanuras del Sudoeste de Inglaterra. Yo lo ví, por abril de 1916, aprendiendo la instrucción en sus vastos campamentos de madera pintada de verde. Y mientras Alemania guardaba todavía, en el interior, millón y medio de soldados instruídos y disponibles.

¡Ciento cincuenta mil hombres tan sólo! Con 2.000 cañones y 20.000 ametralladoras, es cierto; mas la Artillería no se desplazaba entonces tan prontamente como dos años más tarde. No. No bastaba para la explotación de la ruptura táctica, si ésta se consumaba al fin.

Es verdad que, en el sector de Vedún, los francéses sólo alineaban dos divisiones, formadas en su mayoría por gentes de la territorial, 130 piezas de 75 y 1440 rimailhos de mediano calibre y cañones de fortaleza. Los alemanes debían vencer. Lógicamente pensando, habrían de estar en la ciudadela de Verdún al segundo o al tercer día de los ataques a fondo.

Más tarde, en sus ofensivas del año 18 — marzo, contra los ingleses de Gough; abril, contra los ingleses de Plumer y los portugueses que estaban cerca de Armentiéres; mayo, contra los franceses de Duchene, — consiguieron progresiones rapidísimas. Pero aun no había inventado Below su táctica de la infiltración. Y los estados mayores no sabían cómo resolver el problema de la perforación brusca de los frentes lineales.

¿Había detrás o a los lados del quinto ejército alemán otros ejércitos capaces de servir de reserva estratégica y preparados para lanzarse por la brecha verduniana, como el mar se precipita sobre las tierras bajas de Flandes cuando son rotos los diques? El ex kromprinz calla; Petain no lo sabe.

* * *

¿Por qué escogieron los alemanes el sector de Verdún? Tampoco está claro. Había otros sectores en el frente que les brindaban más grandes posibilidades estratégicas. Atacando por el Artois, donde se unían los ingleses y los franceses, y perforando cerca de Arrás se podía llegar a la desembocadura del Somme y obligar a los británicos a una huída en barcos, hecha en condiciones desastrosas. Rompiendo por Noyon se amenazaba a París. Acometiendo por el Camino de las Damas — que entonces era suyo— se hacía caer, caso de éxito, las posiciones enemigas del Argona, de

NO QUITES LA ILUSION AJENA

¡No quitar la ilusión ajena!
En la clásica decena pudo ir este mandamiento.

Cree éste en el amor de una mujer, y porque a tí el Amor te engañó estás por decirle: — ¡Eso es mentira, nada más! Aquel otro hace versos, y sueña con la Gloria, y tú al verlo sonríes como expresándole cuán vana y huidiza es.

Sin embargo, a tí también te ilusionó el Amor, y quizás la Gloria. Si entonces alguien hubiera osado reírse de esas cosas para tí sagradas, te habrías burlado de él en sus propias barbas.

Todo tiene su hora, amigo, como hay frutos para cada estación.

A tí, cuando fué el momento, la Vida te dió a gozar sus presentes antes que a ellos. No les amargues el viaje. Las desilusiones prematuras matan la energía interior.

Ya lo sabes. El primer deber del hombre es no quitar la ilusión ajena.

Celso TINDARO

Verdun y de los altos del Mosa, casi hasta Toul.

Yo creo que hubo en la designación de Verdún como objetivo una causa principal de orden dinástico. El kronprinz, vencedor de Longwy, al comienzo de las hostilidades, no pudo forzar la resistencia de Sarrail en Verdún por los días de la batalla del Marne.

Y tenía esa espina clavada en su orgullo. Y quería sacársela. De ahí que cuando en las últimas semanas de 1915 los generales alemanes, reunidos con el Káiser — en Spa, a lo que parece,—acordaron realizar una gran operación en el frente occidental, como el kronprinz recordara que él permanecía "delante de Verdún con su quinto ejército", ninguno de ellos propuso, de corazón, otro objetivo.

Indudablemente, para una gran movilización de material mecánico y químico el sector alemán del Mosa presentaba ventajas considerables. Estaba cerca de la frontera y del nudo ferroviario de Metz. Los transportes eran fáciles. La región abundaba en bosques que permitían disimular los preparativos. Era más posible que en otros sectores lograr el efecto de la sorpresa. Y se sabía que el enemigo se había allí descuidado mucho.

Pero los germanos eran capaces, de sobra, de montar una gran ofensiva por otros parajes del frente. Ya se vió el año 1918, en San Quintín, en Armentieres, en Soissons, en Chateau-Thierry...

En cuanto a los franceses, es indudable que Joffre y sus jóvenes "brevetés" del "troisieme bureau" —el encargado de las operaciones —se descuidaron con exceso. Y no es que les faltaran las indicaciones. El general Herr, que mandaba en Verdún, pidió varias veces, durante el mes de enero y principios de febrero, refuerzos de hombres y cañones. El comandante Driant, que estaba en el bosque de Caures con 1200 soldados y catorce baterías, viendo que Joffre no hacía caso a Herr, y acordándose de que era diputado, fué a París y se quejó al Gobierno. El Gobierno, alarmado, preguntó al generalísimo, y el generalísimo respondió, altivamente, que Herr tenía lo que necesitaba, que no se sabía por dónde iban a atacar, en definitiva, los alemanes, que probablemente lo harían por el Artois y que todo estaba previsto. Y el pobre Driant volvióse al bosque de Caures a esperar el choque de la masa enemiga y a morir con sus mil doscientos hombres, de los cuales sólo se salvó la dozava parte. ¡Oh la suficiencia orgullosa de los Estados Mayores! Luego, Herr fué privado de su cargo, y Langle de Cary, que mandaba el ejército apostado entre Mosa y la Champaña, también. Y hubo que enviar a Castelmau, y en seguida a Petain. Acordémonos de por dónde se rompe la soga.

Además, los franceses tampoco se cuidaron de que el saliente de Verdún dispusiera de buenas comunicaciones. Fueron entonces tan ligeros e imprevisores como durante toda la guerra. Confiaban en su valor y en su inventiva. Se sabían capaces de salir bien de los más grandes apuros con audacia e ingenio. Y no aplicaban a su técnica el cuidado meticuloso de los detalles que sus adversarios, gente calculadora, metódica y fría.

* * *

La batalla de Verdún comenzó con dos prodigios. Fué el primero el bombardeo de Verdún. En treinta y seis horas cayeron sobre el triángulo Brabant-Gemelos de Ornes — ciudadela de Verdún, dos millones de granadas. Y la mayoría de éstas fueron de gran calibre. Los germanos usaron sus monstruosos cañones de 305 como si hubieran sido pequeñas piezas de tiro rápido. En la atroz historia de la tormentaria moderna no había habido jamás nada tan infernalmente formidable. ¿Qué significa, al lado de la preparación artillera de la batalla de Verdún, el cañoneo de Eylau, cuyas consecuencias terroríficas hicieran llorar a Napoleón?

Y si el primer prodigio fué alemán, el segundo fué francés. Cuando en la mañana cenicienta y lúgubre del 22 de febrero los 150.000 alemanes que esperaban en sus trincheras, salieron de éstas y se precipitaron sobre las líneas enemigas, se quedaron atónitos. Esperaban que después de aquella catarata de hierro y fuego no habría nadie vivo desde la vanguardia francesa a la línea de fuertes acorazados. Pero de entre los hoyos enormes abiertos por la explosión de los proyectiles; de entre las ruinas de las aldeas, de entre los muñones a que habían quedado reducidos los árboles, de entre los casi cegados agujeros de abrigos subterráneos, de entre las cenizas de los quemados matorrales, surgieron, aquí y allá, pelotones de hombres que miraban con extravío, que apretaban con manos convulsas sus fusiles, o se apiñaban detrás de alguna ametralladora milagrosamente intacta. Y esos pelotones de hombres opusieron una resistencia fantástica, inverosímil, asombrosa, a las falanges formidables que se lanzaban sobre ellos.

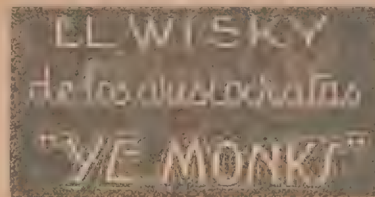
Los veinte mil pobres territoriales de Herr resistieron tres días y tres noches, y se dejaron matar sobre las líneas avanzadas de Verdún. Eran casi todos hombres de treinta a cuarenta años, pacíficos padres de familia arrancados a sus hogares por la movilización. cuando ya se creían vueltos para siempre a la vida civil. Su sacrificio heroico dió tiempo para que llegaran los cuerpos de ejército de Balfourier, de Guillaumat, de Alby, transportados en autocamiones y en ferrocarriles de vía estrecha...

El 22 de febrero habían comenzado los alemanes el ataque de infantería. El 24, en torno de Douaumont, y tras violentas fluctuaciones, se restablecía el equilibrio. La batalla estaba, desde aquel momento perdida para ellos, no sólo tácticamente, sino estratégicamente también.

Y, sin embargo, se obstinaron hasta junio e hicieron de las orillas del mosa un enorme osario. En Verdún murieron más de trescientos mil hombres, casi todos jóvenes.

¿Que por qué se obstinaron? ¡Ay!... No había más remedio. Iba en ello el prestigio del kronprinz...

Fabián Vidal.



DESEOS

Yo quisiera salvar esa distancia,
Ese abismo fatal que nos divide,
Y embriagarme de amor con la fragancia
Mística y pura que tu sér despide.

Yo quisiera ser uno de los lazos
Con que decoras tus ardientes sienes!
Yo quisiera en el cielo de tus brazos
Beber la gloria que en tus labios tienes!

Yo quisiera ser agua y que en mis olas,
Enamorada vinieras a bañarte,
Para poder, como lo sueño a solas,
Al mismo tiempo por doquier besarte!

Yo quisiera ser lirio, y en tu lecho
Allá en las sombras con ardor cubrirte,
Temblar con los temblores de tu pecho
y morir del placer de comprimirte.

¡Oh! Yo quisiera mucho más! Quisiera
Llevarte en mí como la nube al fuego,
Mas no como la nube en su carrera
Para estallar y separarnos luego!

Yo quisiera en mí mismo confundirte,
Confundirte en mí mismo y entrañarte;
Yo quisiera en perfume convertirte,
Convertirte en perfume y aspirarte!

Aspirarte en un soplo como esencia,
Y unir a mis latidos tus latidos,
Y unir a mi existencia tu existencia,
Y unir a mis sentidos tus sentidos!

Aspirarte en un soplo del ambiente,
Y así verter sobre mi vida en calma
Toda la llama de tu cuerpo ardiente,
Y todo el éter del azul de tu alma.

SALVADOR DIAZ MIRON.

CARIDAD

Amad a vuestros enemigos: que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué premio habéis de tener? ¿No lo hacen así aún los publicamos? Y si no saludáis a otros que a vuestros hermanos. ¿qué tiene eso de particular? ¿Por ventura no hacen también esto los paganos? — San Mateo, cap. V. vs. 44, 46, 47.

Quien es compasivo, será bendito; porque ha partido su pan con los pobres. — Proverb, cap. XXII. v. 9.

Nó aflijas el corazón del desvalido, ni dilates el socorro al que se halla angustiado. — Eclesiástico, cap. IV, v. 3.

Todo lo que un hombre tiene de más caritativo, alcanza de más nobleza, porque se avecina a la naturaleza y condición de Dios. — A. de Salas Barbadillo.

Para ser bueno es necesaria la caridad; para ser devoto es necesaria, además de la caridad, una gran vivacidad y prontitud en las acciones caritativas. — Quevedo.

El hábito de la caridad es el mejor de todos los hábitos espirituales. — Fr, Luis de Granada.

LAS ARAÑAS Y EL IMAN

Quien quiere distraerse por breves momentos, sólo tiene que conseguir un imán de mediano tamaño, y una araña. Apuéstese con cualquiera que se llevará la araña, sin tocarla, a determinado lugar. Haced una marca sobre el tablero de una mesa, y poned allí el imán con los polos dirigidos hacia el animalito, que colocaréis donde los curiosos quieran, y esperad. La araña, tratará de marcharse. Lentamente moverá sus patitas y después tratará de irse por opuesta dirección a la del imán; pero retenida por fuerza invisible volverá al punto donde estaba. Esperad unos minutos más, y veréis que el imán, cual si el animalito fuera una aguja, le va atrayendo poco a poco por resistencia que haga.

Nuestro divino tesoro...

El culto de la juventud

El culto de la juventud es como el principio de una religión natural, soñada por los antiguos y puesta a nuestro alcance mediante la moderna ciencia higiénica. Las viejas tentativas para descubrir las aguas de Juvencia o el país del Eldorado, de la genial inspiración de Goethe, que crea a Fausto y del poema que canta a la "juventud, primavera de la vida", reflejan el anhelo incesante en todas las edades por retener y prolongar ese bello pasaje de la existencia humana. Desde Espronceda y Balzac, que escribieran sobre el hombre y la mujer de treinta años, sus respectivas poesía y novela, muy conocidas, hasta Amado Nervo, que ponderó al "Hombre maduro", y Metchnikoff, que creyera haber descubierto el elixir de larga vida, el tema ha preocupado a poetas y pensadores, a hombres de ciencia y a filósofos.

Es que la vida del hombre es demasiado breve y desigual para no atraer a uno de sus períodos mejores la atención que merece. Entre los dos extremos que forman el arco vital, niñez y ancianidad, la parte culminante viene a ser nuestra zona ecuatorial, donde disfrutamos la plenitud fisiológica. Es natural que a ella lleguemos en mejores condiciones, según que hayamos cuidado con más acierto la elevación desde el polo infantil y que nos mantengamos en su plano y descendamos más despacio al polo opuesto, en la medida que el organismo resista la pendiente.

No es que pueda pensarse, por ahora, en evitar la vejez u oponernos a la muerte, lo que sería una simple especulación más, u otro ensayo metafísico, en vez de un estudio objetivo y práctico. Pero puede pretenderse, razonablemente, substraer a la humanidad a la decrepitud y a la muerte prematuras. Esta última parte, la muerte prematura, es un tema de medicina social, digno de estudiarse particularmente, pues desde la estadística de los suicidios, referente a Buenos Aires, y las que tenemos a la vista de las principales capitales de Europa y América, hasta las cifras que marcan el índice de la mortalidad infantil y el término medio por edad de los fallecimientos en los adultos, muéstrase la importancia del problema y la atención especial que merece.

No lo es menos, mientras tanto, cuanto atañe a la primera cuestión, sobre todo teniendo en cuenta la influencia considerable que ejerce sobre la siguiente. Nuestro sistema de actividad, no solamente compromete el buen aprovechamiento de cada organismo, sino que resta a su evolución ontogénica, la capacidad de prolongarse hasta su verdadero límite. Los que no se agotan y liquidan violentamente su quiebra por un suicidio, se sienten desanimados antes de haber luchado; se creen fracasados o creen resignarse a rumiar el pasado. Un ejemplo, en el orden intelectual, es el de los autoplagiarios, que se copian a sí mismos, porque perdieron la facultad creadora inicial. Luego, los neuróticos, los psicasténicos, los neurasténicos y enfermos mentales, que pululan en las grandes ciudades, son el producto de otros tantos sistemas nerviosos desequilibrados en el uso de sus funciones.

Nadie mide el caudal de sus fuerzas, a la manera que el dinamómetro la caloría o el voltímetro tasa las de un motor; tampoco se emplean frenos para la propia máquina. De ahí que no se detengan cuando debieran, y se exceden a sí mismos, a cada paso, por ignorancia, por amor propio o por ambición. Lo mismo en el trabajo que en los placeres, en las necesidades que en los sacrificios; la vida no entiende de esos prejuicios morales. Es moral siempre, cuando es sana. En la salud está el secreto de todas las virtudes; el trabajo resulta ser un goce, y cualquier esfuerzo que los débiles llaman sacrificio, es fácil. El dolor, lo feo y lo malo, empieza donde la naturaleza se contraría; proviene de la desarmonía fisiológica. Son el grito de la sangre, del sentimiento o de la conciencia, que reacciona a la causa que la perturba.

Los antiguos tuvieron la intuición de estas verdades y las practicaron sabiamente; Epicuro y Lucrecio sintetizan admirablemente el pensamiento filosófico de aquellas épocas. Atenas y Roma son el ejemplo de los pueblos que cultivaron la robustez de la raza. Su célebre aforismo "mens sana in corpore sano", fué el estímulo para todas las formas del desarrollo físico, que vigorizan el cuerpo y el entendimiento. Luego, la vida sencilla que pondera, con singular elocuencia, Wagner, en su libro dedicado a nuestros días, sin que muchos lo escuchen todavía, contribuía a prolongarla otrora y a sentirla mejor. Nuestra civilización ha complicado la existencia, sin ventajas para su organización ni para su longevidad. Ha multiplicado las necesidades y el medio de satisfacerlas, ha abierto al espíritu nuevas fuentes sensoriales y nuevos apetitos, ha creado más recursos al bienestar y otras tantas dificultades para alcanzarlo, ha refinado el gusto, los goces y las aptitudes, pero ha dejado en el mismo sitio ha resistencia de la máquina humana, que soporta la carga de todas esas exigencias. De ahí nace el modelo de la vida intensa, que define el genio moderno. Recordemos su tipo representativo a Th. Roosevelt, puesto que el término le perteneció y le fué tan caro. Observemos también los peligros de la nueva fórmula...

El principal defecto de la actual existencia es, precisamente, su carácter de incesante agitación y, particularmente, el predominio de la actividad nerviosa sobre la física y muscular. La falta de discernimiento y de método en las respectivas ocupaciones, hace que no se distribuya a ambos lados, la suma de nuestras energías. El trabajador hipertrofia los músculos a expensas del cerebro, y el intelectual sacrifica el esqueleto en la elaboración del pensamiento. Esto proviene, en sus orígenes, de la absurda clasificación escolástica entre trabajo intelectual y trabajo manual. Dualismo en un principio religioso, que tenía por objeto condenar la carne y glorificar su esencia; descartesiana, luego, que distinguía la materia del espíritu; aristocrática más tarde, que separaba las artes vulgares de las bellas artes, de las cosas de la mente o de la inteligencia. La ciencia ha unificado estas dos potencias de nuestro pequeño mundo. La contracción de una fibra muscular, resulta ser tan noble en su función para producir un movimiento, como la secreción de una célula cerebral, que provoca un pensamiento. La fisiología es igualitaria y democrática, hasta el punto de no reconocer jerarquías entre una contracción motora y una idea. De ahí que se transformen, recíprocamente, las unas en las otras; que un esfuerzo despierte una idea, y que una idea se convierta en una



—¿Quieres venirte conmigo al cine?
—Me lo ha prohibido el médico.
—¿Y quién es ese médico?
—¡Mi novio!

INSTANTANEA

Fué tan sólo un instante; de repente
Se iluminó mi espíritu abatido,
Y latió, de placer estremecido,
Mi apasionado corazón ardiente.

Tu acento, entrecortado y balbuciente,
El preludio ensayó junto a mi oído
De ese sublime canto no aprendido,
Que es siempre igual y siempre diferente.

Y como, al ser el arma disparada,
Mientras arde la pólvora inflamada,
La víctima desplómase sin vida,

Así, con repentina llamarada,
Resplandeció en tus ojos la mirada,
Y yo en el corazón sentí la herida.

Manuel de SANDOVAL

acción de fuerza. Lo que el ilustre filósofo contemporáneo Fouillet estudia, bajo la sugestiva denominación de "ideas-fuerzas"...

Esta relación de los dos centros de nuestra constitución orgánica, viene a mostrarnos la necesidad de cultivarlos por igual, para obtener el fruto de lozanía a que aspiramos. Son contados los que reparten juiciosamente ese entrenamiento, siquiera en una forma aproximada; cuando no sucede que cada uno cree encontrar su sana distracción en el campo de las ocupaciones habituales, en vez de buscarlas en el opuesto. De ahí la frecuencia con que la generalidad conspira contra su buena salud y abrevia la existencia. La culpa es un poco de todos, de sabios y profanos, de grandes y pequeños, de gobernantes y pueblo. El problema reviste, en realidad, una trascendencia mayor que la simplemente individual, desde ya bastante considerable; el progreso social depende también de esta orientación hacia la conquista de las generaciones fuertes. Anticipemos, a este respecto, un ensayo de clasificación o si se prefiere, un juicio preliminar sobre el culto racional de la juventud, antes de abordar el tema general de los ejercicios físicos, que le corresponde enteramente. Conviene significar, en efecto, el criterio higiénico que debe ilustrar la elección de los ejercicios adecuados. Según lo expuesto anteriormente, el joven estudiante o el burócrata sedentario, que pasaron diez horas sobre los libros o confinados en un despacho, deben escoger un deporte activo, que compense diariamente la forzada quietud de sus miembros, mientras que el obrero agil, que ha transcurrido su jornada en absoluta pasividad mental, ha de buscar su expansión natural en una biblioteca nocturna, en un salón de conferencias o de concierto, o en el recogimiento de una lectura, entre la paz del hogar.

El principio fundamental y permanente, es mantener el equilibrio biológico entre las dos zonas de nuestro medio interior, repartiendo las cargas del medio ambiente, a las resistencias de una y otra. De ahí que haya ejercicios más completos que otros, que pueden ser menos útiles y algunos hasta perjudiciales. Citemos, al pasar, cuanto se ha dicho en contra del atletismo, del acrobatismo, de la automatización fisiológica de los niños, del box y de la lucha romana. En cambio, ténganse presentes los beneficios que reportan los demás, así sean entre el grupo de los juegos, de los sports y de los deportes, entre los cuales merecen considerarse, en primer término, la gimnasia educativa sueca de Ling y los sports ingleses. Estos últimos desde el punto de vista estrictamente científico, son el complemento de la anterior, pues aquella realiza el verdadero objetivo fisiológico y ontomórfico de desarrollar con amplitud la caja toráxica, de concierto con las demás partes del esqueleto que parten del tronco, y tienen sobre él su punto firme de apoyo y de perfecta solidez. El sistema inglés tiene menos en cuenta esta importante indicación, y todos sus sports son preferentemente dedicados a ejercitar las extremidades, ya sea en la locomoción o en la prehensión, por medio de las piernas y de los brazos, respectivamente. Esto tiene el inconveniente de exponer al sujeto a forzar el corazón o los pulmones, si éstos se hallaran insuficientemente preparados para seguir las exigencias de los miembros, soportando la frecuencia consiguiente del ritmo y de la presión intratoráxica. Con todo, el peligro puede evitarse, graduando con juicio el entrenamiento y deteniéndose prudentemente en el límite de la sofocación fisiológica. En los distintos órdenes de ejercicios, no ha de olvidarse tampoco esta advertencia de elemental fisiología para nuestro cuerpo: que la marcha se verifica con los músculos del cuerpo, la carrera con los pulmones y el salto con el corazón.

La variedad de los deportes, su valor higiénico y moral, proviene de los distintos ambientes geográficos y climatéricos, étnicos e históricos, que los han determinado. Son un fenómeno sociológico, como todos los demás que nacen de una aspiración común de mejoramiento y de progreso. La vida moderna, agitada, angustiosa y febril, parece conspirar contra todos los medios que la razón y la naturaleza le ofrecen, para reconfortarse y ser más llevadera. Frente al torbellino que tortura y amarga la alegría de todas las horas, opóngase la visión de la raza y la responsabilidad ante las generaciones futuras, que serán las víctimas del absurdo sistema de vida presente. Sin contar el espectáculo inconfesable de la propia juventud, vivida vertiginosamente y malograda ante sí misma, porque no sabemos o no queremos adherirnos al culto que enseña a rendirle, desde tantos siglos a la fecha, el arte y la filosofía, la ciencia higiénica y nuestra medicina moderna.

Enrique FEINMANN

UN REGIMEN

Baldomero había vivido siempre bien, y no dejaba de repetirlo a todo el mundo. Vivir bien eraa para él comer mucho y beber más.

Hubiera sido imposible decir cuál de ambas cosas hacía mejor; pero una y otra las repetía con abundante regularidad. Tanto y tan bien, que un día se encontró con que había vivido demasiado bien.

Su médico le había prevenido varias veces:

—Come usted como un lobo y bebe más que un tonel. Algún día sufrirá las consecuencias.

—¡Pero, doctor, si no hago más que una comida a mediodía!

—Después de haber desayunado opíparamente por la mañana.

—Sí, pero después de la comida no tomo nada más hasta la hora de la cena.

—Nada más que cerveza, vermut, vino de Borgoña...

—Pero eso es líquido, y no cuenta.

—Y luego que su comida de mediodía bastaría para satisfacer el apetito de una semana de mucha gente.

—Exagera usted, doctor

—Ya lo veremos.

* * *

Baldomero "vió", en efecto.

Un día sintió una gran pesadez de cabeza y cayó al suelo sin conocimiento.

Costó gran trabajo hacerle volver en sí; pero al fin pudo lograrse, y el tío Baldomero volvió a encontrarse como si nada le hubiera ocurrido.

—Es usted hombre de suerte —le dijo el doctor—; pero ahora hay que tener mucho cuidado. Lo ocurrido es un aviso. Ahora tendrá usted que tener un régimen.

—Comprendo, doctor.

—Sí, un régimen severo. Estoy decidido.

A mediodía, una sopita muy ligera; nada de patatas o muy poquitas; un trocito de carne asada o un par de huevos, poco pan y una fruta. ¡Ah! Puede usted tomar dos deditos de Burdeos, pero ni una gota más.

—¿Lo cumplirá usted?

—A la letra.

* * *

Desde entonces Baldomero, que era hombre corpulento, engordó más aún. Vió con espanto que de los ciento veinte kilos pasaba a los ciento veinticinco, después a ciento treinta, y que luego se acercaba a los ciento cuarenta.

El doctor no salía de su asombro.

—¿Pero es que no observa usted el régimen que le dije?

—Perdón, doctor; no dejo de observarlo ni un solo día. Haga punto por punto lo que usted me dijo.

—Pues no me lo explico. Esto es una enfermedad que usted tiene.

Y Baldomero continuaba engordando.

—¡No, no y no!—exclamaba el doctor—. ¡No es posible! Esto es que no sigue el régimen.

—Y el hombre de ciencia llegó un día a casa de su cliente a mediodía. Baldomero estaba concluyendo su "régimen"

—Ya ve usted, doctor, que hago lo que me mandó. Hoy tomo una sopita, dos huevos al plato, una rebanada de pan, un vaso de Burdeos... y nada más.

—¡Francamente, no lo entiendo!—dijo el doctor con asombro.

* * *

En aquel momento entró en el comedor Victorina, la criada, con una gran bandeja en la que humeaba una comida opípara, que puso sobre la mesa.

El doctor, lleno de asombro, abrió enormemente los ojos.

—¿Y eso... eso... qué es?

—¿Cómo que qué es eso? La comida. ¡Porque supongo que el régimen que usted me ha mandado no me impedirá comer!

MOUSTIQUE

La abolición de la esclavitud en Burma

Los trabajos finales para abolir la esclavitud en el Burma superior, han tenido feliz término y las dos partes de la Comisión presidida por J. T. Barnard, comisionado de la policía de la frontera de Burma, se han reintegrado a sus puestos una vez cumplida su misión.

El número total de esclavos manumitidos este año es de 1028.

Las varias columnas de la expedición fueron recibidas cordialmente, contra lo que se suponía, y muchos jefes kachir volvieron con Mr. Banard a Myitkyina, donde les recompensaron. A los rebeldes y reacios a cumplir las órdenes libertadoras los condenó a pagar una fuerte multa y conminó con severos castigos a los que prosiguieren en las bárbaras prácticas de sacrificios humanos a los dioses tutelares.

La primera expedición libertadora marchó en 1926 al Valle de Hukawug, y la segunda, este año al Burma, en donde una parte de la expedición cayó en una celada que los naturales les prepararon.

Como casi todos los pueblos bárbaros, éstos tienen costumbres curiosísimas. No hay acción que los kachir tengan que ejecutar que no la consulten antes con los *Nats* o diablos, consulta que se hace por medio del adivino, quien, después de romper un bambú diminuto y arrojarlo al fuego, lee los testimonios de los diablos en las fibras ahumadas del bambú.

Página poética

Caza mayor

Sobre la inmolación de los ratones
en casa de Hecla giran cada día
los discursos. Con mañas y bastones
se emprende allí movida cacería.

Si un roedor penetra en la salita,
do aquélla rumia libros picarescos,
recoge el pollerín, se desgañita...
viles tiemblan sus muslos pintorescos.

Armase un clamoreo, que acribilla...
Y Hecla, que por la lírica, locura
tiene, bala cual tímida cabrilla
e incita a su familia a la captura.

.. ..

Entró llevando al hombro larga caña
(en una de estas lides), el hermano.
Ciego, la descargó contra la araña,
que sobre su mamá cayó de plano.

Tal como ganso añoso, sorprendido.
que yergue el cuello y grazna locamente,
no menos laceraban el oído
los ayes de Musmé Lenguapotente.

Cuéntase que acudieron los vecinos,
notándose también un vigilante
y de Hecla el "flirt", anverso de agustinos,
zorro que entonces era practicante.

.. ..

Yo, que compendio todos los defectos,
entre los que descuella un gran desdén
(es lo que me reprochan los insectos),
suelo, no obstante, practicar el bien

en el Zoo, do ofrendo galletitas
a los padres del dueño de este plano.
Y agasajando a monos y monitas
la fuente ensalzo del linaje humano.

Ayer, tal ceremonia celebraba
en las barbas de un grupo de curiosos,
cuando a la jaula vi que se acercaba
doña Musmé con ojos maliciosos.

—¡Señora!
—¡Qué milagro, don Cantueso!
—Me extraña ver a usted sin compañía.
—Hecla me sigue. Yo avancé exprofeso.
—Brava como en aquella cacería...

Llega la otra, rumbosa cual modelo,
suelta el brazo de un nuevo conocido,
cuyos lentes lo arriman al mochuelo,
y dice:
—Magno Gil, mi prometido.

Jorge F. Sergi.

El vencedor

Celebrando el cumpleaños de su hija—
Espiritual y bella—,
En su masión suntuosa da el banquero
Una brillante fiesta.
Viudo y afortunado en los negocios,
Invierte sus riquezas
En obras pías y en colmar de halagos
A tan gentil doncella.
Es ésta una atrayente criatura
De clara inteligencia,
Que solamente transcurrir ha visto
Dieciocho primaveras.
Mimada por su padre, a quien adora,
Placer experimenta
En mitigar, como él, constantemente,
La desventura ajena.
En los amplios salones, donde el boato
Con el buen gusto alterna,
Deleitando el oído los acordes
De una excelente orquesta,
Y, en tanto, que con entusiasmo danzan
Las jóvenes parejas,
Departes sobre tópicos diversos
Los de edad ya provecta.
Todos los invitados, a porfía,
Sus plácemes presentan
A quien de aquel torneo de elegancia
Es la graciosa reina.
Un rentista y un hábil diplomático
A un tiempo la cortejan,
Sin que ninguno de los dos rivales
Correspondido sea.
De pronto, un mozo de elevada talla
Y de figura esbelta
Portador de un pequeño manuscrito
A la niña se acerca,
Se inclina ante ella y, con ecento suave,
De éste modo se expresa:
"¡Salve, querube que bajó del cielo
"A engalanar la tierra
"Dios te dotó de los más ricos dones
Que ambicionar pudieras,
"Porque tú, a un cuerpo escultural, reunes
"Del alma la grandeza.
"Yo me extasío al contemplar tu rostro
"Y oír tu voz angélica,
"Y en los destellos de tus ojos hallo
"Mi numen de poeta.
"No me es dado brindarte en este día,
"Ni diamantes, ni perlas:
"¿Para brillar, acaso los precisa
"La rutilante estrella?...
"Sé indulgente aceptando de mi huerto
"Las flores más selectas,
"Con las que he entretejido una guirnalda
"Para tu frente tersa...
"Versos te trae el bardo que su vida
"Deslizarse ve entre nieblas...
"¿Serás tú el sol que con su luz disipe
"Las brumas que le asedian?...
Al terminar su alocución el vate
De gallarda presencia
A su interlocutora conmovido,
Sus estrofas le entrega.
La encantadora joven ruborízase
Al recibir la ofrenda;
Esboza una sonrisa, y con voz dulce
A su galán contesta:
"Intimamente agradecida quedo
"A vuestra gentileza.
"Me enorgullezco de poseer tal joya,
"Desde hoy mi predilecta".
Así diciendo, de su seno mórbido
Extrae una camelia
Y en el ojal del frac se lo coloca.
Con viva complacencia.
Luego, de aquellos dos garridos seres
Las miradas se encuentran
Y, a impulsos del amor, sus corazones
Se acarrician en ellas.

R. de Iturriaga y López.

La gitana

Vina la gitana cuando yo era niño,
Vestida en su harapo como visten ellas;
Me tomó la mano con sumo cariño,
Y me dijo cosas lejanas y bellas.

En su vestimenta de tintas borrosas
Llevaba el destino de los hombres todos,
Llevaba el secreto de todas las cosas,
Y nos lo decía de distintos modos.

Para descifrarnos la vida futura
Con las socaliñas de su quiromancia
A todos decía la buenaventura:
A cambio de un cobre que era su ganancia.

Me dijo que el hado presunto tenía
Para mí, escondida con mucha fineza
Una muñequita la cual me daría
Todo un gran tesoro de amor y belleza.

Me dijo que en esa divina doncella
La flor de la dicha gustoso hallaría,
Que era mi destino casarme con ella
Según los indicios de su profecía.

Y que era la niña total maravilla,
Como un sortilegio que llevan las hadas.
Tan llena de gracia la linda chiquuilla
Que sólo en los sueños se ven tan deseadas.

Y fué aquella niña de cabello rubio
Que me presagiaba la errante gitana,
La que hubo conmigo su tierno connubio,
y al darme sus besso partió su manzana.

Me habló de riquezas que luego tendría
Del viaje, la casa, la nave y el puerto,
Y en el oro puro de mi fantasía.
Hallé todo aquello demasiado cierto.

Me dijo que todos los hombres son dueños
De alzar en el aire soberbios castillos
Pues las realidades no son más que sueños
Donde el tiempo rompe todos sus anillos

Y fué la gitana con toda certeza
Al darnos la clave de nuestro destino,
La verdad desnuda conque se tropieza
En todo momento por nuestro camino.

Andrés Teófilo Hernández.

Las rosas de Jericó

Sensibles trasuntos de cosas vitales
Al numen sugieren sus cambios hieráticos:
Un himno tan dulce, tan suave, y tan mágico,
¡Que brinda el encanto de los madrigales!

—Sus gayas mutaciones las han hecho muy lí-
ricas
Por sus identidades con el hombre en la vida.

Deparan sus gracias a todas las almas,
Por el colorido que vibra en sus pétalos,
Las palpitaciones de su ritmo interno
Que las hace gráciles aunque estén muy pá-
lidas.

—¡Si alguien las estruja se cubren de cenizas,
Como si revelaran que se ponen contritas!

Porque hay en sus formas airosas o lánguidas
Los puros matices de las emociones,
Las llaman las reinas de todas las flores
Por sus gallardías y por sus fragancias.

—¡Hay en ellas la historia de recuerdos exóticos
De cuando en Asia fueron bello símbolo eró-
tico

Un algo viviente de nuestros ideales
Nos traen esas flores de urdimbres de seda,
Que aunque son rosadas sus matices truecan
¡Cómo si sintieran sus tonalidades!

—Semejan si están quietas princesas pensativas
Y alegres, si las mecen en sus tallos las brisas.

Sensibles trasuntos de cosas vitales
Deparan sus gracias a todas las almas,
Porque hay en sus formas airosas o lánguidas
Un algo viviente de nuestros ideales.

Juan Raúl Zerda

A Ricardo Rojas

Figúraseme aún que os estoy viendo;
tranquilo, con mirar que flota, vaga;
sereno, que parece que se apaga;
externo, mas con brillo si viviendo

Internas hermosuras, poeta siendo.
Profundo pensador que ideal propaga,
verdades manifiesta cuanto indaga
su mente varonil, calma virtiendo.

Aurora de belleza asaz lejana,
con miles armonías la refleja;
la planta es tan viril, la flor ufana,

Que el alma enajenada está perpleja;
y en vano la tormenta del mañana
nublar no ha de poder la obra que deja.

Paul Roux

Un viaje involuntario por Luciano Biart

(Continuación)

—¿Y quién es Astley?

—El Franconi de Londres.

—¿Eres acróbata? — preguntaron a un tiempo nuestros conocidos recordando el salto mortal que el muchacho había ejecutado.

—Todavía no, contestó éste, pero estoy aprendiendo para serlo. Empiezo a saber tenerme en pie sobre un caballo, y en cuanto a saltar, doy quince y raya a todos mis camaradas.

—¿Tu conducta es buena? — interrogó Boisjoli.

—Sí, caballero, fué la contestación del niño, el cual miró fijamente a su interlocutor. A los quince días de haber muerto mi padre, me ocupé en escoger carbón junto con algunos muchachos de mi misma edad, uno de los cuales trabó amistad conmigo. Este chico nunca carecía de dinero, lo cual me sorprendía en gran manera. Más tarde me dijo que robaba los aparadores de las tiendas, y hasta me propuso enseñarme lo que él llamaba *su oficio;* pero confieso que esto no me halagaba. Hablé del asunto a la tía Pitch; ésta me dió a entender que es preferible ayunar a robar, y me hizo prometer, por la memoria de mi padre, que sabría rechazar los malos consejos y ser siempre un buen muchacho. Se lo juré, señor, y la tía Pitch, con la que platico un rato todas las noches antes de acostarme, me ha enseñado tan perfectamente bien cuál es el camino del bien y cuál el del mal, que ahora es imposible que me equivoque.

Hasta tal punto interesó la historia del pequeño Azogue a los dos ingenieros, que se olvidaron de su situación y de lo largo del camino; quedando sorprendidos cuando oyeron que el muchacho decía:

—Hemos llegado a la estación London - Bridge; ahora vean ustedes de orientarse.

Hay tanta diferencia entre el movimiento diurno de las calles de una gran ciudad y la tranquilidad de la noche, cuando todas las tiendas están cerradas, que ni el señor Pinson ni el señor Boisjoli podían orientarse. Armado de paciencia y empleando su sagacidad, Azogue llevó a los dos amigos junto a la puerta por donde debían haber salido de la estación, y poco a poco fuélos guiando hasta cerca de su fonda, que acabaron por reconocer.

Llamó el muchacho, y en el acto presentóse el fondista. Azogue le contó en pocas palabras lo acontecido a los ingenieros, cosa que hizo bastante gracia al dueño de la fonda.

—Pregúntale si por fin ha llegado el mozo que habla francés, dijo el señor Pinson.

Después de haber hablado un buen rato con el fondista, Azogue anunció a los dos amigos que el mozo francés estaría a su disposición en el acto que abandonasen el lecho. Y sin dar tiempo a los ingenieros de pagarle el medio duro que les debían por el servicio que acababa de prestarles, el chico se despidió de ellos, partiendo a la carrera.

—¡U f! — exclamó Boisjoli, tumbándose más bien que sentándose en uno de los sofáes de la habitación que ocupaban los dos amigos, ¿qué me dices de este día de aventuras, caro Pinson?

—Dígote, — contestó el interpelado, que parecemos verdaderos héroes de sainete, y que cuanto me ha sucedido desde que abandoné mi domicilio de la calle Nollet, lo encuentro tan inverosímil como sorprendente.

—Te he repetido una y mil veces que de los viajes siempre se saca algo, objetó Boisjoli.

—Es cierto, se saca alguna derrengadura, repuso el señor Pinson. Esta noche ya puede tronar o venírsenos la casa encima; te juro que no lo oiré.

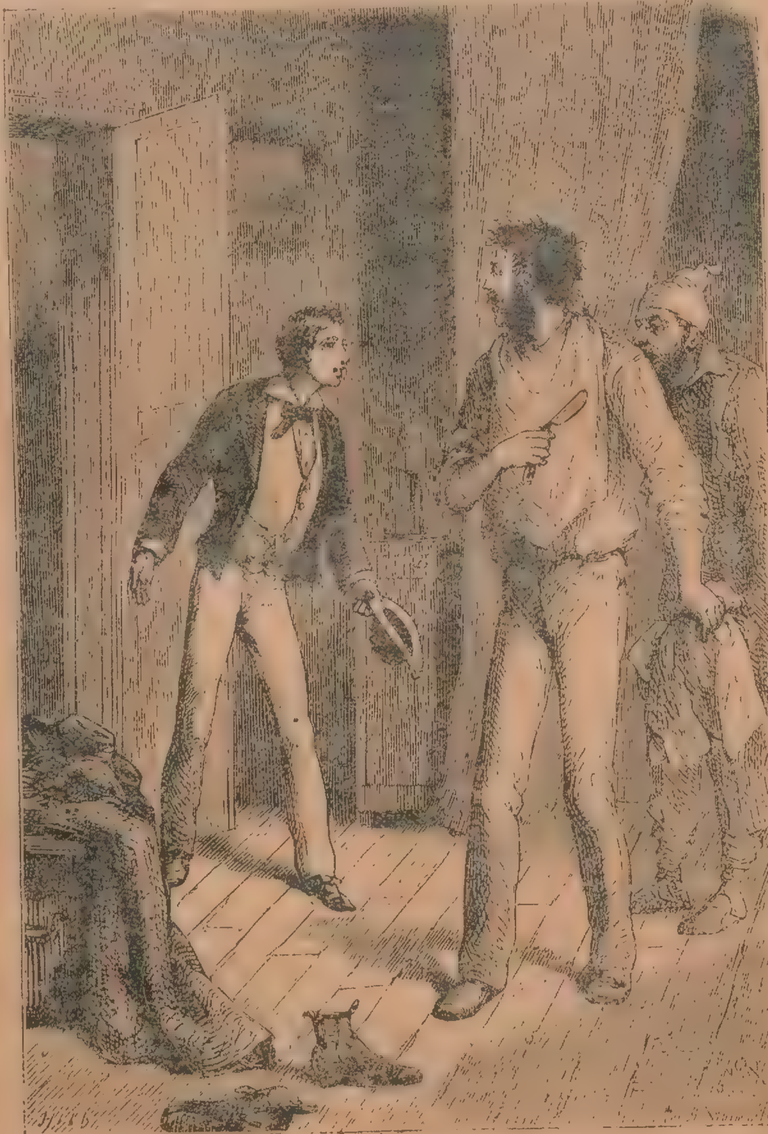
Sin embargo, en vez de acostarse el señor Pinson estuvo contemplando maquinalmente cómo se desnudaba su amigo.

—¿En qué estás pensando? — preguntó Boisjoli.

—En el chicuelo a quien debemos el poder descansar esta noche, más bien dicho, esta madrugada, en nuestro lecho. Me interesa el diablillo. ¡Qué viveza! ¡qué mirada tan franca! Siento en el alma que haya desaparecido tan pronto.

—¿Y por qué?

—Me hubiese gustado interrogarle un poco más. Me parece, Baisjoli, que podríamos llevar a cabo una buena obra. Ese muchacho, perdido en una ciudad como Londres, es compatriota nuestro, paisano, puesto que es parisiense.



—¡Héme aquí, señores, héme aquí!

Tiene parientes acomodados, según dice; de consiguiente, creo que no haríamos mal en ayudarle para que se reuniese con ellos. El chico vive pobremente; a la larga, las tentaciones, el mal ejemplo pueden hacerle olvidar los buenos consejos que le dá la excelente mujer con quien vive. Es una inteligencia que se está ahogando o puede ahogarse; tendámosle una mano protectora.

—¡Bravo, Pinson! He aquí una tarea digna de tí. Si la policía inglesa está tan bien organizada como en Francia se asegura, al volver de Liverpool te será fácil encontrar al pequeño Victor Brigaut, y parece tan inteligente que, indudablemente, te orientará para que puedas devolverlo al seno de su familia.

—Lo haré, Boisjoli, lo haré en nombre tuyo, y merced a tan buena obra te saldrá bien cuanto emprendas.

—¡Gracias! — dijo Boisjoli estrechando la mano a su amigo.

A pesar de lo cansado que estaba el señor Pinson, le costó mucho conciliar el sueño. Veía a Azogue dando saltos mortales, y le oía, con su suave y simpático acento, contar por segunda vez su triste historia.

—¡Pobre muchacho! — murmuró más de una vez. — ¡Dios quiera que vuelva a encontrarle!

Era muy tarde cuando despertó el señor Pinson. Su amigo ya se estaba vistiendo silenciosamente.

—¿Es un rayo de sol el que penetra por los vidrios de la ventana? — preguntó el ingeniero restregándose los ojos.

—Sí, amigo mío, — contestó Boisjoli, un rayo de sol verdadero; acabo de convencerme de ello. Como la mayor parte de los viajeros afirman que en Londres jamás se vé el sol, por un momento tuve mis dudas si estaba despierto o soñando, y hasta creí que este resplandor no fuese producto de la industria inglesa. Pero no, el disco rojo que brilla allá arriba es el sol, el sol verdadero.

—¿Has llamado?

—Todavía no.

—Poco curioso eres, querido Boisjoli.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que tengo muchas ganas de trabar conocimiento con el famoso mozo francés que estamos aguardando desde hace dos días.

—Sospechas como yo...

—Fuera conjeturas, llamemos.

Boisjoli complació a su amigo. Oyéronse ligeras pisadas en el corredor.

—¡La criadita! — profirió Pinson; lo hubiera apostado.

—¡Y hubieses perdido! — exclamó Boisjoli.

La puerta acababa de abrirse. Azogue, ejecutando su famoso salto mortal, fué a parar en medio de la habitación, diciendo:

—¡Heme aquí, señores, héme aquí!

CAPITULO V

En Londres

Vestido Azogue con chaqueta y pantalón nuevos, camisa blanca y sombrero hongo, tenía muy buen porte, de suerte que aun se hizo más simpático que la noche anterior a los ojos de los dos amigos.

—¡Bravo! —exclamó el señor Pinson; pero ¿cómo es que estás aquí? ¿Por ventura te has contratado como mozo de la fonda?

—Sí, señor, desde ayer. El mozo que sirve de guía a los pasajeros...

—¡De guía! —dijo admirado Boisjoli.

—De intérprete, —repuso vivamente Azogue.— Parece, pues, que el muchacho está... constipado; y si ustedes no lo toman a mal, por de pronto voy a ocupar su lugar.

—Empiezo a creer, —repuso el señor Pinson,— que el tal mozo jamás ha existido.

—Esto sólo lo sabe el fondista, —contestó Azogue, guiñando el ojo.— Veamos, caballeros, ¿qué

quieren ustedes? Han llamado y a mí se me ha mandado que me ponga a sus órdenes.

—En primer lugar queremos pagarte lo que te debemos, pues te marchaste sin darnos tiempo de cumplir con esta obligación.

—Era tarde y supuse que la tía Pitch estaría con cuidado; además, sabía donde vivían ustedes.

—¿De modo que te has contratado para servirnos?

—Por todo el día de hoy.

—¿Conoces bien las calles de Londres?

—¡Vaya! ¡Como si esto fuese tan difícil!

—No opino como tú. Una ciudad con dos millones cuatrocientos mil habitantes, (1), con siete distritos, y donde se habla un idioma... Pero dejemos esto a un lado. Supongo que estás al tanto de las curiosidades que todo extranjero debe visitar.

—¡Oh! eso sí. Hay el Zoological Garden.

—Habla francés, amigo mío, pues de otro modo para maldito lo que necesitamos tus servicios, —dijo Boisjoli.

—El Zoological Garden, —replicó Azogue,— es el Jardín de Plantas de París: contiene animales de todas las partes del globo, animales vivos.

—Bueno. ¿Y luego?

—Es digna de verse asimismo, la iglesia de San Pablo, como si dijéramos, el templo de Nuestra Señora de Londres.

—Perfectamente. ¿Y qué más hay de notable?

—El Colosseum, el Palacio de Cristal, el Museo Británico, la abadía de Westminster, la Cámara de los Comunes, la de los Lores, la Galería Real, el Observatorio de Greenwich, la columna de Nelson, la Torre, el...

—Basta, basta, —dijo el señor Pinson;— como sólo podemos disponer de dos días, llévanos a San Pablo; luego ya veremos.

—Lo mejor de Londres, —dijo Azogue,— es el Jardín Zoológico.

—¿Has estado en él?

—¡Oh, no! La entrada cuesta demasiado.

Una vez acicalados los dos ingenieros bajaron al comedor, donde encontraron al fondista que les recibió con una sonrisa de satisfacción. El buen hombre, lo mismo que la criada irlandesa, hicieron cuanto estuvo en su mano por complacer a nuestros conocidos, de suerte que éstos se olvidaron de todas sus contrariedades.

—Dí que nos sirvan, —profirió Boisjoli dirigiéndose a Azogue,— un beefsteak con patatas fritas.

—Este plato no pertenece a la cocina inglesa,— contestó Azogue: —si quieren ustedes comer un beefsteak con patatas, les llevaré a un restaurant francés.

—¿Te estás burlando?—preguntó el señor Pinson.

—No, caballero; sucede con el beefsteak lo mismo que con los guisantes a la inglesa; aquí se comen sin manteca y sazonados con menta. Mi pobre padre los probó el día que llegamos, y todavía recuerdo su asombro.

—¡Es sorprendente! —exclamó el señor Pinsón.— ¿Que te parece, amigo Boisjoli? ¡En Londres, en Inglaterra, se ignora lo qué es un beefsteack con patatas!

—Los viajes enseñan mucho — respondió el interpelado,— al par que nos instruyen, borran de nuestra mente muchas preocupaciones.

—E ilusiones, Boisjoli. Veamos, muchacho: pide algo bueno, y acabemos de una vez, pues se hace tarde.

Después de consultarse los dos ingenieros, hicieron sentar a la mesa a Azogue, el cual mostróse muy agradecido por este rasgo de deferencia. Los tres comieron ostras, que, con sorpresa de nuestros conocidos, les fueron servidas sobre la concha plana. Habiendo pedido ensalada, les presentaron unas vinagreras tan mezquinas, que apenas contenían una cucharada de aceite y otra de vinagre, cosa que les hizo reir no poco. En cuanto al pan, se lo sirvieron a bocados, de suerte que a cada momento tenían que pedir más. Azogue se atracaba de patatas y de manteca fresca, bebiendo con delectación el té sin azúcar.

Terminado el almuerzo, nuestros viajeros salieron de la fonda en compañía del muchacho, dirigiéndose a la iglesia de San Pablo.

En el camino Boisjoli manifestó deseos de comprar un cuchillo y varios objetos de tocador, cosas que con tanto esmero fabrican los ingleses.

Azogue llevó a los ingenieros a una tienda perfectamente surtida; al penetrar en ella el señor Pinson y su amigo saludaron, descubriéndose.

—Pónganse ustedes el sombrero, —dijo Azogue— pues de lo contrario se les tomará por criados.

—¿Cómo se entiende?

—En Inglaterra no se acostumbra quitarse el sombrero para saludar; esta mañana iba a advertírselo a ustedes al ver que se descubrían cuando dieron los buenos días al fondista.

—¡Vamos de sorpresa en sorpresa! —murmuró el señor Pinson.

—Hé aquí por qué nos tomó por mendigos el londonés a quien ayer interrogamos cortésmente. —añadió Boisjoli.

Mucho había que ver en la tienda, pues si bien en Inglaterra en los pequeños instrumentos o herramientas de que necesita el hombre civilizado suele sacrificarse la apariencia, en cambio préstase mucha atención a la parte útil y práctica. Boisjoli eligió un precioso cuchillo salido de una de las fábricas de Sheffield, las más célebres de la Gran Bretaña, y encontrando un poco crecido el precio de veinte y cinco pesetas que le pidieron, dijo al muchacho que ofreciera veinte. El vendedor sin desplegar los labios, volvió a dejar el cuchillo en el mostrador y se sentó con la mayor tranquilidad del mundo.

—¡Vaya! ¿Qué significa esto? —preguntaron a un tiempo los ingenieros.

—El vendedor se ha incomodado de su oferta,— dijo Azogue;— vuelve a ustedes la espalda porque han aparentado creer que quería engañarles haciéndoles pagar su mercancía más de lo que vale.

—¿Y es tán grande la buena fe entre los comerciantes de Londres? —objeto el señor Pinson,— que hay que creerlos bajo palabra?

—Sí, caballero; las excepciones son contadas.

—Aunque sólo fuese por ahorrarse tiempo,— dijo el ingeniero, — me agradaría ver establecida en Francia esta costumbre.

Mientras los dos amigos pasaban en revista los mostradores del almacén donde se hallaban, Azogue se había extasiado delante de una hilera de calentadores, acabando por pedir el precio de uno de ellos. Cuando oyó que valía doce pesetas, hizo una mueca.

—¿Por qué te has enamorado de ese calentador? —preguntóle el señor Pinson.

—Por nada; es una idea que me ha acudido.

—¿Qué idea? ¡Explícate!

—La tía Pich, caballero, sufre de dolores reumáticos, y continuamente la oigo decir que cuando haya mejorado de fortuna comprará un calentador. Yo creí con las cinco pesetas que ustedes me dieron y el medio duro que me ha ofrecido el fondista... pero, dejémoslo correr.

Los dos amigos cambiaron una mirada de inteligencia.

—Dí que lleven el calentador a casa de la tía Pich, —dijo Boisjoli,— te lo regalamos.

Azogue no sabía lo que le pasaba, de suerte que fué preciso repetirle lo que acababa de decirle el ingeniero. Una vez empaquetado, rotulado y pagado por el señor Pinson el calentador, el chico, con gran sorpresa del dueño de la tienda, de los dependientes y de los compradores allí presentes, ejecutó un formidable salto mortal. Luego estrechó a la inglesa, es decir, sacudiéndolas con fuerza, las manos de los dos amigos.

—¡Bueno, bueno! —dijeron éstos; empero, te recomendamos que te dejes de gimnasia en los sitios públicos; de lo contrario nos tomarían por saltimbanquis. Vamos, llévanos a los muelles, pues queremos ver el Támesis.

—¿A los muelles? —repitió Azogue;— no hay muelles en el Támesis (1).

—Sin embargo, el río está encajonado entre casas, según hemos podido ver desde el puente que acabamos de atravesar.

—Sí, por cierto, caballero.

—Aunque la multitud de barcas, de buques de vapor y de vela allí anclados apenas permite ver el agua, todavía me parece más negra que hace poco. ¡Un río sin muelles! ¿Qué dices a eso, Boisjoli?

—Si el Támesis no careciera de muelles, amigo mío, París tendría una ventaja menos sobre Londres.

—Has hablado como buen patriota. A San Pablo, muchacho.

Transcurrida media hora, nuestros tres conocidos llegaban al pie del célebre templo, que, al igual del Panteón de París, es una imitación reducida de la famosa iglesia de San Pedro en Roma. Edificada de piedra de Portland, islita que cierra la rada de Weymouth, la iglesia de San Pablo es obra del caballero Wren. Fué comenzada en 1675, habiendo durado su construcción treinta y cinco años, o sea hasta el de 1710.

(Continuará).



¿Por qué te has enamorado de ese calentador?

---

(1) Recordamos al lector que la acción de esta novela pasa en 1862.

(1) Esto era en la época a que se refiere nuestro relato.

Conocimientos útiles

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para abrillantar los colores de las alfombras, no hay más que barrerlas con una escoba mojada en agua y sal. Antes de aplicarla hay que sacudirla para que las palmas no se queden mojadas, sino simplemente humedecidas.

Antes de levantar las alfombras, debe quitárseles el polvo, rociándolas con tierra húmeda y barriéndolas después.

Las manchas de grasa en los pisos de madera, se quitan frotando primeramente la parte manchada con un jabón y echando luego encima un poco de alcohol fuerte, al cual se prende fuego, con las debidas precauciones. Después de apagarse la llama, se vuelve a fregar la madera con agua caliente, y las manchas desaparecen.

Cemento para los ladrillos de las chimeneas — Da excelentes resultados una mezcla de greda lavada y clara de huevo batida. Las junturas conservan un bonito color blanco, y a pesar del calor, se conservan cerradas, aun al lado del sitio de la lumbre donde mayor es la calefacción.

Al principio, por efecto de la clara de huevo que contiene, el cemento despide un olor desagradable, como a queso, pero desaparece al cabo de unas semanas.

Para convertir en vinagre la sidra ácida. — Las sidras fabricadas con manzanas poco ricas en azúcar o insuficientemente maduras son poco alcohólicas, no se conservan y a veces en un plazo muy corto se tornan ácidas y más o menos agrias. Un tratamiento defectuoso debilita aún más el grado alcohólico y no se sabe qué hacer con esa sidra que no sirve para bebida. En este caso lo mejor que puede hacerse es convertirla en vinagre, pero en un vinagre que se conserve. Para ello hay que encabezar la sidra con alcohol para obtener sieto u ocho grados y después se procede de la manera siguiente. En una habitación cuya temperatura se conserve por lo menos a 25o. centígrados, y sobre unos codales bastante elevados se ponen dos barricas de las de vino, de 225 litros y hacia el centro de uno de los fondos se hace una abertura de cinco centímetros para la entrada del aire. En la piquera se pone un embudo para cargar las barricas. Se empieza por echar en cada barrica hasta un tercio, a lo sumo, vinagre de buena calidad y 10 litros de sidra. A los ocho días se echan otros diez litros y así sucesivamente hasta cuarenta litros. La acetificación completa de los cuarenta litros requiere ocho días, de suerte que ocho días después de haber echado los últimos diez litros se pueden retirar de cada barrica 40 litros de vinagre y se repite la operación en iguales condiciones.

El procedimiento es un poco lento, pero también es el más económico. Otros hay quizás más expeditivos, pero exigen mayores gastos de instalación.

El vinagre así obtenido hay que clarificarlo después con cola de pescado.

Parafina sólida — Si se desea emplear en esta forma, se toman 75 partes y se añaden 10 de cal apagada y muy pulverizada. Se bate bien y se pasa por un tamiz fino para que no caigan los grumos demasiado grandes, no sin aplastarlos bien para aprovecharlos todo lo posible.

Luego se echan 15 partes de resina (forzando la dosis si es preciso), se menea bien y se pone a calentar hasta que se solidifica.

Fotografías sobre tarjetas postales o sobre papel de cartas. — Se añade carmín en polvo o engrudo de almidón bastante claro, agitándolo con viveza hasta obtener una mezcla uniforme. Se pasa a través de una muselina y se aplica con un pincel sobre la superficie que se desee sensibilizar. Se deja secar. Se coloca el papel sensibilizado de este modo flotando en la superficie de una solución compuesta de 520 gramos de agua y 30 de bicromato potásico teniendo cuidado de que el revés del papel no se moje con la solución de bicromato. Se deja luego secar en la obscuridad el papel sensibilizado, se coloca en la prensa debajo del negativo y se expone a la luz solar durante cinco o seis minutos, o en su defecto, una hora a la sombra. Finalmente, se lava con agua.

Limpieza de las medias de seda. —Es esta una operación que interesa a todas las amas de casa, porque son pocas las criadas o las lavanderas que saben hacerla sin estropear la prenda. El mejor procedimiento consiste en llenar un barreño con agua caliente y espuma de jabón. Se dejan allí las medias algunos minutos, se escurren luego bien y se enjuagan con agua clara, caliente también. Si las medias son blancas, debe añadirse un poco de añil a las dos aguas, y de este modo no hay miedo de que la seda amarillee. Si se trata de algún color delicado, como rosa, verde o azul, unas gotas de trementina en el agua de jabón bastarán para impedir que las medias se destiñan.

La mayor dificultad está en lavar las medias de color canela, porque siempre toman un tinte verdoso muy feo. La mejor cosa que puede hacerse es lavar primero un par nuevo,y aunque parezca que no se destiña, el agua tomará un color pardo. Póngase entonces a remojar en esta agua los pares más viejos, así éstos se teñirán con el color que haya perdido el primer par.

Las medias no deben plancharse nunca. Una vez lavadas, deben sacudirse y colgarse en un toallero o en el respaldo de una silla; la plancha quita el lustre a las medias de seda y hace que parezcan de algodón.

Tinta para escribir sobre el cristal. — 20 partes de goma laca obscura se hierven con 35 partes de borax y 250 partes de agua, y después de haberlo dejado enfriar, se agrega una parte de metilo violeta disuelto previamente en 150 partes de alcohol.

EL HONOR, A SALVO

Al abrir la puerta, la señora de Dutrec observó en el rostro de su marido las señales de una gran preocupación.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó inquieta.

—Pronto —se limitó a decir el señor Dutrec—. A hacer las maletas en seguida.

—¿Qué dices?

—Que nos marchamos, que nos vamos de París.

—¿Pero estás loco? ¿Adónde?

—Eso ya lo veremos en la estación. Nos vamos a cualquier estación, y allí decidiremos. El caso es salir de París.

—¿Por qué motivo?

—¡Porque estoy deshonrado!

—¡Deshonrado!

—Sí; y como pronto ha de saberse en todas partes, lo mejor es que me vaya de París.

—Pero dime qué ha ocurrido. Al salir me dijiste que ibas en casa de Bufferon.

—Así es. Tú sabes que entre los dos había algunas discrepancias.

—Sí, a propósito de ese terreno que habíais comprado juntos. Tú querías construir una casa y él un establecimiento de baños.

—Cosa que en estos tiempos me parece una locura. Antes de pensar en bañarse hay que pensar en tener cuarto, y esto es lo que he querido que Bufferon comprendiese; pero en cuanto he empezado a hablar me ha dicho que su decisión era irrevocable. He replicado; me ha contestado que razonaba como una puerta cochera, y yo le he dicho que él lo hacía como un bañero de tierra. Entonces se ha puesto furioso, me ha invitado a que le repitiera la frase, lo he hecho, y señalándome la puerta me ha dichos "Considérate abofeteado". Una nube cruzó por delante de mis ojos, y cuando pasó ya estaba en la calle.

—¿Te había echado?

—No, me había ido yo. Entonces me dí cuenta de que me había faltado sangre fría.

—¡Naturalmente! ¡Como que lo que debías haber hecho era cruzarle la cara!

—Hubiera sido una cobardía. No se debe pelear sino con armas iguales. Lo que yo debía haberle contestado es: "Considérate apaleado". Estábamos en paz, y mi honor a salvo. Y ahora, en cambio, he aceptado el ultraje y me humillará. Debo desaparecer; es lo mejor.

—¡Eres un imbécil! Te has dejado impresionar por Bufferon sin pensar en que es muy fácil decirle a uno que se considere abofeteado. Otra cosa muy distinta es abofetear a uno de verdad. Para eso hace falta valor, y Bufferon no tiene más que lengua. Si no fueras tan cobardón como él...

—¡Mujer! ¡Eso de cobardón!...

—Hubieras comprendido inmediatamente que no se atrevía a abofetearte por miedo a resultar él el zurrado.

—Es posible.

—Y si lo hubieras esperado hubieses visto cómo amainaba.

—Tienes razón.

—Pero todo puede repararse. Ahora mismo vuelves a casa de Bufferon. En cuanto te vea verás cómo cambia.

—¿Tú crees?

—Te aseguro que es un cobarde. Tú le dices que no te consideras abofeteado; que para eso hace falta algo más que palabras y que hará muy bien en tener cuidado con lo que dice. Verás cómo se vuelve manso como un cordero. Y discute contigo la cuestión de los terrenos.

—Tienes razón. ¡Voy a demostrar a Bufferon quién soy yo!

Y Dufrec salió erguido, dejando a su mujer orgullosa del rasgo de valor de su marido.

* * *

Media hora más tarde regresó. Su cara respiraba satisfacción.

—¿Y qué? —le preguntó su mujer.

—Esto ya es otra cosa.

—Cuenta. Cuando le has dicho que no te considerabas abofeteado...

—Me ha contestados "Perfectamente. Entonces, toma". Y me ha puesto dos veces la mano en el rostro.

—Y tú, naturalmente, te has arrojado sobre él...

—Nada de eso. ¡Igualarme yo a un bruto semejante! Lo que he hecho ha sido mirarlo, dominándolo con la mirada, y decirle muy tranquilamentes "Hazte cuenta de que no me has abofeteado". Y he salido con la cabeza muy alta y sin volverme, despreciándolo. ¡La rabia que ha debido de darle!

ADRIEN VELY

Notas cinematográficas

"El arquero verde" — Las más sensacionales aventuras y los momentos más dramáticos se suceden en el desarrollo del argumento de "El arquero verde" película del sello Pathé New York, que la Corporación Argentino Americana de Films acaba de dar a conocer.

Se trata de la adaptación cinematográfica de la novela "The Green Archer", de Edgar Wallace, arreglada para la pantalla por Frank León Smith y puesta en escena bajo la dirección de Spencer Bennett.

Notable asunto, por la multiplicidad de sensaciones que ofrece, "El arquero verde" no lo es menos por el conjunto de intérpretes que desempeñan los principales papeles, entre los cuales se destacan Allene Ray, Walter Miller, Burr Mc Intosh, Frank Lakteen, Dorothy King, Stephen Grattan, William R. Randall, Walter Lewis, Wally Oettel, Ray Allan y Jack Tanner.

Lo esencial del argumento gira en derredor de la existencia de un misterioso tirador de flechas y aquél, después de una serie de emocionantes peripecias, tiene por fin un desenlace completamente inesperado.

"Labios al rojo" — Hugo Farrell llega a la Universidad para proseguir sus estudios y le dan una habitación en el departamento de Stewart Freeman, un muchacho muy amigo de amoríos. Entre las fotografías que adornan la habitación de Stewart, la de una linda jovencita apasiona a Hugo.

En un baile de la Universidad, Hugo conoce a Cynthia Grey, la joven de la fotografía, de quien se enamora y es correspondido por ella. Hugo es el mejor atleta de la Universidad y en él confía "papá" Moulin, el entrenador, para vencer a otra Universidad en el torneo anual que deberá disputarse en esos días. La noche anterior al día en que se celebrará el torneo, Cynthia y Stewart, algo alcoholizados, van a la habitación de Hugo. Con muchas dificultades Hugo hace salir a su novia y la conduce hasta su domicilio. Cuando regresa, a la madrugada, "papá" Moulin ve a Hugo, y por haber contrariado las leyes del entrenamiento, lo retira del equipo, lo que afecta profundamente al muchacho, que decide abandonar sus estudios para casarse con Cynthia. Stewart trata de hacer desistir a Hugo de sus propósitos, pero no consiguiéndolo, se dirige a Cynthia para que ella impida que Hugo abandone sus estudios. Cynthia se aleja de la ciudad dejándole una carta a Hugo, en la que le participa que nunca lo ha querido. Esta desilusión afecta de tal modo al muchacho, que se pasa las noches bebiendo, pero el oportuno regreso de Cynthia y la revelación de su amor, alejan al muchacho del mal camino.

Tal es el asunto de "Labios al rojo" cinta Jewel interpretada por Charles Rogers y Marion Niscon, que acaba de estrenar la Universal.

Stuart Holmes. — Este conocido actor fué elegido por Paul Leni para desempeñar el rol de lord Dirry Moir en la super producción Universal "El hombre que ríe" que conoceremos en el mes de abril.

Stuart Holmes, nació en Chicago y concurrió al Instituto de Bellas Artes de esa ciudad. Después de varios años dedicados al teatro, ingresó a la cinematografía, donde hace 18 años que trabaja. Se ha hecho famoso por sus roles de villano y es indudablemente uno de los hombres más odiados del mundo.

"Bandido por amor" — Esta es una cinta Jervel, interpretada por Eugenia Gilbert y Hoot Gibson y dirigida por Henry Mc Rae, que acaba de estrenar la Universal. Su asunto es este:

Hal Doyle, hijo del director de una prisión en el Oeste, ve una fotografía de Mollie Dare y queda enamorado de ella. Mollie es la hija de un rico estanciero ya fallecido, que ha hecho del establecimiento de su padre un reformatorio de ex presidiarios, a los que quiere convertir en personas honestas. Mientras Hal está de visita en la cárcel, un famoso bandido llamado Pepo Maldado es puesto en libertad y el director de la prisión le entrega una carta de presentación para Mollie. Hal le propone a Pepo Maldado que le venda la carta de presentación y aceptado por éste, se presenta en el establecimiento de Mollie como el famoso bandido. Pocos días después llega a la casa de Mollie el verdadero Pepo, pero no revela su identidad.

Mientras tanto, en la villa se ha perpetrado un robo y asesinato y por las impresiones digitales dejadas en algunos muebles la policía busca a Pepo Maldado. Van al establecimiento de Mollie a buscarlo y allí se encuentran con el supuesto Pepo Maldado, que no solamente ha logrado apresar al bandido, sino que ha recuperado el dinero robado en la villa y a Mollie, quie es feliz al comprobar que el hombre a quien había entregado su corazón es el hijo del viejo amigo de su padre y un hombre honrado.

LECCION GRAMATICAL

Quiso cierto coronel,
Con plausible pensamiento,
Que todo su regimiento
Se ilustrase en el cuartel;
Y los sargentos, nombrados
Quedaron sin excepción,
Para dar diaria lección
Instructiva a los soldados.
No fué tentativa vana,
Y en cuanto supieron leer,
Empezaron a aprender
Gramática castellana.
Un sargento, perro dogo
En cara y en intenciones,
Y por sus explicaciones
Más perro que pedagogo,
De esta manera decía
Muy serio en cierta ocasión
A la sumisa reunión
De valientes que instruía:
—Muchachos, voy a explicá
Lo que es nombre surtantivo:
Es nombre... hablando a lo vivo,
Too lo que se pué tocá.
Er pelo, er cuti, la boca,
Los zapatos, los carsones
Er sable, las municiones,
Por fin, too lo que se toca.
Miró después a su gente,
Y fijándose en un quinto
Andaluz, dijo: — Tú, Pinto,
A ver, dos pasos al frente:
Ahora te voy a poné
Un ejemplo descritivo,
Pa que er nombre surtantivo
Digas en arto cuál é.
Mucho tino, y ojo al cuento:
Se quema una casa en Cái.
¿Cuál es er nombre?
—Ahí no hay
Surtantivo, mi sargento.
—¿Cómo que no?
—Claro está.
—¿Que no hay surtantivo?
—No.
—¡Y que pierda el tiempo yo
Estruyéndote, animá!
—Pero ¡por vía e San Roque!
— Replica el quinto con flema,
—Pus si la casa se quema,
¿Cómo quié usté que la toque?

Javier de Burgos.

EL ENCANTO DEL ISLAM

Los pueblos que, por su vida y costumbres, parecen pasar por la vida somnolientos, calmosos, como si el ritmo del tiempo no se dejase sentir para ellos y la añoranza no les abandonase un solo momento, ofrecen múltiples encantos para el observador; pero existen dos factores principales, en los cuales parece radicar principalmente este encanto en el Islam: las mujeres y la religión.

En efecto, aun cuando la mujer va evolucionando en estas tierras aún su vida es la misma: Reclusión, misterio... Pasan ingrávidas, hieráticas, cubiertas de largos velos que impiden el goce estético de la contemplación, camino de las recatadas estancias donde hasta se roba la presencia a luz. En la quietud de las estancias penumbrosas pasan estas mujeres la mayor parte de su vida en espera de que llegue la hora en que ha de satisfacer los caprichos del señor.

El islamismo, la tercera de las religiones por el número de creyentes, ofrece en sus prácticas, en la forma con que sus adeptos siguen todas las indicaciones y observaciones, un extenso campo de estudio para el psicólogo.

El musulmán es un creyente convencido de las excelencias de su religión; pero, al mismo tiempo, es, quizá, el más tolerante de los creyentes. En tanto que no se le moleste ni ofenda en sus sentimientos religiosos, él no molestará ni hará indicación alguna a los que profesen otras religiones.

Para la propaganda de sus doctrinas por algunos pueblos del Asia y del Africa cuenta el mahometismo con su coincidencia con ciertas Instituciones fundamentales, con la tolerancia de sus prácticas y costumbres. Lo que de estos pueblos exige el propagandista musulmán es que renuncien a sus dioses, a sus fetiches y hechiceros, para creer en un Dios único.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRITO, 607 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18 — U. T. Mayo 1899
Sábados. de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.° atrasado	„ 0.40	N.° atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

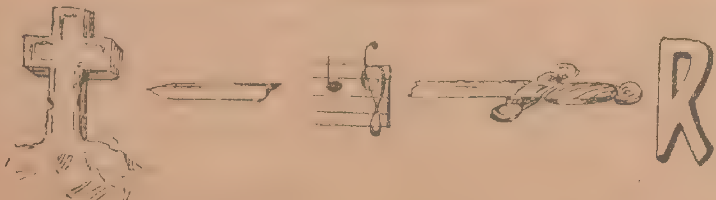
Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 18 — JEROGLIFICO

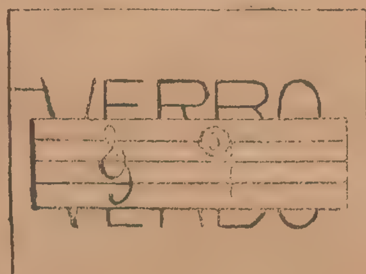


N.o 19 — COMPRIMIDO

D
E
L
R
I
O

DEL RIO

N.o 20 — JEROGLIFICO



N.o 21 — FRASE HHCHA

PAAARX
TODO

N.o 22 — COMPRIMIDO

NOTA N O

N.o 23 — CHARADA

A dos cuatro una dos
regalaron lindo *Prima prima*
que cuida como un tesoro
y lo mima con afán.
No deja tranquilo estar
a este precioso bebito
que dice pa-pá y ma-má,
tirando de un cordoncito.
Al lado de su *tres tres*
siempre está *prima segunda*
yendo de aquí para allí,
o bien bailando el "can-can".
No pudiendo soportar
tanta bulla, tal mitote,
pienso mal Paula y Clarisa:
meter a éste en su jaula
y al *todo prima y segunda*
darle una buena paliza.

N.o 24 — COMPRIMIDO

K50AN
EMPLEO

N.o 25 — FRASE CRIOLLA



N.o 26 — CHARADA

Prima segunda tres cuarta
(gran *tercera quinta*, a fe),
como una *ocho quinta sexta*
séptima octava se fué.

De cierta bella ciudad
no han salido, y de este modo
no han podido conseguir
que su prole sea *todo.*

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 9—Portamoneda.
„ 10—Entreteniéndola.
„ 11—Entretenimientos inocentes.
„ 12—Desparramar.
„ 13—Paréntesis.
„ 14—Mediadores.
„ 15—Dios sobre todas las cosas.
„ 16—En que el ciego "no-ve-na". y la beata de novena en novena.
„ 17—Llámale hache.

La alimentación natural y sus ventajas

Millares de llamas imperceptibles, más numerosas que las estrellas del cielo, perfectamente organizadas, en forma, en conjunto, en relación en colores como los del arco iris, diferentes entre sí, articuladas y protegidas por el espíritu creador, se encuentran reunidas en esa maravilla que llamamos nuestro cuerpo. Todo cuanto vive en una combustión: las plantas, las flores, los frutos, los animales. Las llamas todas descienden de la luz del Sol mientras vive el ser. Toda vida, cuando aparece y existe, es obra de la luz del Sol; es producto, realización de la energía que de éste irradia.

La nutrición es la luz del Sol, ya que esas llamas arden y lucen solamente alimentadas por su luz. La planta aspira toda la luz del día, llena de rayos; se completa por medio del sistema de electrones, obtenido de la tierra, y del aire que llamamos átomos y elementos, y mantiénense para obra de la vida contenida en el producto de la llama de luz a que denominamos sustancia viva, protoplasma, células, órganos de la planta.

La semilla se envuelve y rodea en los frutos, rica forma de la energía irradiada, de la cual rebosan también las hojas verdes y las reservas en el bulbo y en las raíces. El ser animal y el organismo humano, que, si bien aún muy limitadas, obtienen directamente fuerzas valiosas de la luz del Sol, buscan su alimentación, el producto de la luz solar, para las varias y diferentes necesidades de su constitución y de su actividad en los vegetales.

En apariencia hay animales carnívoros, omnívoros y frugívoros; en realidad hay solamente vida, constituída, explotáda y nutrida con la luz del Sol. Así lo dice la verdad fundamental de nuestra alimentación.

La enseñanza científica de la alimentación, todavía en sus comienzos, obtuvo sus primeros resultados del mundo de la materia. Conocía los efectos de los albuminóides, de las grasas y de los hidratos de carbono, y aprendió a medir la intensidad de estas combustiones en calorías. Apenas si exigían esto las instrucciones para la vida práctica y el cuidado de los enfermos.

Estas instituciones y razonamientos llevaron a las gentes a una alimentación errónea. Pero el conocimiento total de estos principios destruye hoy aquellos errores.

Los nuevos resultados obtenidos por la investigación de la alimentación nos han descubierto elementos insospechados en la nutrición, elementos a los que llamamos vitaminas; otros elementos que desaparecen a causa del calor de la cocción, el asado o el frito; perjuicios acarreados por el exceso de albúminas, ácidos y por el contenido en ácido único; y todo esto estrechamente relacionado, presentándose de pronto en las causas de las más penosas dolencias y enfermedades crónicas, han obligado al investigador de la alimentación a proceder y expresarse como Mc. Carrison: "No existe en el momento actual ninguna cuestión más importante que la de tomar las medidas más necesarias para procurar a la gente una alimentación adecuada; constituye realmente una necesidad urgente la aclaración más perfecta de este problema".

La alimentación general debe tomar otra dirección de la hasta aquí seguida. La más importante de todas es la alimentación natural, vegetal y en crudo, tal cual nos la brinda la naturaleza. Los vegetales en buenas condiciones, comibles crudos, las frutas, las hojas verdes, legumbres verduras, raíces (rábanos, zanahorias apio) y en general toda clase de frutos secos constituyen la más perfecta y adecuada alimentación. Contienen todavía la energía lumínica solar. Esta alimentación en crudo produce vigor, crecimiento, energía, fuerza de resistencia contra las enfermedades infecciosas y enfriamientos, protección de los nervios, defensa de los órganos digestivos y de las glándulas internas. La alimentación vegetal, en crudo, expulsa los residuos sobrantes y nos preserva del estreñimiento y de sus consecuencias de la gota y de la arterioesclerosis; constituye también una eficaz medida defensiva contra el cáncer.

El alimento vegetal crudo debe ocupar un lugar preferente en la alimentación cotidiana de las personas. El alimento guisado, cocido, debe acompañarlo y completarlo.

El organismo se desarrolla más rápidamente agregando un suplemento suficiente de esta alimentación a la suya total. Los adultos encuentran difícil la adaptación a este régimen alimenticio. La rutina y las prevenciones los dominan.

Los residuos de diferentes materias venenosas, almacenados en sus tejidos, son xpulsados al poco tiempo de esta alimentación y envenenan su sangre mientras se eliminan, de tal modo que la curación no es inmediata. Por consiguiente no debe seguirse nunca un tratamiento vegetal exclusivo sin el asesoramiento del médico, ya que para ciertos enfermos puede ser sólo necesario condicionalmente.

Esta alimentación natural requiere también una cuidadosa preparación. El desconocimiento y la negligencia no tardan en vengarse. También la selección y la combinación de estos platos debe ser bien interpretada.

PAPEL Y TINTA

"Dante (su vida y sus obras)", por Oreste Ciattino.

Este volumen, interesante por muchos conceptos, es una valiosa contribución al pensamiento y mundo dantesto, dedicada a la juventud estudiosa argentina, especialmente; pues, de este modo, el autor consigue dar a su exposición, sobre la vida y las obras del Dante, toda una reseña completa y acabada que, en verdad, se lee con agrado.

Esta segunda edición, corregida y aumentada, es una muestra del acierto que cupo al señor Ciattino, en su primera publicación, agotada al poco tiempo de aparecida.

El tomo que comentamos, aparte de los nítidos grabados que acompañan a su texto, trae una elogiosa carta del eminente polígrafo italiano Arturo Farinelli, dirigida al autor, en la cual realiza los méritos intrínsecos de este trabajo.

Digamos, además, que este estudio sobre las obras del gran florentino, pone de relieve las dotes intelectuales del señor Oreste Ciattino, al abordar, con altura y suficiencia, una ardua y escabrosa empresa, como es la que trata en su libro.

Cabe mencionar también, el método empleado en su exposición y la claridad de que hace gala, al comentar éste o aquél pasaje de la obra juzgada.

En suma, "Dante, su vida y sus obras", del señor Ciattino, es un libro que merece ser leído.

"Cuando sopla el zonda", por Manuel Vizoso Gorostiaga.

"Cuando sopla el zonda" es una novela histórica de los amores de don Bernardo Monteagudo, cuyos episodios se desarrollan en la capital de Lima, Perú; luego, en Santiago de Chile y Venezuela. La acción acaece, cuando don Bernardo estuvo de secretario en los departamentos de guerra, gobierno y relaciones exteriores del territorio del Perú, en la época en que el general San Martín llevó a cabo las campañas libertadoras de Chile y Perú, en tiempos de la guerra de la Independencia.

Alrededor del personaje principal, el señor Vizoso Gorostiaga hace girar el asunto de su novela, pintando al doctor Monteagudo como un conquistador sin rival; tanto, que su inclinación mujeril, le ocasionó no pocos disgustos en los círculos de la alta sociedad de Lima. Fué así, que no respetó ninguna de las hijas de Eva, siempre que estuviera al alcance de sus manos.

Si bien es cierto,, que esta novela se lee con interés, carece en cambio del estudio del ambiente en que los personajes actúan; es decir, la trama de esta obra no tiene la descripción del lugar o lugares que aquellos necesariamente debieran tener, para que así los protagonistas vivan en las esferas correspondientes.

Esto pasa, porque el autor, seguramente, ignora el terreno en que situó la acción de su obra.

Fuera de este punto observado, "Cuando sopla el zonda" es una obra que entretiene, no exenta de pasión y sentimiento.

"Poemas serranos", por Isabel Cascallares Gutiérrez.

Los versos de esta poetisa cantan las cosas sencillas y hondas de la naturaleza. Nótanse en ellos una sinceridad llena de gracia, de emoción; se ve que la autora de "Poemas serranos", es un espíritu exquisito, que le place expresarse en forma dialectal, las más de las veces.

La señorita de Cascallares Gutiérrez, dedica su libro a Mina Clavero y, en especial a su río, a sus sierras, a sus caminitos, a sus cuestas y a sus cumbres. Generalmente, usa de preferencia los metros cortos, para decir sus quejas o para describirnos un paisaje.

Su prologuista, el poeta Molina Massey, ya nos afirma que la autora es una profunda artista intuitiva; y más que cristiana, es sin duda una descendiente de indios parteístas.

Leyendo sus versos, se siente un perfume de lejanía, como venido de la leyenda eglógica de los valles de la Sierra Alta.

Así, por ejemplo, entre otros, merecen citarse los siguientes poemas: "Caminito de la sierra", "Algarrobo, algarrobito", "Agüitas de peñascal", "Yuyitos de la sierra Alta", "Fué en el cruce del camino", "El cheico" y "Chupina", de la primera parte del libro.

Del tercer capítulo, se destacan: "Rey del bosque" y "Burros", pues, las demás composiciones, poco o nada agregan a la singularidad de la obra en sí misma.

Al doblar la última página, el lector advierte una extraña sensación de algo querido que se aleja, que se desvanece en forma de una figura legendaria, bajo el reflejo pálido de una luna en lontananza.

Por todo lo que dejamos expuesto, se verá que "Poemas Serranos", de la señorita Cascallares Gutiérrez, es una obra que atestigua innegables condiciones poéticas, y digna de ser elogiada, por la belleza de concepto que encierran sus versos.

"Poemas solariegos", por Leopoldo Lugones. — Editorial "Babel".

Este noveno volumen de versos, del dilecto poeta don Leopoldo Lugones, cuyo epígrafe encabeza estas líneas, representa una obra valiosa por los asuntos argentinos que toca, y trascendente y excepcional, por lo que significa como aporte de experiencia de la vida campestre, a nuestra literatura en formación.

"Poemas solariegos", es un libro que gusta y encanta, por la portentosa imaginación que encierran sus versos, y más que esto, por las felices figuras y las hondas sugestiones que advierte el lector, a través de sus estrofas musicales. Difícilmente, se hallará en este enjundioso volumen, una producción que carezca de fuerza lírica o denuncie una mano inhabil en la construcción elegante de sus períodos rítmicos.

Desde aquella poesía intitulada "El canto", con mucho de acento virgiliano, a esas tres composiciones descriptivas, v. gr.: "Paseo matinal", "Quietud" y "Regreso crepuscular", para citar en orden, todas las demás que siguen como, entre otras: "Mediodía", "El almuerzo", "La sobremesa", "Estampas rurales", "Los burritos", "Salutación a Enbeita" y "El encuentro", todas, repetimos, tienen una sorprendente resonancia orquestal; o, si se quiere, un empuje natural de cóndores, por superar la belleza de la comarca nativa.

Con "Poemas solariegos", el poeta don Leopoldo Lugones se ha superado a sí mismo, es decir, en lo que tiene de artista y maestro del verso.

"Mis memorias", por Emilio Salgari.

¡El último libro de un autor! ¡El libro póstumo! ¡Cuánta melancolía encierran estas palabras, y con cuanta emoción pondría Salgari su pluma sobre el papel al trazar el título de su postrer obra!

Un libro sincero, emotivo, todo corazón, dedicado a los miles y miles de lectores que el genio inventivo de tan popular escritor había conseguido.

Nada más elocuente y sincero por su sencillez que las primeras líneas que encabezan este libro admirable, y que vamos a copiar:

"Escribir las propias memorias, cuando las luces de la esperanza van amortiguándose, cuando ya no se está en condiciones de desear nada en la vida, cuando se está cansado por la labor realizada y por las luchas soportadas, no es cosa fácil ni agradable.

"Sin embargo, en mi caso, la tarea adquiere la forma de una necesidad y de un deber. Y yo no intento substraerme a la obligación, porque deseo que mis hijos, y cuantos me amaron y me conocieron a través de mis libros, saquen de la narración de mi extraña vida de aventuras, aquellas enseñanzas y aquella áspera voluntad de batallar, aquel deseo de aventuras y de gloria que yo quisiera estuviesen infundidos en el alma de todos los jóvenes. *Mis Memorias* serán por eso, el coronamiento de toda mi obra: la síntesis, el epílogo.

"Escribo estas líneas en una triste mañana de Enero, mientras el cielo está gris, y todo es gris en torno mío. Pero la constancia para llevar a término este mi especie de testamento moral, no me faltará. Al menos, así lo espero."

Las Memorias de Salgari se leen con el mismo deleite que una de sus novelas. Con más interés, aun, porque se sabe que allí no hay ficción, es la vida misma la que en sus páginas se reproduce, que revive al conjuro mágico de la pluma del escritor.

Cuantos hayan leído las obras del maravilloso novelista encontrarán en las páginas de este libro las más sanas emociones, las más puras enseñanzas. Ningún lector de Salgari dejará de leer este libro.

Ha sido editado por la misma Casa Maucci que editó sus demás obras. Las condiciones de presentación del libro son análogas a las obras citadas, a fin de que forme una colección homogénea.

La traducción ha sido hecha con el mayor esmero por el distinguido militar y publicista don Gonzalo Calvo. Ostenta el libro una hermosa cubierta en tricromía, y va ilustrado con 13 láminas.

TEATROS

PRELUDIO

En un artículo anterior nos ocupábamos de las influencias extranjeras en nuestra producción teatral. Como complemento de la misma queda por considerar el resultado de esa influencia.

Cuando comenzaron a difundirse las obras de Pirandelo, especialmente "Seis personajes en busca de un autor", la tentación innovadora sedujo a varios autores en forma, más o menos, resuelta, desde la imitación franca hasta la parodia, pasando por diversos matices de la reminiscencia. No quedó nada firme de todo aquello y, desde luego, ninguna de las obras surgidas de la tentación logró hacer que se olvidara la fuente inspiradora. Ya en sí la característica pirandeliana no pasa de ser una mera cuestión técnica, objetiva, formal. Sus derivaciones son fácilmente determinadas, pues, por la más simple observación de los elementos externos.

Sin ser, absolutamente original, la tentativa pirandeliana vino a refrescar un poco los moldes en que se vaciaban la comedia y el drama desde hacía mucho tiempo. Refrescar y, nada más, porque todo era lo mismo que antes. Claro está que como nota de variedad y renovación, debe aceptarse con aplauso, pero es conveniente establecer valores y jerarquías para evitar, precisamente, peligrosos entusiasmos.

Apagada la fogarata, por su propia futilidad, es de esperar que pueda darse por terminada la labor sectaria en la temporada cuya gestación se está realizando.

Otra de las influencias que se han advertido en la producción teatral de 1928, es la de los autores rusos, que ya en el cuento y en la novela se habían hecho sentir anteriormente. Es indudable que esas vidas obscuras y amargas, dominadas por terribles presentimientos o sujetas a una tremenda fatalidad, tienen evidente interés artístico. Salvo lo monótono y pesimista del tema, dan un material abundante y sano, especialmente para el cuento que por su brevedad y sintetismo se presta a maravilla para la sugestividad y el misterio que acaso son lo más interesante de la tendencia.

Ofrece la vida nacional ciertos ambientes propicios para dar realidad a estos aspectos de la psicología literaria, pero son de excepción y, naturalmente, no corresponden a modalidades típicas, sino a circunstancias derivadas de nuestra condición de país de inmigración.

En este orden de ideas es justo reconocer el favorable resultado de la tendencia, porque ha suscitado la afición por el estudio y manejo de los grandes problemas íntimos, de los abismos de la personalidad y otras cuestiones que sobrepasan las frivolidades, sentimentalismos y elegancias banales de un siglo de literatura que nos dejó empalagados para una buena temporada.

Hay en esto, no obstante, el peligro grave de caer en la monomanía de los torturados, los inadaptados y los locos, que ya empiezan a molestarnos en los cuentos de la nueva sensibilidad.

Bien venidas sean las orientaciones y reminiscencias que vengan de cualquiera de los puntos cardinales del pensamiento, siempre que pongan un poco de interés o de emoción en la obra. Estar atentos a las corrientes de ideas que cruzan la superficie del planeta, no puede merecer censuras para quien sea discreto. Está bien. Miremos afuera, echemos una ojeada a lo que pasa por el mundo. Pero no olvidemos lo nuestro. Si tiene interés lo exótico, en tanto no se olvide lo propio. La visión panorámica es, en todas las cosas, la mejor y la que da más probabilidades contra el error.

Pero ¿qué problemas, qué costumbres, qué pasiones animan y agitan el alma individual en nuestra sociedad? ¿Cuáles de esos conflictos pueden constituir materia teatral?

Las respuestas a estos interrogantes serán materia de sucesivos artículos.

José Mar.

CARTERA TEATRAL

La dirección artística del Nacional ha aceptado una pieza de Vicente Martínez Cuitiño titulada "Prepotencia" y que constituirá uno de los primeros estrenos de la próxima temporada de Carcavallo. Desempeñará el rol de protagonista en dicha producción la actriz. Pierina Dealessi quien, como hemos anunciado anteriormente entrará a formar parte del elenco de dicha sala en carácter de primera figura cómica.

—En los últimos días de la semana que acaba de transcurrir, tuvieron lugar en el Liceo las primeras reuniones del conjunto nacional que bajo la dirección de la primera actriz Evita Franco, actuará en esa sala desde marzo próximo.

—En el Buenos Aires fué repuesta con buena fortuna por la compañía que dirige Mangiante, la obra en verso de Belisario Roldán titulada "El puñal de los troveros", que tantos aplausos ha venido cosechando en diversos escenarios desde su estreno por la compañía de la eminente Angelina Pagano.

—El conjunto de zarzuela española que actúa en el Avenida reprisó con mucha aceptación la pieza "El rey que rabió" y tiene en cartera otras "viejas novedades" que irá poniendo en escena sucesivamente.

OTELO, CYRANO Y OTRAS YERBAS

José Gómez es, sin duda, un buen actor y, sobre todo, un actor de buen gusto. Le agrada trabajar con material noble. Para él es indispensable que el personaje que interpreta, arraigue en su temperamento previamente, conquiste en su corazón carta de ciudadanía. Elige un personaje, acaso más un personaje que una obra, le estudia, lo analiza, lo somete a toda clase de reconocimientos psicológicos y cuando está perfectamente pulverizado, deglutido y asimilado, cuando él mismo es ya el personaje que tiene que representar, por dentro y por fuera, recién entonces se resuelve a presentarlo al público.

He aquí un procedimiento intachable. Todo buen actor tiene que seguir un procedimiento parecido para realizar una labor seria y concienzuda. Por ese medio, se puede llegar a grandes cosas y, en primer término, a conquistar la voluntad del público.

Ya se anticipa algo de lo que ha de constituir la primera etapa de la temporada de José Gómez en el Marconi.

Posiblemente la inauguración tendrá lugar con "Otelo", en una buena versión castellana. La inmortal creación de Shakespeare ha tentado siempre a los actores de fuste y caía de maduro que quien había logrado grandes y repetidos éxitos con otro personaje del mismo autor, —nos referimos a Hamlet,— se dejase seducir por las brillantes perspectivas que ofrece a un artista de la cuerda dramática, el verdugo de Desdémona.

Otro personaje que interesa vivamente a Gómez, es Cyrano de Bergerac. La obra de Rostand no se representa en Buenos Aires desde hace años y este es un motivo más de atracción y de interés para el público.

Además, Gómez está dispuesto a representar otras producciones de fama universal, pero reservará un lugarcito en sus programas para dar cabida a alguna producción nacional que le convenza.

La temporada del Marconi dará comienzo el 1o. de marzo.

MAS OBRAS PARA EL COMICO

Hace poco dimos a conocer el título de algunas obras que figurarán en la próxima temporada de Luis Arata, a desarrollarse en el Nuevo, bajo la dirección de Armando Discépolo.

Las últimas referencias confirman lo ya expuesto y dan, además, como segura la aceptación de otras de las que se espera mucho, tales como "El molino de los llanos" de Julio Sánchez Gardel, comediógrafo que no estrenaba hace mucho tiempo; "Se casa una vieja", de Darthés y Damel y "Odio", de Leónidas Barletta.

También se cuenta con otras piezas de José León Pagano, Alejandro E. Berrutti, José Rafael De Rosa, Vicente Martínez Cuitiño, Armando Mook, Edmundo Bianchi, Adriano Díaz Olazábal y Claudio Martínez Paiva.

Gregorio Martínez Sierra ha prometido también una pieza titulada "Aldea", completamente inédita.

El escenógrafo Vigo hará las decoraciones para "Interferencias", uno de los primeros estrenos de la temporada.

PARA EVA FRANCO

"La señorita Ventilador" se titula una pieza escrita expresamente para Eva Franco por Roberto Gache y Agustín Remón. Dados los prestigios literarios de ambos autores, es de esperar que se trate de una producción sumamente interesante, que confiada a tan inteligente actriz constituirá una nota destacada en el próximo movimiento teatral.

VILCHES, EL ELEGANTE

Se anuncia que en la temporada que dará Vilches en el Porteño, durante los meses de marzo y abril, además de las piezas de su repertorio, se representarán "Olimpia", de Franz Molnard, "La mujer y el payaso", de Federico Aliver, "El concierto", traducción del alemán y "Peluquero de señoras", que nos fué ya ofrecido en la última temporada de Enrique De Rosas en la Comedia.

La temporada tendrá comienzo el 9 de marzo próximo, según se anuncia, después de la cual emprenderá Vilches una jira por el Pacífico.

GRAND SPLENDID

Los aficionados al cine lo son siempre, sobre todo cuando en el cine se les ofrece un programa selecto y variado, para el que se eligen producciones de mérito. Es así que a pesar de los bailes de Carnaval, las buenas salas del film no se resienten por falta de público. Así sucede con la del epígrafe, siempre concurrida por numerosos habitués que están siempre al tanto de sus novedades.

CAPITOL

Una de las salas más favorecidas por el público del aristocrático barrio Norte, es el Capitol, cuyas comodidades son bien apreciadas, así como el mérito de las dos orquestas que animan sus espectáculos.

GLORIA

Este céntrico cine ha preparado para estos días programas espléndidos, en los que figuran las últimas novedades cinematográficas de todas las marcas.

CINE PARK

Responde siempre a su fama bien cimentada de sala para familias el Cine Park, que brinda sus espectáculos a precios populares.

CORREO TEATRAL

Eglantina — La cuestión del horario de los teatros, está reglamentada por la Municipalidad, únicamente en cuanto a la terminación de los espectáculos. No hay que confundir el vestíbulo de un teatro con el andén de una estación ferroviaria. Es posible, sin embargo, que tenga usted razón, pero seguramente entre un teatro mediocre y muy puntual en la hora de sus funciones y otro de buena compañía y obras interesantes, que comience a la hora que quiera, ni usted ni nadie discreto como usted, dejaría de ir a este último. Con este ejemplo, queda contestada su pregunta.

S. E. — No señor.

Caracava (Tres Arroyos).

Le van a armar un proceso
si se anima a debutar,
pues, según cabe apreciar,
no tiene cara para eso.

A. B. C. — Nos parece que lo conseguirá, más o menos, cuando llegue con las iniciales al final del alfabeto.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1. Dos piezas para deportes, confeccionadas en Jersey crudo con incrustaciones de tela azul ultramar y bermellón. — 2. Pull-over y falda de Jersey color beige guarnecido con foliage incrustado de Jersey azul ultramar, finamente orlado con rojo. Falda con pliegues redondos. — 3. Dos piezas para deportes, ejecutadas en Jersey crudo adornadas con incrustaciones azul marino y rojo.